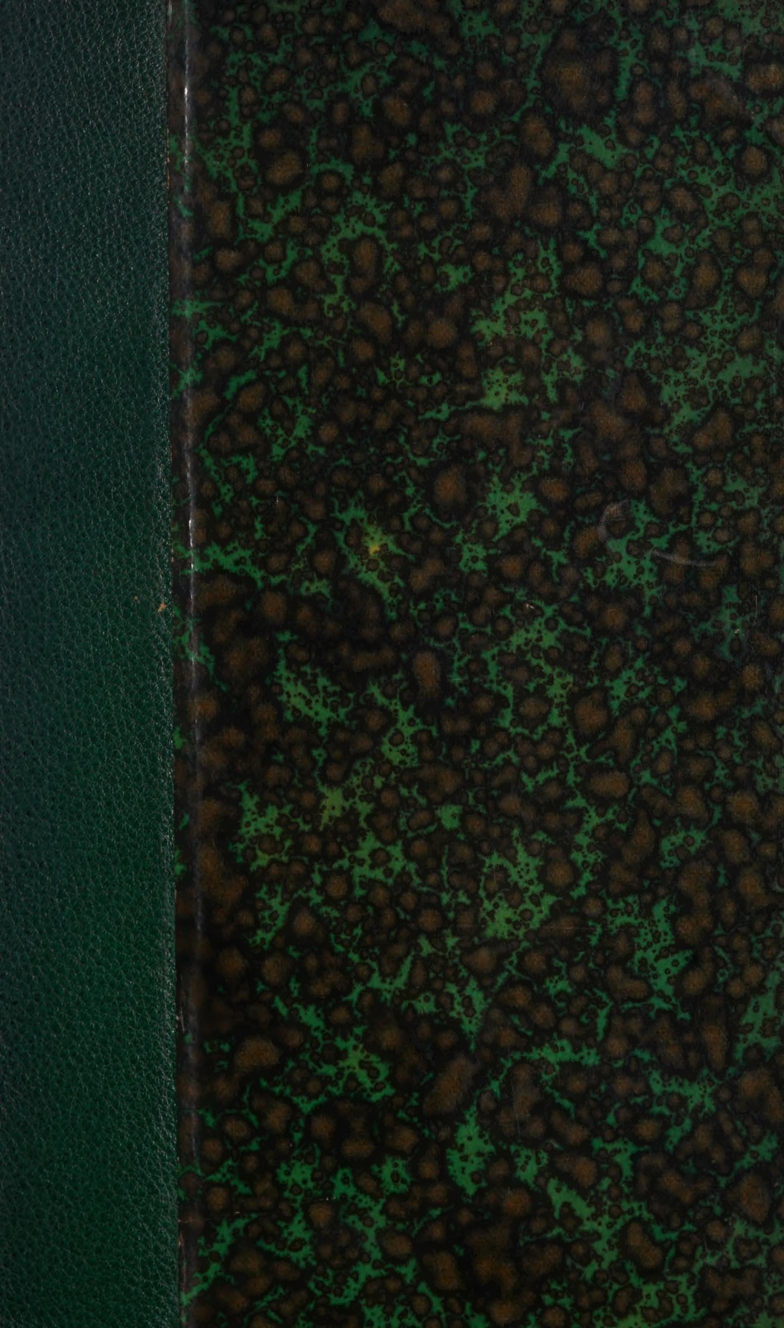


JOSÉ MARÍA
GABRIEL Y GALÁN

OBRAS COMPLETAS

TOMO I

CASTELLANAS
NUEVAS CASTELLANAS
EXTREMEÑAS

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
PUERTA DEL SOL, 15

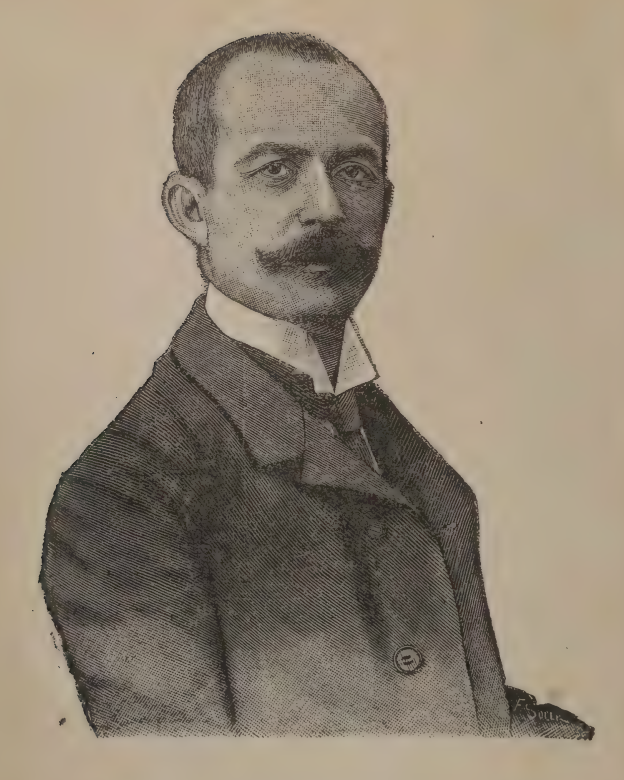
SEVILLA
LIBRERIA DE JUAN A. FE
SIERPES, 89

1909

OBRAS COMPLETAS

DE

GABRIEL Y GALÁN



José María Gabriel y Galán

JOSÉ MARÍA
GABRIEL Y GALÁN

OBRAS COMPLETAS

TOMO I

CASTELLANAS
NUEVAS CASTELLANAS
EXTREMEÑAS

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
PUERTA DEL SOL, 15

SEVILLA
LIBRERÍA DE JUAN A. FÉ
SIERPES, 89

1909

IMP. DE LA «REV. DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS», INFANTAS, 42.

¡Quiero vivir! A Dios voy
y á Dios no se vá muriendo,
e vá al oriente subiendo
or la breve noche de hoy.
De luz y de sombras soy
quiero darme á las dos.
Quiero dejar de mí en pos
robusta y santa semilla
e esto que tengo de arcilla,
é esto que tengo de Dios!

José María Gabriel y Galán

AL LECTOR

LOS PROLOGUISTAS DE GABRIEL Y GALÁN

Al dar nosotros á la estampa una nueva edición de las obras completas de José María Gabriel y Galán, el inolvidable cantor de Castilla, hemos reflexionado largamente acerca de un asunto que á las mismas «obras completas» se refiere: se trata de sus prologuistas. Emilia Pardo Bazán; el P. Cámara, de grata memoria; Francisco F. Villegas *(Zeda)*, y Juan Maragall, han prologado algunos libros de Gabriel y Galán.

Figura el prólogo de *Zeda* al frente del volumen titulado *Castellanas;* el de Maragall se antepone al libro de *Extremeñas* y el de la Condesa de Pardo Bazán es pórtico de las *Nuevas Castellanas*. El padre Cámara puso al comienzo de un tomito, por él costeado y que contenía composiciones de Gabriel

y Galán, hoy distribuídas en diferentes volúmenes, un precioso proemio titulado *A quien leyere.* Nuestra duda estribaba en lo siguiente: ¿Cómo conseguir un armónico conjunto en nuestra edición, compuesta de dos tomos, teniendo en cuenta que estos cuatro prólogos, de seguir ocupando los lugares en que hoy figuran, romperían la ordenación de las poesías de Gabriel y Galán, pues se daría el caso de que algún prólogo, desmintiendo su nombre, figurase á la mitad de un libro? Por otra parte, ¿cómo no respetar, y con toda efusión y rendimiento, trozos literarios de plumas maestras, escritos en elogio y en memoria de Gabriel y Galán? Comprenda el lector nuestra perplejidad, y crea que, antes de llegar á la solución ecléctica á que, por fin, arribamos, hemos reflexionado mucho. Y henos aquí con la intención de resumir los cuatro prólogos citados, reuniendo sus principales conceptos. Es labor ardua, pues en críticos de la talla de la Condesa de Pardo Bazán, Villegas y Maragall, todo es, no sólo estimable, sino digno de admiración y de recuerdo. Y puede decirse lo mismo por lo que al P. Cámara se refiere: sus palabras ofreciendo á sus «Venerables Hermanos en el Episcopado», á sus «deudos y amigos, á cuantos hablan la lengua de Castilla», las tonadas de su

diocesano, «nuevo cantor de la vida del campo, de las virtudes del apacible hogar, de la influencia y mérito de la madre cristiana», son de una dulce belleza paternal y rebosan noble sentimiento. Así, pues, y ya en el trance de ser algo indiscretos, piense el lector, para nuestro descargo, en las razones que antes le insinuamos, razones de buen gusto editorial, razones de armonía exterior, y háganos gracia de su benevolencia.



Al reproducir fragmentos de los prólogos mentados seguiremos el orden que la colocación de los mismos, dentro de las obras del poeta, nos señala. He aquí varias manifestaciones del culto crítico de *La Epoca:* «No ha mucho, cosa de un año —escribe *Zeda*—, leí en *El Lábaro*, diario salmantino, una composición poética en quintillas, titulada *Castellana*. Con júbilo eché de ver, desde los primeros versos, que su autor era un verdadero poeta. Sentíase, al través de las rimadas frases, amor apasionado á la naturaleza, hondas palpitaciones del alma nacional, ecos vibrantes de la voz varonil con que cantaron sus alegrías ó sus dolores las generaciones vigorosas que ha engendrado la noble tierra de Castilla.»... «De sobra sabe Galán

que en todo lo que existe puso Dios algo de la eterna belleza. El toque está en saber descubrirlo. En el jaramago que nace en las ruinas, en la retama que crece en la espesura del monte, en la misma «verdura de las eras» puede el ingenio inspirado, como la abeja en las más humildes florecillas, encontrar la miel de sus versos. Aun de la más dura y pelada roca, la vara mágica del poeta hace brotar el manantial de agua viva.»

Y agrega: «En los campos castellanos, áridos y monotonos para los que no saben ver su belleza, nos muestra Galán mundos enteros de poesía.»... «Los pensamientos de las poesías de Galán son vulgares; su originalidad no depende de lo que en ellas se dice, sino de la manera individual y suya con que el autor nos presenta sus ideas.»... «Los asuntos elegidos por Galán no pueden ser tampoco más comunes. Un labriego que, al perder la compañera de su vida, ve sólo tristezas en lo que antes constituía su felicidad y su orgullo; un mozo enamorado que ofrece á la mujer amada lo mejor que encierran sus campos; un viejo campesino que aconseja á una moza casadera que se guarde de los atrevimientos de su galán; un montaraz que requiebra á su montaraza; un gañán que, después de un día de trabajo, vuelve á su aldea, donde le

aguardan el amor honrado, el pan sabroso y el sueño tranquilo..., tales son los sencillísimos *argumentos* imaginados por Galán, y en esta sencillez estriba, á mi entender, uno de sus principales méritos; sencillez que, como indico más arriba, no se refiere tan sólo á los asuntos ni á las ideas, sino que alcanza también á los sentimientos.»... «La dicción del autor de *Castellanas* — no se olvide que *Zeda* prologa el primer libro de Gabriel y Galán así titulado—es castiza; en ella abundan elegantes modos de decir, y hasta en las transposiciones, que son muchas, quizás demasiadas, se advierte la facilidad de lenguaje adquirida, más que en los libros, en el hablar de la gente de la provincia de Salamanca, región de España en donde, á veces, oyendo á los habitantes, nos sentimos trasladados en espíritu al siglo XVI.»



Unido al prólogo de Villegas figura la á modo de pastoral literaria del P. Cámara. «Los aires que por aquí se respiran—escribía el Obispo de Salamanca á sus feligreses—son los embalsamados del cantueso y del tomillo; son aires de salud y de frescura, los que vigorizan al cuerpo, deleitan y robustecen al alma. Todo organismo se enflaque-

ce, todo espíritu se disipa en el impurificado ambiente de las ciudades; tomad el baño de estos raudales y estos aires deliciosos; respirad.»

Y bajo la sugestión suavísima de los versos de Galán, proseguía el sabio eclesiástico:

«Allá os envío soplos de auras que refrigeran; ecos sonoros que extasían el ánimo. Nacen de nuestras extensas llanuras, cubiertas de flores y de mieses; de estos verdosos montes de encinas y robles; pues ya sabéis que á nuestra vera yergue todavía la cabeza la *cumbre airosa*, y brota á su pie la *fontana pura* del autor de *La vida del campo* y de *La perfecta casada*.»

*
* *

Juan Maragall, uno de los más altos representantes del pensamiento y de la literatura nacionales en Cataluña, un artista de raro mérito, dice al frente de las *Extremeñas:*

«Lector: He aquí un libro de poesía.

»Y no sería menester más prólogo que estas seis palabras si los que solemos llamarnos poetas ó críticos no profanáramos cien veces al día el santo nombre de Poesía y no te hubiéramos hecho perder con ello el sentido de esta palabra tan grande. Te ofrecemos á cada paso el juego de unas cuantas

palabras muertas arregladas con artificio de embalsamadores de cadáveres en un determinado ritmo de sonoridad exterior, y te decimos: — Ahí tienes poesía. — ¡Mentira! Y tú, por esa funesta docilidad con que aceptas cuanto se te dice en letras de molde, acoges nuestra mentira como verdad, y crees que es poesía, mejor ó peor, según exteriormente suena, pero poesía al fin, todo lo que se te da bajo tal título. ¿Y quién padece más por ello sino aquel nombre santo? Porque, piénsalo bien, lector: tú lees ú oyes recitar juegos de palabras que halagan más ó menos tu sentido musical y hasta á veces tu sentido ideal; este superficial halago te entretiene un rato y, si no dura demasiado, te hace prorrumpir en exclamaciones de aplauso. Pero en seguida que ha cesado la cantilena, sientes como una liberación, te parece que has recobrado la libertad de tu vida, y vuelves á tus pensamientos, al hilo de tus preocupaciones, á tus quehaceres ordinarios, sin que aquella cantilena haya dejado en ellos ni en ti mismo otro rastro que el de un vago entretenimiento ó gusto de los sentidos; como si hubieras jugado á un juego ameno ó hubieras tomado un helado. De modo que si al poco tiempo te invitan á leer ó escuchar más versos, y esto se repite mucho ó dura demasiado,

acabas por exclamar: —¡Bueno!, basta ya de poesía, no puedo perder más tiempo.—Y si eres hombre muy metido en los negocios del mundo ó en tus propios pensamientos, al primer anuncio de un poeta ó de un libro de poesía sonríes ya desdeñosamente ó, á lo más, indulgentemente. Y tienes razón porque, en general, lo que has oído ó vas á oir cuando á eso se te invita, no es poesía.

»Mira; poesía es esto:

«¡Pero á vel, señol jues: cuidiaíto
si alguno de esos
es osao de tocali á esa cama
ondi ella s'a muerto,
la camita ondi yo la he querío
cuando dambos estábamos güenos,
la camita ondi yo la he cuidiao,
la camita ondi estuvo su cuerpo
cuatro mesis vivo
y una noche muerto!..»

»¡Ah!, esto es otra cosa, ¿verdad? Esto no es un vano halago; esto te remueve las entrañas, y cuando vuelves á tu vida ordinaria lo llevas dentro, y actúa en ti; y cuando miras á tu mujer, y la cama en que duermes, y tu pobreza—ó también tu riqueza—, lo ves todo mejor, de una manera más fuerte; y tú mismo te sientes más fuertemente, eres más hombre, parece que vives más, ¿verdad?

Es que esto es poesía. ¿Comprendes ahora la diferencia? Cuando te he dicho al principio: «He aquí »un libro de poesía», quería decir esto.

»Todo el libro es así, vivo; todo él escrito en ese lenguaje desharrapado, es decir, vivo; escrito en dialecto, como la *Iliada* y la *Divina Comedia;* porque no son las lenguas las que hacen las obras, sino las obras las que hacen las lenguas. Y la poesía grande, la viva, la única, gusta mucho de brotar en dialectos; y te diré por qué.

»Dialecto, según el clásico sentir, es la corrupción de una lengua; pero, si bien lo piensas, dialecto es la constante germinación de las lenguas en boca del pueblo, que es, como si dijéramos, la madre tierra de las palabras: todas salen de ella y todas vuelven á ella; allí nacen, allí mueren, allí se transforman, se modulan, se combinan y renacen, y se mueven, en fin, en toda la libertad de su naturaleza. El pueblo siempre habla en dialecto, es decir, en libertad, en perpetuo movimiento; y cuando una lengua quiere definirse en una fijeza de perfección y desecha la compenetración de sus dialectos, con el pueblo, aquella lengua muere momificada en su perfección. Pues bien: la poesía no es otra cosa que la palabra viva, la palabra palpitando todavía el misterioso ritmo de su origen

divino en la boca del pueblo, que es su madre tierra. ¿Qué irá á buscar el poeta en las hojas de herbario de un Diccionario de Academia? ¿Flores secas bien clasificadas? No; el poeta va á la vivacidad de los campos, á la boca del pueblo, á su dialecto, rural ó ciudadano, porque la vivacidad de éste es la condición de la verdadera poesía, de la palabra palpitante de sentido.

»En este mismo libro encontrarás un contraste que te iluminará la verdad de lo que te digo. Todas las poesías hablan en dialecto extremeño, que es el de la tierra del poeta, menos dos que están en castellano literario; y tú verás cómo estas dos, *El cantar de las Chicharras* y *Campos vírgenes*, con estar hermosamente escritas, palidecen, sin embargo, al lado de las otras. Son, si tú quieres, más perfectas de forma que muchas de ellas, menos *vulgares* que algunas, pero no tienen aquella vida, aquella fuerza de *El Cristu benditu*, aquella entraña de *El Embargo*, aquella sencilla majestad de *Cara al cielo*.

»¿Y por qué—me dirás tú—Gabriel y Galán que dominaba perfectamente el castellano literario, como lo demuestra en las composiciones anteriormente citadas y en muchas otras que han contribuído á aumentar su fama de poeta, no había de

expresar con igual fuerza el sentimiento de la vida en aquel lenguaje? Porque la pasión humana, sincera y viva, él la sentía brotar en el ambiente popular que respiraba, en esa lengua extremeña de las gentes sencillas que le rodeaban, de cuya vida él participaba con amor, que es el alma de la expresión humana, de esas gentes para las que él era un padre, que le contaban sus cuitas, que le sometían sus conflictos, que le pedían coplas para sus cantares, que le adoraban en vida, y que después de su muerte vigilaron la tumba por temor á que les arrebataran su cadáver para darle otra sepultura de más gloriosa apariencia. Estas buenas gentes presintieron bien que aquel hombre era suyo después de muerto, que era su verbo, la voz de su alma extremeña. ¿Ni qué otra tumba más gloriosa podrá tener el cuerpo del poeta que aquella misma tierra extremeña de donde hiciera brotar, entre tantas otras, las tres poesías que he nombrado, gloria de la moderna musa española, y que figurarán como ejemplares de este principio de siglo en futuras antologías clásicas?

»Tú imaginabas tal vez los futuros clásicos formándose ahora en las peñas de los Ateneos, en los sillones de las Academias ó en los *sleepings* del sud-exprès de París. No; los clásicos españoles

del siglo xx que á mí me parece descubrir ya son Vicente Medina, que allá en un rincón de Murcia canta el alma murciana en su dialecto, y este José María Gabriel y Galán, que en el ya glorioso lugar de Guijo de Granadilla compuso este libro. Y ¡ay del porvenir de la literatura castellana si sus futuros clásicos son los otros y no éstos!»

*
* *

Si el lector desease conocer en su integridad el prólogo que para las *Nuevas Castellanas* escribió la pluma mágica de la Condesa de Pardo Bazán, debe remitirse al tomo xxxii de las Obras completas de esta insigne escritora: en él figura su hermosísimo estudio sobre el gran poeta castellano, al lado de los que dedica á Campoamor y á Núñez de Arce. De este estudio crítico de la ilustre autora de *Los Pazos de Ulloa* son los fragmentos que ofrecemos á continuación:

«Una carta no más, muy extensa, me escribió el poeta charro, poco antes de su muerte. Yo tenía de él noticias que luego diré, y deseaba adquirir otras, con objeto de utilizarlas para un artículo, encargo de *La Revue*, de París, acerca de los *Poetas nuevos*, de la última nidada. Este solo dato hará comprender hasta qué punto es joven la

fama de Gabriel y Galán. Mi curiosidad ha sido siempre madrugadora; ansío «ver venir» algo distinto de lo que ya conocemos..., y en Octubre de 1904 no sabía de Gabriel y Galán sino referencias encomiásticas de mi primo Fernando Maldonado, Marqués de Trives — y lo que saldrá á relucir más adelante.

»Ahora, releyendo la carta del poeta, encuentro en sus folios una biografía que sustituirá á la que yo pudiese trazar sin tan sugestiva sencillez.

«Nací — dice — de padres labradores, en Frades »de la Sierra, pueblecillo de la provincia de Sala»manca. Cursé en ésta y en Madrid la carrera de »maestro de primera enseñanza. A los diez y siete »años de edad obtuve por oposición la escuela de »Guijuelo (Salamanca), donde viví cuatro años, y »después, por oposición también, la de Piedrahita »(Avila), que regenté otros cuatro años. Contraje »matrimonio con una joven extremeña; dimití el »cargo que desempeñaba, porque mis aficiones »todas estaban en el campo, y en él vivo consa»grado al cultivo de unas tierras y al cuidado y al »cariño de mi gente, mi mujer y mis tres niños. »Tengo treinta y cuatro años, y á escribir coplas »dedico el tiempo que puedo robar á mis tareas »del campo. Comencé á escribir poesías para Jue-

»gos Florales, y me dieron la flor natural en los »de Salamanca, Zaragoza y Béjar, y otros pre»mios en Zaragoza, Murcia y Lugo. Y nada más, »si es que todo ello es algo. Mis paisanos, los »salamanquinos, y lo mismo los extremeños, me »quieren mucho, me miman. Yo también les »quiero con toda mi alma, y con ella les hago co»plas, que saben, mejor que yo, de memoria, por»que las recitan en todas partes, y hasta las oigo »cantar diariamente á los gañanes en la arada.»

. . . .

»Este poeta tan español, pero tan del terruño, Gabriel y Galán, consiguió lo que no han logrado otros vates de tronido y campanillas, que han sido ministros, grandes cruces y académicos de todas las Academias, pero á quienes, al morir, no les llora sino su familia. De fijo la madre patria debiera sentir siempre la pérdida de hijos ilustres; pero es acaso cuestión de ambiente, y en Madrid los muertos van aprisa, y la literatura, si bien se examina, sólo interesa, en alto grado, á los que la hacen. La muerte súbita y temprana de Gabriel y Galán fué el duelo de dos regiones: Salamanca y Extremadura. Humilde poeta —digo humilde en el sentido cristiano de la palabra—, lloráronle los humildes, los pobres de espíritu, los mansos. Ha-

ber vivido entre ellos fué bienaventuranza, fué destino feliz de su Musa. El dolor por la desaparición de Gabriel y Galán honra á los que lo experimentaron, probablemente sin razonarlo. ¿Qué pierde una comarca al perder al artista que la comprende y refleja? Algo espiritual; algo que no se mide ni se tasa; un fragmento de infinito. Por lo demás, ni el trigo ni el ganado bajan ni suben cuando un poeta fenece; los impuestos ni aflojan ni aprietan, ni se interrumpe el funcionalismo político; no se cierra una tienda, no se rotura un camino vecinal. Hay que sentir hondo, firme y sin frases, para llorar á un hombre como el maestro de escuela de Piedrahita, y la región que se reconoce unida en esta pena espiritual, revela admirable instinto; porque la poesía de Galán es de las que atan lazos, reconcilian y funden antagonismos, en la comunión de sus temas y el amplia humanidad de sus acentos.

»La impresión que producen los versos de Gabriel y Galán es, en ocasiones, no diré estar *viendo*, sino estar *contemplando* la naturaleza castellana. Absoluta es la compenetración de su Musa y de la tierra, no en sentido material, en otro más alto. La comarca de Castilla no parece, al pronto, un suelo inspirador. Bajo su magnífico firmamento

se extienden aquellas grises lontananzas muertas que el poeta describe en feliz frase. Sobre la extensión de la llanada, no obstante, la fantasía borda sus recamos y realiza su labor prodigiosa, reconstruyendo el desvanecido ideal. Quien entre en Castilla con los sentidos encaprichados, preguntando por el castaño sombroso, por el naranjo epitalámico, por la palmera africana ó por el haya señorial; quien pida á Castilla que se engalane con la cinta de terciopelo azul de las rías ó con la espumosa orla de los océanos; quien no sepa saborear la poesía inmanente de las «castas soledades hondas», los interminables despoblados, la escueta y grandiosa línea de los horizontes, los calvos cerros, los madroñales y robledales de achaparrada vegetación, la encina del valle de Fuenmayor, arpa ruda... renegará de esta naturaleza en que la hermosura se reviste de sayal penitente. Es preciso en Castilla cavar hasta el hondón; su atractivo no está en la superficie, sino en la entraña; sale de adentro, y adentro vuelve; por eso se dice, y hay que bucear hasta acertar el sentido de estos decires, en apariencia vulgares, que la tierra castellana es tierra de santos y de héroes —pues el heroísmo y la santidad son las expresiones más acendradas y enérgicas de la dignidad humana.

»No importa que Castilla sea grave y árida; su belleza tiene, y esta belleza no está cifrada en sus oasis, las gayas sendas de Galiana, las majestuosas arboledas versallescas de Aranjuez, las márgenes finamente orladas de juncia del Jarama y del Henares, los floridos prados de Esquivias, donde Cervantes quiso ser el pastor Elicio. El carácter de su paisaje es de las sierras del Guadarrama encaperuzadas de nieve, los campos limitados que tapiza la luenga sábana de oro rubio de la mies, salpicada de gotas de sangre y gotas de firmamento por las amapolas y los acianos. Cuando esta naturaleza seria, contenida, se alegra con cualquier accidente, noria, aceña, rebaño guardado por su Melampo vigilante, se siente el indefinible halago de la sonrisa en el rostro macilento y adusto de un asceta, que lo transfigura. Los poetas, en estas regiones calificadas de áridas, son generalmente bucólicos, enamorados de lo campestre. Mientras la poesía abstracta, quintaesenciada, amatoria, de los trovadores, procede de países tan amenos y graciosos como Portugal y Galicia, los cantores de la Naturaleza abundan en el solar castellano. Gabriel y Galán está de lleno dentro de la tradición. Castilla, especialmente Salamanca, son la Arcadia española.»

. . . .

«No es la Naturaleza, ó por mejor decir, no es la vida del campo la única inspiradora de Gabriel y Galán. Hallo otra cuerda en su lira, que es de las más humanas, de las más vibradoras. Hubo un poeta salmantino, muerto hace pocos años, ya casi olvidado, Ventura Ruiz Aguilera, en quien me parece descubrir un alma gemela de la de Gabriel y Galán. Ruiz Aguilera no llegó á sentir lo rústico con la sinceridad que el autor de *Las Sementeras*; no entró, como éste, en el alma muda de los que empuñan el arado ó pastorean en la majada; quizás fué culpa de sus aficiones literarias y políticas, de la lucha que le arrastró hacia la capital. Pero su complexión espiritual se asemeja á la del poeta charro. Los dos son sensibles, graves, piadosos, tiernos; los dos creen y practican el axioma que Ruiz Aguilera estampó en el prólogo de *Los Ecos Nacionales:* —«El poeta, si ha de tener auto»ridad su bello sacerdocio, sea modelo de buen »ejemplo»—; los dos son optimistas, aceptan con mansedumbre el destino según lo ordena quien ordenarlo puede; los dos son cristianos, cristianos sobre todo, y al par del sentimiento cristiano, y confundiéndose con él en efusiones vehementes y arrebatos patéticos, en los dos resuena la cuerda de la paternidad. Ventura Ruiz Aguilera no puede

contarse en el número de los poetas mayores; pero hay un momento en que llega á la cumbre, y es cuando gime sus *Elegías*, de lo más conmovedor que ha producido la lírica española, en la cual no abunda la expresión de afectos tales, y el niño no asoma sino en forma de Cupidillo alado y travieso.

. . . .

«Ningún poeta mejor que Gabriel y Galán ha libertado á su alada Musa de la pesadumbre y carga enojosa de ideas políticas concretas; nadie menos que él se afilió á banderías, porque no es ser banderizo, sino meramente ser de su tierra y de su patria, cantar esa fe de roca y esa esperanza de diamante en que están cimentados los versos de Gabriel y Galán. ¡Sin embargo, difícilmente se sustraería un poeta tan humano y sensible á las preocupaciones fundamentales de su edad. Yo hablo sólo textos en mano; lo que durmiese en su conciencia, alborease en su mente ó descubriese su conversación, ni lo sospecho. Limitándome á entresacar notas de sus poesías, se me figura que ideas algo distintas de las que inspiraron los *Pastores de mi abuelo* rompen en las estrofas del *Himno del Trabajo*, laureado en América. Habla el poeta de los aún no venidos tiempos en que los

caídos conseguirán su imperio triunfal; de los tiempos tan esperados de la justicia, que armados avanzan... é incita á que sean sitiadas por hambre ó desquiciadas las puertas de los dorados alcázares, si no las tienen abiertas al trabajo...

«Vida que vive asida,
savia sorbiendo de la ajena vida,
¡duerma en el polvo en criminal sosiego!
Rama seca ó podrida,
¡perezca por el hacha ó por el fuego!»

»A este leñador, á este justiciero indignado, no le conocíamos. Puede ser arranque de sentimiento, más que sentencia pensada; puede ser que el continuo, universal clamoreo de los que, desengañados de la igualdad política, demandan con esfuerzo tenaz la económica, nos conmueve á todos y para nadie es voz que grita en el desierto; y el darse por enterado de ese formidable rumor no es suficiente para que llamemos socialista revolucionario al poeta que califiqué de social. Social es el conjunto de su obra, y las cláusulas que he transcrito acaso no signifiquen sino que todos debemos trabajar; que el haber encontrado al nacer la mesa puesta no nos exime de tal obligación, y que si la rehuyésemos, seríamos ramaje seco, que sólo para leña vale. En lo cual Gabriel y Galán habría dicho una

verdad como un puño, y yo, que practico y seguiré practicando hasta que me falten fuerzas esa doctrina, le aplaudiría sin rebozo.»

. . . .

«Si se me preguntase cuál es el puesto de Gabriel y Galán entre los líricos españoles muertos hace poco, yo diría que es un puesto *aparte*, y el encomio no me parece escaso. Basta para la gloria de un lírico diferenciarse y no seguir estelas, y nadie puede dudar que Gabriel y Galán tiene otra voz, emite otra nota que Campoamor, Zorrilla, Núñez de Arce, Balart, sin hablar de los numerosos poetas regionales, á quienes deja atrás y en nada se asemeja, á pesar de sentir tan adentro su región; y cuando digo su región, no me refiero sólo á Salamanca, sino á Castilla y Extremadura en general.

»Líbreme Dios de atribuir preeminencias á nadie. El primer poeta lírico es, para cada cual, el que le conmueve; en esto se diferencia la lírica de la épica. Yo veneré siempre en especial capilla á don Ramón de Campoamor, quien, á decir verdad, fué asturiano como podría haber sido santanderino ó gallego. Influencias de la naturaleza, voces de los pueblos, según antaño se decía, me atraen en Gabriel y Galán, y no ha cruzado por mi pensamiento

disecarle, sometiéndole á una de esas operaciones anatómicas á que no resistiría acaso ni el poeta más perfecto en la forma. También á Campoamor pudo analizársele de esa suerte, y del análisis resultaba, si mal no recuerdo, que hombre tan original, el más personal de nuestros poetas, era meramente un plagiario. Los apasionados del autor de las *Doloras* hicimos bien en reirnos de la acusación y de los fundamentos, que consistían en esas verdades despreciables, materiales y nimias, más engañadoras que la mentira absoluta. De Gabriel y Galán se ha repetido que hacía versos incorrectos y flojos, y desde luego, desiguales. Si se demostrase el aserto, no por eso dejaría de ser Gabriel y Galán un poeta de exquisito sentimiento, y á veces de forma felicísima, hábil en su retórica natural, de gran sentido artístico para adaptar el metro al asunto, y que posee el encanto velado y grave de ciertas repeticiones de conceptos y monotonías de lenguaje afines al carácter de la tierra donde esta poesía brota. Poesía de creyente, de varón, humana sobre todo, y misteriosamente enlazada al destino de su creador, cuya última *Canción* expresa á la vez el ansia de vivir, de perpetuarse, y la corazonada de la muerte rondando la puerta. Si yo tuviese que dar consejos á un poeta

novel... le aconsejaría que, no imitando á Gabriel y Galán ni á nadie en otra cosa, imitase solamente la sinceridad de una poesía que es el mismo corazón del que la canta; su corazón, ofrecido á todos, no sobre la dura copa de pedernal en que los aztecas presentaban al Sol el de sus víctimas, sino en ara ardiente de amor, de fraternal bondad y de efusión elevadora. El poeta más grande será siempre el que más enteramente se comunique.»



Hasta aquí los prologuistas de José María Gabriel y Galán. ¿Qué podríamos decir nosotros del gran poeta de Castilla que no quede dicho de modo admirable? ¿Y cómo no tener presente que nuestra condición de editores sólo nos autoriza á velar por la armonía material, por la belleza y por el buen gusto bibliográfico de la hermosa obra que ofrecemos á nuestros lectores?

Hoy la fama de Gabriel y Galán se ha difundido por España y la América latina: ha llegado á todos los espíritus amantes de la lírica castellana. Nada, por tanto, hace preciso insistir en la grata tarea de enumerar sus méritos y de analizar la compleja y generosa belleza de sus inspiradas estrofas.

Hemos de advertir al lector que en esta nueva edición en dos tomos de las Obras completas de José María Gabriel y Galán figuran varias composiciones inéditas y que son las tituladas: *Sólo para mi lugar*, *El Castañar* é *Invitación*.

Concluye esta edición con varios «Cuentos y cartas» que vieron la luz en diversos periódicos, y que con el título de *Alma charra* comenzó á imprimir D. Baldomero Gabriel y Galán, hermano del poeta, poco después de la muerte del mismo. De dicha obra sólo han llegado á nuestras manos cinco pliegos impresos, que son los que reproducimos, creyendo así que con éstos y las composiciones inéditas antes citadas queda en verdad completa la obra magnífica del poeta inolvidable.

Por reverenciar su memoria; por honrar, una vez más, la excelsitud de su lira, y porque con ello creemos prestar un servicio á las letras patrias, publicamos las Obras completas de José María Gabriel y Galán, que hoy ofrecemos, al público, respetuosamente.

El Editor

Madrid, Junio 1909.

CASTELLANAS

EL AMA (1)

I

Yo aprendí en el hogar en qué se funda
la dicha más perfecta,
y para hacerla mía
quise yo ser como mi padre era
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijas de mi hidalga tierra.
Y fuí como mi padre, y fué mi esposa
viviente imagen de la madre muerta.
¡Un milagro de Dios, que ver me hizo
otra mujer como la santa aquella!

---

(1) Poesía premiada con la flor natural en los Juegos Florales celebrados en Salamanca el 15 de Septiembre de 1901.

Compartían mis únicos amores
la amante compañera,
la patria idolatrada,
la casa solariega,
con la heredada historia,
con la heredada hacienda.
¡Qué buena era la esposa
y qué feraz mi tierra!
¡Qué alegre era mi casa
y qué sana mi hacienda,
y con qué solidez estaba unida
la tradición de la honradez á ellas!
Una sencilla labradora, humilde
hija de obscura castellana aldea;
una mujer trabajadora, honrada,
cristiana, amable, cariñosa y seria,
trocó mi casa en adorable idilio
que no pudo soñar ningún poeta.
¡Oh, cómo se suaviza
el penoso trajín de las faenas
cuando hay amor en casa
y con él mucho pan se amasa en ella
para los pobres que á su sombra viven,
para los pobres que por ella bregan!
¡Y cuánto lo agradecen, sin decirlo,
y cuánto por la casa se interesan,
y cómo ellos la cuidan,
y cómo Dios la aumenta!

Todo lo pudo la mujer cristiana,
logrólo todo la mujer discreta.
La vida en la alquería
giraba en torno de ella
pacífica y amable,
monótona y serena...
¡Y cómo la alegría y el trabajo
donde está la virtud se compenetran!
Lavando en el regato cristalino
cantaban las mozuelas,
y cantaba en los valles el vaquero,
y cantaban los mozos en las tierras,
y el aguador camino de la fuente,
y el cabrerillo en la pelada cuesta...
¡Y yo también cantaba,
que ella y el campo hiciéronme poeta!
Cantaba el equilibrio
de aquel alma serena
como los anchos cielos,
como los campos de mi amada tierra;
y cantaba también aquellos campos,
los de las pardas onduladas cuestas,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias,
los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas...
El alma se empapaba
en la solemne clásica grandeza

que llenaba los ámbitos abiertos
del cielo y de la tierra.
¡Qué plácido el ambiente,
qué tranquilo el paisaje, qué serena
la atmósfera azulada se extendía
por sobre el haz de la llanura inmensa!
La brisa de la tarde
meneaba, amorosa, la alameda,
los zarzales floridos del cercado,
los guindos de la vega,
las mieses de la hoja,
la copa verde de la encina vieja...
¡Monorrítmica música del llano,
qué grato tu sonar, qué dulce era!
La gaita del pastor en la colina
lloraba las tonadas de la tierra,
cargadas de dulzuras,
cargadas de monótonas tristezas,
y dentro del sentido
caían las cadencias,
como doradas gotas
de dulce miel que del panal fluyeran.
La vida era solemne;
puro y sereno el pensamiento era;
sosegado el sentir, como las brisas;
mudo y fuerte el amor, mansas las penas,
austeros los placeres,
raigadas las creencias,

sabroso el pan, reparador el sueño,
fácil el bien y pura la conciencia.
¡Qué deseos el alma
tenía de ser buena,
y cómo se llenaba de ternura
cuando Dios le decía que lo era!

II

Pero bien se conoce
que ya no vive ella;
el corazón, la vida de la casa
que alegraba el trajín de las tareas,
la mano bienhechora
que con las sales de enseñanzas buenas
amasó tanto pan para los pobres
que regaban, sudando, nuestra hacienda.
¡La vida en la alquería
se tiñó para siempre de tristeza!
Ya no alegran los mozos la besana
con las dulces tonadas de la tierra
que al paso perezoso de las yuntas
ajustaban sus lánguidas cadencias.
Mudos de casa salen,
mudos pasan el día en sus faenas,
tristes y mudos vuelven
y sin decirse una palabra cenan;

que está el aire de casa
cargado de tristeza,
y palabras y ruidos importunan
la rumia sosegada de las penas.
  Y rezamos, reunidos, el Rosario,
sin decirnos por quién... pero es por ella.
Que aunque ya no su voz á orar nos llama
su recuerdo querido nos congrega,
y nos pone el Rosario entre los dedos
y las santas plegarias en la lengua.
  ¡Qué días y qué noches!
¡Con cuánta lentitud las horas ruedan
por encima del alma que está sola
llorando en las tinieblas!
  Las sales de mis lágrimas amargan
el pan que me alimenta;
me cansa el movimiento,
me pesan las faenas,
la casa me entristece
y he perdido el cariño de la hacienda.
  ¡Qué me importan los bienes
si he perdido mi dulce compañera!
  ¡Qué compasión me tienen mis criados
que ayer me vieron con el alma llena
de alegrías sin fin que rebosaban
y suyas también eran!
  Hasta el hosco pastor de mis ganados,
que ha medido la hondura de mi pena,

si llego á su majada
baja los ojos y ni hablar quisiera;
y dice al despedirme:—«Animo, amo;
haiga mucho valor y *haiga pacencia...*»
Y le tiembla la voz cuando lo dice,
y se enjuga una lágrima sincera,
que en la manga de la áspera zamarra
temblando se le queda...
¡Me ahogan estas cosas,
me matan de dolor estas escenas!
¡Que me anime, pretende, y él no sabe
que de su choza en la techumbre negra
le he visto yo escondida
la dulce gaita aquella
que cargaba el sentido de dulzuras
y llenaba los aires de cadencias!...
¿Por qué ya no la toca?
¿por qué los campos su tañer no alegra?
Y el atrevido vaquerillo sano
que amaba á una mozuela
de aquellas que trajinan en la casa,
¿por qué no ha vuelto á verla?
¿por qué no canta en los tranquilos valles?
¿por qué no silba con la misma fuerza?
¿por qué no quiere restallar la honda?
¿por qué está muda la habladora lengua,
que al amo le contaba sus sentires
cuando el amo le daba su licencia?

—«¡El ama era una santa!..»
me dicen todos, cuando me hablan de ella.
«¡Santa, santa!»—me ha dicho
el viejo señor cura de la aldea,
aquel que le pedía
las limosnas secretas
que de tantos hogares ahuyentaban
las hambres y los fríos y las penas.
¡Por eso los mendigos
que llegan á mi puerta
llorando se descubren
y un padre nuestro por *el ama* rezan!
El velo del dolor me ha obscurecido
la luz de la belleza.
Ya no saben hundirse mis pupilas
en la visión serena
de los espacios hondos,
puros y azules, de extensión inmensa.
Ya no sé traducir la poesía,
ni del alma en la médula me entra
la intensa melodía del silencio,
que en la llanura quieta
parece que descansa,
parece que se acuesta.
Será puro el ambiente, como antes,
y la atmósfera azul será serena,
y la brisa amorosa
moverá con sus alas la alameda,

los zarzales floridos,
los guindos de la vega,
las mieses de la hoja,
la copa verde de la encina vieja...
   Y mugirán los tristes becerrillos,
lamentando el destete, en la pradera;
y la de alegres recentales dulces,
tropa gentil, escalará la cuesta
balando plañideros
al pie de las dulcísimas ovejas;
y cantará en el monte la abubilla,
y en los aires la alondra mañanera
seguirá derritiéndose en gorjeos,
musical filigrana de su lengua...
   Y la vida solemne de los mundos
seguirá su carrera
monótona, inmutable,
magnífica, serena...
   Mas ¿qué me importa todo,
si el vivir de los mundos no me alegra,
ni el ambiente me baña en bienestares,
ni las brisas á música me suenan,
ni el cantar de los pájaros del monte
estimula mi lengua,
ni me mueve á ambición la perspectiva
de la abundante próxima cosecha,
ni el vigor de mis bueyes me envanece,
ni el paso del caballo me recrea,

ni me embriaga el olor de las majadas,
ni con vértigos dulces me deleitan
el perfume del heno que madura
y el perfume del trigo que se encera?
Resbala sobre mí sin agitarme
la dulce pöesía en que se impregnan
la llanura sin fin, toda quietudes,
y el magnífico cielo, todo estrellas.
Y ya mover no pueden
mi alma de poeta,
ni las de Mayo auroras nacarinas
con húmedos vapores en las vegas,
con cánticos de alondra y con efluvios
de rocïadas frescas,
ni estos de otoño atardeceres dulces
de manso resbalar, pura tristeza
de la luz que se muere
y el paisaje borroso que se queja...
ni las noches románticas de Julio,
magníficas, espléndidas,
cargadas de silencios rumorosos
y de sanos perfumes de las eras;
noches para el amor, para la rumia
de las grandes ideas,
que á la cumbre al llegar de las alturas
se hermanan y se besan...
¡Cómo tendré yo el alma
que resbala sobre ella

la dulce pöesía de mis campos
como el agua resbala por la piedra!
  Vuestra paz era imagen de mi vida
¡oh campos de mi tierra!
pero la vida se me puso triste
y su imagen de ahora ya no es esa:
en mi casa, es el frío de mi alcoba,
es el llanto vertido en sus tinieblas;
en el campo, es el árido camino
del barbecho sin fin que amarillea.

. . . .

  Pero yo ya sé hablar como mi madre
y digo como ella
cuando la vida se le puso triste:
«¡Dios lo ha querido así! ¡Bendito sea!»

CASTELLANA

Por qué estás triste, mujer?
¿Pues no te sé yo querer
con un amor singular
de aquellos que hacen llorar
de doloroso placer?

Crees que mi amor es menor
porque tan hondo se encierra,
y es que ignoras que el amor
de los hijos de esta tierra
no sabe ser hablador.

¿No está tu gozo cumplido
viendo desde esta colina
un pueblo á tus pies tendido,
un sol que ante ti declina
y un hombre á tu amor rendido?

¿Te place la patria mía?
No en sus hondas soledades
busques con vana porfía
la estrepitosa alegría
de las doradas ciudades.

El campo que está á tus pies
siempre es tan mudo, tan serio,
tan grave, como hoy lo ves.
No es mi patria un cementerio,
pero un templo sí lo es.

Busca en ella soledades,
serenas melancolías,
profundas tranquilidades,
perennes monotonías
y castizas realidades.

Si tú gozarlas supieras,
ahora mismo depusieras
tu adusto ceño sombrío.
¿Qué de mi patria quisieras
para alegrarte, bien mío?

¿Quieres que vaya á buscar
cuarzos blancos al repecho,
colorines al linar,
nidos de alondra al barbecho
y endrinas al espinar?

Para que tú te regales,
no dejaré una con vida
veloz liebre en los eriales,
ni esquiva perdiz hundida
del cerro en los matorrales,

ni conejillo bravío
dormido bajo el carrasco,
ni mirlo á orillas del río,
ni sisón en el peñasco,
ni alondras en el baldío.

¿Quieres que hiera en su vuelo,
á ese milano que el cielo
raya con círculos anchos,
y de sus garras los ganchos
venga á clavar en el suelo,

y atrás la cabeza echada,
las plumas te enseñe y rice
de la pechuga alterada,
y ante tus pies agonice,
con la pupila espantada?

Si buscas flores sencillas,
hay en el valle violetas,
y gamarzas amarillas,
y estrelladas tijeretas,
y olorosas campanillas.

Si quieres, rosa temprana,
ver los sudores y afanes
que cuesta el pan de mañana,
ven y verás mis gañanes
trajinando en la besana.

O vamos á mis sembrados
y allí verás emulados
de tus labios los carmines,
que parecen amasados
con pétalos de alvergines.

Verás mecerse, aireadas,
del mar de la mies las olas,
aquí y allá salpicadas
de encendidas amapolas
y de jarritas moradas.

Y mientras gozas del vago
rumor de aquel ancho lago
de móviles verdes tules,
yo una corona te hago
de clavelillos azules;

y con ella, nueva Ceres,
reina serás, si tú quieres,
de mis campos y labores,
que reina de mis amores
ya hace tiempo que lo eres.

¿Sientes ganas de llorar?
También las sé yo sufrir
cuando me pongo á pensar
que Dios te puede llevar
y hacerme sin ti vivir.

Mas... ¡vamos al prado un rato,
que en él hay sombra de encinas,
murmullos de viento grato
y agua fresca de regato
rebosante de pamplinas!

¿Quieres que de esa ladera
te baje un haz de tomillo
ó que salte á esa pradera
y te traiga un manojillo
de oliente hierba triguera?

¿Lloras? Pues si es de ternura,
deja ese llanto correr,
que es un riego de dulzura,
hijo de la fresca hondura
del manantial del placer.

Mas si lloras desconsuelos
y torturas de los celos,
¡vive Dios, que lloras mal!
Testigos me son los cielos
de que mi amor es leal.

Y si piensas que es menor
porque tan hondo se encierra,
recuerda que el hondo amor
de los hijos de esta tierra
no sabe ser hablador.

Alégrate, pues, mujer,
porque te sé yo querer
con querer tan singular,
que á veces me hace llorar
de doloroso placer...

LO INAGOTABLE

De rodillas delante de la fosa
donde se pudre el mocetón garrido,
la pobre vieja sin moverse pasa
la tarde del domingo.

Una tarde otoñal, helada y muda,
de cielo muy azul, campiña yerta,
y un sol amarillento que se muere
de frío y de tristeza.

Una vela amarilla que no alumbra,
se quema, como el alma de la anciana,
cuyos ojos decrépitos no lloran
porque no tienen lágrimas.

Todas se las tragó la avara tierra
de la tumba del hijo malogrado,
á cuyos pies la hierba está escaldada
con las sales del llanto.

Vagaba por los ámbitos vacíos
del humilde y herboso Cementerio,
el aroma de muerte que despide
la tierra de los muertos.

Volaban sobre el templo los cernícalos
y rasaban el viejo campanario
los bandos de veloces aviones
que pasaban chillando.

Y de la plaza del lugar venían
sones de tamboril y castañuelas,
notas de gaita que al hablar de amores
infundía tristeza.

¡Cómo bailaba la muchacha alegre
para quien fué belleza vigorosa
lo que era ya bajo viscosa hierba
montón de carne rota!

Montón de carne rota que una madre
tuvo un día pegado á sus entrañas,
y espejado en las niñas de sus ojos
y en el centro del alma.

Y ya está allí, deshecho en las tinieblas,
el fuerte hastial de la feliz casita,
el que ganaba el mendruguito blando
que la anciana comía.

Una alondra del páramo vecino
se posó en la pared del Camposanto
para beber el rayo agonizante
del frío sol dorado,

y cantó una canción opaca y fría
que ni siquiera le agitó el pechuelo
que cien mañanas pareció romperse
modulando gorjeos.

¡Sorda elegía que inspiró Natura
junto á la tumba donde el mozo estaba,
que tantas veces, cual la alondra aquella,
le cantó la alborada!

Se hundieron en sus grietas los cernícalos,
y en los huecos del viejo campanario
poco á poco los raudos aviones
se metieron chillando.

Cayó el silencio sobre el pueblo humilde,
murió la tarde y se marchó la alondra,
y la vida le dijo á la ancianita
que estaba ya muy sola.

¡Era preciso abandonar al hijo!
Besó la tumba y apagó la vela,
que derramó sobre la hierba húmeda
dos lágrimas de cera.

¡Y dieron todavía otras dos lágrimas
aquellos ojos que estrujó el dolor!
Ni ignoradas ni estériles las dieron:
¡las vimos Dios y yo!

CUENTAS DEL TÍO MARIANO

Araba el tío Mariano
la húmeda tierra gredosa,
y entre la bruma lluviosa
del horizonte lejano,

con cierta noble ansiedad
que á la amargura se junta,
miraba, al volver la yunta,
las torres de la ciudad.

Allí los amos estaban
de aquel pedazo de llano,
ya convertido en pantano
por lluvias que no amainaban.

Y no pensaba el rentero
que el amo estaba al abrigo
del bofetón del hostigo
y el frío del aguacero.

Aspiraciones más parcas
tentaban al viejo charro
mientras hundía en el barro
sus bien calzadas abarcas.

Era un día de Febrero
revuelto, lluvioso y frío;
cada camino era un río,
y un charco cada sendero.

Bajaban por las quebradas
turbios regatos zumbando
que iban el hoyo inundando
de hoscas aguas coloradas.

Y era el barbecho un fangal,
y el prado un estanque era,
y una charca la ribera,
los valles un chapatal.

Arrebataba el solano
las gotas del aguacero,
que eran las puntas de acero
de su látigo inhumano.

Iracundos los zagales
bregaban con los corderos
y los cabritos zagueros
hundidos en los fangales.

Y el pobre tío Mariano,
con la anguarina calada,
bajo un brazo la aguijada
y en la mancera una mano,

arando estaba en tal día
por no perder una huebra,
donde diz que el viento quiebra
cosa que él solo diría,

pues en aquella desnuda
tierra llana sin abrigo,
le flagelaba el hostigo
la cara con saña cruda.

Y así malamente araba
y echaba el hombre sus cuentas,
las cuentas de aquellas rentas
que por las tierras pagaba.

Bien echadas las tenía,
pero con mal resultado,
y así terco y porfiado,
las iba haciendo aquel día:

«Las rastras ya no las miento;
hogaño, si pinta el año,
no será nengún extraño
que me arrimase á las ciento.

Se ha derramao en sazón,
la desará fué mu guapa,
y si sigue asín, no escapa,
de haber buena granación.»

(Este cálculo lo hacía
con las leves omisiones
de langosta, inundaciones,
y pedriscos, y sequía...)

«Ahora, tanto pa calzar,
tanto en vestir y en comer...»
(Y no hablaba de beber
porque era hablar... de la mar.)

«Tanto pa contribuciones,
tanto pa renta y simiente...»
y así fué del remanente
practicando sustracciones.

Y de las ciento supuestas
sustrajo el tío Mariano
tantas fanegas de grano,
que al pasar de ciento éstas,

puso cara de ansiedad,
y el cuerpo zarandeando,
dijo con pena, mirando
las torres de la ciudad:

«Si hogaño fuese allá un día
y el amo bajar quisiera
seis fanegas... ¡cualisquiera,
cualisquiera me tosía!..»

. . . .

¡Señor del tío Mariano!:
si acude á ti, sé piadoso,
que harás un hogar dichoso
con seis fanegas de grano.

REGRESO

I

Estuve en la ciudad. Vi la materia
brillar resplandeciente,
correr arrolladora,
sonar dulce y rugiente
y en la vida imperar como señora.
Reina del mundo, la ciudad entera
su esclava fiel, su adoradora era.
Los sabios peroraban
del aula en la trinchera
en defensa del ídolo que amaban;
los coros de los hijos del Parnaso
coplas sublimes en su honor cantaban,
obstruían el paso
en plazas y jardines y museos
las estatuas alzadas á la diosa,
soberanos trofeos

que falange de artistas victoriosa
le rindió generosa
del ingenio de artísticos torneos;
y la gran muchedumbre
de libres ciudadanos, de rodillas
en hábito de eterna servidumbre
que no le pagan sus eternos amos,
entonaban su canto de costumbre:
«¡Te adoramos, oh diosa, te adoramos!»

Estuve en la ciudad y vi los sabios.
Fuí dispuesto á escucharles de rodillas,
sin que allí mis palabras de hombre rudo
salieran de la cárcel de mis labios,
que en ellos hizo la ignorancia un nudo.
En sus alas la fama vocinglera
llevó dos ó tres nombres
al obscuro rincón de mi morada,
que augusto templo del silencio era,
y una noble ambición que hay en los hombres
me hizo salir de mi rincón querido,
y á oir la voz que del saber es puerta
fuí con el alma abierta
puesta debajo del abierto oído.
A entender los misterios fuí dispuesto
de la vida y del mundo,
la fuerte base del obrar modesto,

la clave obscura del saber profundo,
la oculta vía del vivir sin brillo,
la esencia arcana del amor honesto,
la regla simple del pensar sencillo...
Iba á aprender, sin tortuosos modos,
la fórmula del bien, los soberanos
conceptos graves del amor de hermanos
que nacimos de Dios, Padre de todos;
y, rasgadas las brumas que embarazan
la alta visión con su tupido velo,
iba á saber el punto en que se enlazan
la senda de la vida y la del cielo.
Y así como la abeja,
libado el polen, de la flor se aleja
y torna á elaborar el néctar puro
de su colmena en el recinto obscuro,
yo, conduciendo de placer henchido,
mi carga de saber, carga de oro,
de los sabios tomada en el tesoro,
á las dulzuras del rincón querido
contento volvería
á labrar con el polen adquirido
miel de sabiduría...
¡Oh, fama vocinglera!
¡cuán fácil es el viento que te guía,
y tu sonora voz, cuán embustera!
La gran sabiduría nunca ha sido
música del oído,

torrente de palabras que allí cae
donde un hueco encontró, como el sonido,
que el viento se lo lleva que lo trae.
Ni es orgullo que ciega,
ni es encono que grita,
ni estéril voz que apasionada niega,
ni desprecio del bien que al mal invita.
Ni tampoco almacén abarrotado
de innúmeras ideas
que pueril vanidad ha amontonado
para que tú ¡oh adulador! las veas,
y tú, Fama veloz, vueles y cantes,
y tú, varón sencillo, oigas y creas,
y os asombréis vosotros ¡oh ignorantes!
No, no; sabiduría,
en la noche del mundo tan sombría,
es estrella que alumbra,
brazo amigo que guía,
no relámpago breve que deslumbra
ni mano malhechora que extravía.
¡Oh tú, Fama embustera!
no alborotes las plácidas mansiones
donde quiere la vida ser sincera:
¡tienes otras regiones
donde suenan mejor tus huecos sones!
No vuelvas á mi casa; está cerrada
y en ella encarcelada
tu enemiga mortal, la Verdad ruda,

que no sale á la calle
porque nadie la quiere ver desnuda.
Y vosotros, ¡oh sabios! cuyos nombres
no saldrán de la cárcel de mis labios,
una noble ambición que hay en los hombres
me trajo á vuestros pies... ¡adiós, oh sabios!

Estuve en la ciudad y vi la vida.
Es ligera y hermosa,
del modo que es hermosa y es ligera
la ingrávida, la leve mariposa
que nace, vive y muere en Primavera.
Y así como el insecto primoroso,
visitador inquieto de las flores,
más parece nutrirse de colores
que de polen sabroso,
la vida ciudadana,
de la flor del placer fiel cortesana,
no se acercaba á ella
con aguijón de abeja laboriosa,
sino con frágil ala lujuriosa
de mariposa bella.
¡Qué de prisa las horas sin regreso
rodaban por encima de los seres!
¡Qué nervioso el avance del progreso;
qué fuertes los placeres;
las fiestas, qué brillantes;

qué hermosas las mujeres,
y los hombres, qué cultos, qué elegantes!
Lo que sabe el varón adusto y grave
que en el pobre lugar pasa por sabio
cualquiera allí lo sabe,
por eso es elocuente todo labio,
porque los abre del saber la llave.
Conocen allí todos
los secretos del Arte y de la Ciencia;
saben de varios modos
faltar á la verdad con elocuencia;
saben negar, audaces;
saben reir, satíricos feroces;
saben gustar, voraces,
las mieles de las mieles de los goces,
y saben ser flexibles, distinguidos,
hablar con gran finura
y obrar con gran descoco...
¡Saben vivir unidos
amándose muy poco!
¡El saber, el saber! Ese era el lema,
la aspiración suprema
de la vida veloz que se vivía.
¡Se estudiaba el amor como un problema!
Y yo también quería
ser un sabio de aquellos que admiraba,
mas no lo quiso la fortuna mía.
Ufano contemplaba

montón de ideas mi cerebro hecho,
pero ¡ay! se me olvidaba
en qué lado del pecho
mi corazón encadenado estaba.
Sensible corazón que ahora palpitas
al fuego del amor que ya te quema:
¿para qué pude yo necesitarte
donde el cerebro fabricaba el Arte
y estudiaba el amor como un problema?
Yo pasaba los días presurosos
entre sabios famosos,
y las noches pasaba entre poetas.
¡Qué días tan ruidosos!
y las noches ¡qué estériles, qué inquietas!
Y después de vivir la fácil vida
que una noble ambición, humana y santa,
me pintó de grandezas toda henchida,
ni ella me dió sabiduría tanta
como á cualquiera le infundió Natura,
ni á cantar aprendí con más dulzura
que la que puso Dios en mi garganta.

II

Pero ya estoy aquí, campos queridos,
cuyos encantos olvidé por otros
amasados con miel y con veneno.
¡Pequé contra vosotros!
¡Recibidme otra vez en vuestro seno!
Yo te conozco, solitario monte;
te cantaré de nuevo, Patria mía;
beber quiero tu luz, ancho horizonte;
gozar quiero tu paz, ¡oh, mi alquería!
Mis hijos inocentes
beben el agua de tus puras fuentes,
nutren su cuerpo con el pan sabroso
que produce tu suelo generoso,
tuesta sus puras frentes
la lumbre pura de tu sol caída,
y me los hinchen de salud y vida
los céfiros sedantes y serenos
que vienen de tus grandes encinares,
que vienen de tus mieses y tus henos,
que vienen de tus ricos tomillares...
Aquí no vive la materia inerte
esa vida que presta el artificio,
estéril disimulo de la muerte.

Viven aquí las cosas
porque en su entraña cada cual encierra
la del vivir intimación divina
que á ti te ha dado jugos, fértil tierra,
y á ti te ha dado savia, vieja encina.
Yo admiro la hermosura,
la soberana esplendidez grandiosa
que augusta ostenta sobre sí Natura;
pero ella es criatura,
no puede ser mi diosa;
y aunque canto, postrado de rodillas,
delante de sus grandes maravillas,
que son del mundo hechizo,
yo sólo adoro en ella
la mano soberana que la hizo...
¿Y quién no besará la mano aquella
que ha sabido crear cosa tan bella?

Hombres de mi alquería,
custodios fieles de la hacienda mía:
los que vais encorvados
detrás de los arados
desgarrando los senos de mis tierras;
los que del hierro de la paz armados
abatís la aspereza de mis sierras;
los que andáis sin hogar, solos y errantes,
guardando mis ganados noche y día;

los de mis montes fieles vigilantes;
los de mi casa honrada compañía;
los que colmáis de frutos diferentes
mi casa, mis laneros,
mis templados establos, mis graneros
y mis anchos pajares bien olientes...
Mayorales, gañanes y renteros,
cabreros y pastores,
colonos y yegüeros,
guardas y aperadores,
montaraces, zagales y vaqueros...
¡todos los hijos del trabajo rudo
que regáis con sudor la hacienda mía...
salid á recibirme! ¡Yo os saludo
y os bendigo en la paz de la alquería!
Vengo á anudar el hilo
roto en mal hora del vivir tranquilo;
á humillar, cual vosotros, la cabeza
al yugo del trabajo cotidiano,
fuente de la riqueza,
padre providencial de la pobreza,
sal del vivir humano.
Que rueden por la mía
como ruedan también por vuestras frentes,
las de honrado sudor gotas ardientes
que cuesta el pan del día,
y que sepan mis hijos inocentes,
cuando puedan mirar hacia el pasado,

que el pan sabroso que los ha nutrido
era pan amasado
con gotas de sudor por mí vertido.
Desciendan por mi frente
del sudor del trabajo los raudales
y bañen mi pupila distraída,
que esos son los cristales
al través de los cuales
debemos todos contemplar la vida.
¡Hijos humildes del trabajo honrado!
yo la vuestra contemplo
como el más alto ejemplo
del vivir generoso y resignado;
y vuelvo á vuestro lado,
porque todo lo bueno que he aprendido
vuestro grave vivir me lo ha enseñado.
Yo traigo, en cambio, el corazón henchido
de anhelos puros, de doctrinas buenas
y de costumbres santas,
y vengo hasta vosotros decidido
á derramar el bien á manos llenas,
porque el Dios que me dió riquezas tantas
dióme con ellas el mayor tesoro
que recibí de su divina mano:
¡un corazón de oro
que de todos los hombres me hace hermano!

Y tú, vida serena
de la blanca alquería,
de artificios vacía
y de vigores naturales llena...
Tú, soledad amena,
del encinar cargado de reposo,
donde flota un ambiente religioso
que de dulzor ¡oh alma! te enajena,
y un bienestar sabroso
que á ti, mortal escoria, te encadena
al placer de un vivir tan deleitoso...
Tú, feliz compañía
de la fe, del amor y del trabajo,
las tres que el alma mía
virtudes altas á la vida trajo...
Tú, silencio elocuente
que en el del campo bienhechor asilo
hablas grave y severo,
sabio maestro del pensar prudente,
padre fecundo del amor tranquilo,
fiel confidente del sentir austero...
Y tú también, jugosa poesía,
de este rico soñar del alma mía,
de este vivir en el hogar templado,
de este cantar en la alameda obscura,
de este dormir en el regazo amado
de la conciencia pura
que arrulla el sueño del varón honrado...

¡Dejadme respirar esta frescura
de vuestro ambiente que á vivir convida,
que yo quiero vivir y esta es la vida!
Y vosotros, los anchos horizontes,
los blancos caseríos,
los valles y los montes,
las fuentes y los ríos,
los áridos y grises labrantíos...
la sombra de la encina,
la música del aire dulce y queda,
y el cantar de la honrada golondrina
y el ruidoso hojear de la arboleda...
El agua de la poza cristalina,
las guindas de mi huerto delicioso,
sus ricos torongiles y albahacas,
el pan de mis pastores, tan sabroso,
la leche vadeante de mis vacas...
¡Regaladme con goces repetidos,
que os esperan, abiertos, mis sentidos!
Yo daré cuanto tengo,
que á derramar entre vosotros vengo
pedazos de mi ser á manos llenas:
para ti mi sudor, hacienda mía;
para ti mis cantares, Patria hermosa;
para vosotros sangre de mis venas,
hijos amantes y adorable esposa;
para los hombres cuyas rudas manos
colman mi casa de riquezas tantas,

pan abundante con doctrinas santas
y el nombre sabrosísimo de hermanos;
para el mal que á la lucha me provoca,
los de luchar inacabables modos;
para el Dios de la Cruz, mi fe de roca,
y el amor de mi alma, para todos.

¡Bendita ¡oh Patria! seas, que me has dado
uno en tu seno bienhechor asilo
para morirme en el vivir honrado,
que es el secreto de morir tranquilo!

GANADERO

TIENE un viejo caballote
de gigantesca armadura,
buen correr, mala andadura,
largo pienso y alto trote.

Tiene dos perros de presa
de ancha boca bien dentada,
por si una res empicada
se desmanda en la dehesa.

Tiene dos galgos zancudos
de ojos vivos como chispas,
flacas cinturas de avispas
y curvos dorsos huesudos:

dos destructores crueles
de las liebres y los panes,
pues corren como huracanes
y comen... como lebreles.

Tiene... nada á lo moderno:
perdiz en ancho jaulón,
escopeta de pistón
y polvorines de cuerno.

Y tiene tan larga capa,
tan ancha capa de paño,
que al caballote castaño
nalgas y cuello le tapa.

Gran pensador de negocios,
ladino en compras y ventas,
serio y honrado en sus cuentas,
grave y zumbón en sus ocios,

vividor como una oruga,
su vida de siempre es ésta:
con las gallinas se acuesta,
con las alondras madruga.

Clavado en la dura silla
de su viejo caballote,
se va á Extremadura al trote
y al trote torna á Castilla;

y toma allá montaneras,
y arrienda aquí espigaderos,
y busca allá invernaderos,
y goza aquí primaveras,

y viene y va con ganado,
y vende, y vuelve á arrendar,
y paga, y vuelve á criar...
y siempre está atareado.

Y entre tantos trajinares,
aún puede al año unos días
lucirse en las romerías
de los rayanos lugares;

porque el intrépido charro
juega tan bien á la calva,
que no hay ni en tierra de Alba
quien no respete su marro.

Ni hay labrador ni vaquero
que de tan brava manera
coja una manta torera
y eche á rodar un utrero.

Nadie como él ha lucido
yeguas en las *cuatropeas,*
y mantas en las capeas,
y marros en el egido,

rumbos en las romerías,
maña en los retajaderos,
fuerzas en los herraderos,
y en las tientas, valentías.

Pocas habrá tan certeras
cual sus sagaces miradas
para arrendar otoñadas
y calcular montaneras,

pesar un novillo *á ojo*,
vender oportunamente,
saber observar prudente,
saber mirar de reojo...

Mas ¡ay, que todo declina!
Ya no baila, ni capea,
ya no lucha, ni pulsea,
ya va viejo, ya se arruina...

Ya son su grave figura
y su aspecto antes bizarro
sombras de aquel cuerpo charro
que fué broncínea escultura...

¡Y no hay que hacerse ilusiones,
porque al charro más valiente,
si se le arruga la frente...
se le arrugan los calzones!..

PUÉSTA DE SOL

Por un cielo mudo y frío,
sin nubes y sin color,
bajaba un sol moribundo,
muerta sombra de aquel sol
que las viejas primaveras
templaba fecundador.
Eran las tierras de ocaso
desiertos que Dios creó
para que el hombre se acuerde
del Paraíso de Dios
y muera con la nostalgia
del que es infinito amor;
y donde el cielo se unía,
sin nubes y sin color,
con una llanura muerta
que el ruido nunca habitó
con lentitudes dolientes
agonizaba aquel sol.

Y no tuvo en su caída
ni pueblo que la sintió,
ni pájaro que cantara
la vespertina canción,
ni selva que se moviera,
ni hombre que alzara su voz,
ni torre que se pintara
con el dorado arrebol,
ni sedalino celaje
que embebiera en su vellón
la púrpura derretida
del último resplandor.
Entre desiertos desnudos
la muerte le sorprendió,
y al que muere en el desierto
no lo ve nunca el amor,
ni nadie le presta oídos,
ni nadie le dice adiós.

Así murió aquella tarde
solo y quejándose el sol:
¡así se mueren los hombres
que han vivido sin amor!

MI MONTARAZA

I

No hay bajo el cielo divino
del campo salamanquino
moza como Ana María,
ni más alegre alquería
que Carrascal del Camino.

En Carrascal nació ella,
y si antes no fuese bella
su natal tierra bendita,
fuéralo porque la habita
la rosa de monte aquella.

No nace en tierra cristiana
flor silvestre más lozana,
ni hormiga más vividora,
ni moza más castellana,
ni mujer más labradora.

Hermosa sin los amaños
de enfermizas vanidades,
tiene uno ojos castaños
con un mirar sin engaños
que infunde tranquilidades.

Sencilla para pensar,
prudente para sentir,
recatada para amar,
discreta para callar,
y honesta para decir;

robusta como una encina,
casera cual golondrina
que en casa canta la paz,
algo arisca y montesina
como paloma torcaz,

agria como una manzana,
roja como una cereza,
fresca como una fontana,
vierte efluvios de alma sana
y olor de Naturaleza.

¿Qué extraño que los favores
implore yo del destino,
si estoy enfermo de amores
por la reina de las flores
de Carrascal del Camino?

II

¿Me quieres, Ana María?
Yo me he soñado que sí;
mas dudo que guarde impía
la ingrata fortuna mía
tesoro tal para mí;

pues de esos montes no lejos,
hay otros montes ceñudos
con montaraces ya viejos
que tienen hijos talludos
atentos á sus consejos.

Y sé que á esas alquerías
van también ricos señores
á celebrar cacerías,
á dirigir sus labores
y á ver sus ganaderías;

y á mí me causa terror
que en ese rincón de paz
den contigo, rica flor,
el hijo de un montaraz
ó el hijo de un gran señor.

Felicidad que soñé,
esposa que presentí,
mujer que luego busqué
y ángel que al cabo encontré
deben de ser para mí.

Dile al hijo del señor
de la vecina alquería
que dice tu servidor
que no nació Ana María
para caprichos de amor;

que en las ciudades doradas
encontrará lindas flores
más suyas por delicadas...
¡Estas rosas coloradas
no son para los señores!

Pero si en ello porfía,
por ladrón de mi destino...
¡Lo mato, si pisa un día
la raya de la alquería
de Carrascal del Camino!

Y el hijo del montaraz
de Castropardo el mayor,
el que oye mucho mejor
la voz de un viejo sagaz
que el grito de un noble amor,

si busca montaracías
que den en prados y montes
excusas y regalías,
llenos están de alquerías
esos anchos horizontes;

pues sólo el amante fino
que ante el encanto se rinde
de tu mirar peregrino
merece pisar la linde
de Carrascal del Camino.

¿Me quieres, Ana María?
¿Me esperarás en la raya
de tu divina alquería,
cuando á la casa yo vaya
que pretendo llamar mía?

¡Qué buen esposo me hicieras!
¡Qué hogar tan feliz tuvieras,
si de ese monte feraz
tú la montaraza fueras
y fuera yo el montaraz!

Sé por guardas y pastores,
que riges ya á maravilla
la casa de tus mayores,
donde por buena y sencilla
te adoran tus servidores,

y yo me tengo jurado
ser un amo tan honrado
y un montaraz tan cabal
como el mejor que ha pisado
los montes de Carrascal.

¿No sabes, Ana María,
que yo he tenido parientes
en una montaracía,
y sé lo que son sirvientes
y sé lo que es la alquería?

Hogaño he mercado en Alba
una yegua de Peñalba
de rutilante mirar,
tres años, negra, cuatralba,
rica sangre y buen andar;

un precioso bruto fiero
con nobleza de cordero,
blondas crines y ancha nalga,
músculos curvos de acero
y enjutos remos de galga.

Y en este animal brioso
que nunca al trajín se rinde
de su marchar vigoroso,
vigilaré cuidadoso
tus montes de linde á linde;

y ni en los montes vecinos,
han de quedar clandestinos
y atrevidueios pastores,
ni furtivos cazadores,
ni leñadores dañinos.

Y corrigiendo criados,
y amparando desgraciados,
será nuestra casa un día
vivienda de hombres honrados,
colonia de la alegría.

¿Quién más dichoso ha de ser
que el hombre que va á tener
bellos campos que cuidar,
sabroso pan que comer
y esposa á quien adorar?

Deudos que enfermo me halláis,
amigos que me estimáis,
hombres que me conocéis,
todos los que me queréis,
todos los que me envidiáis,

¡pedid en justa porfía
que me conceda el destino
la mano de Ana María
y aquella montaracía
de Carrascal del Camino!

EL POEMA DEL GAÑÁN

I

Era el tiempo llegado
de las puras mañanas otoñales,
las que tienen un sol tibio y dorado
que, de la hermosa vega enamorado,
desgarra, para verla, los cendales
de flotante vapor que la han velado
en las primeras horas matinales.
Mañanas con alondras y rocío,
canturreos sonoros,
silbar de tordos y zumbar de río,
balar de ovejas y mugir de toros....
Alegre despertar de los lugares,
tañidos de campana,
humo de los hogares,
pura luz, tibio sol, dulce galbana....

Vinieron otra vez los esplendentes
serenos mediodías,
las tardes impregnadas de dolientes
dulces melancolías,
las noches de los húmedos relentes,
las misteriosas madrugadas frías...
La tierra laborable,
refrescada por lluvia saludable,
iba tomando con el sol tempero,
y al abrir el sencillo timonero
de los húmedos senos el tesoro,
tan frescos y amorosos se ofrecían,
que ellos mismos pedían
del puño sembrador la lluvia de oro.
Erraban dos por el azul profundo
jirones ambos de flotante nube,
como las alas que perdió un querube
que Dios ha puesto junto á mí en el mundo.
El aire se dormía,
extática la mente se quedaba,
el ojo distraído ver creía
que el suelo palpitaba
á impulsos de la vida que lo henchía,
y absorto en la visión, le parecía
que la inmensa llanura respiraba.
El alma vislumbraba
los misterios profundos
del eterno existir de los espacios

y el perenne equilibrio de los mundos.
Natura estaba henchida
del gran silencio que en lo grande anida,
y hundido en el abismo del reposo,
barruntaba el sentido vigilante
el sereno rodar majestuoso
de la Tierra gigante...
La atmósfera era pura,
grande como los mares la llanura,
abierto el horizonte,
llenos los cielos de infinita calma,
llena de amores la quietud del monte,
llena de fe la soledad del alma...
Y el que suele rodar carro del tiempo
con paso presuroso
sobre la vida del mortal dichoso,
que tiene que gozarla apresurado,
era allí tan piadoso,
que acortaba su paso, antes ligero,
y rodaba callado
para hacer el placer más duradero,
para hacer el sentir más sosegado.
Brotaban ya en las eras
quitameriendas de matices rojos,
criaban achicorias los rastrojos,
se llenaban las lindes de acederas
y los huertos de malvas y de hinojos.
La grata algarabía

de los bandos de tordos silbadores
los prados alegraba en que caía;
tábanos zumbadores
por la atmósfera erraban placentera,
holgaban los pastores,
tomando el sol en la feraz ribera,
y reía el regato en la hondonada,
y apuntaba la grama en la pradera...
Nuncios de la otoñada...
¡Tiempo de sementera!
¡Gran Dios: tan bellos días
haces caer de tus hermosos cielos
que hasta me obligan á olvidar mis duelos,
y es pecado olvidar lo que Tú envías!

II

«Echa surcos derechos
á mi ventana:
labrador de mis padres
serás mañana.»
(Cantar popular castellano.)

La postrer melodía
sonó amorosa del cantar suave
que vino de la vaga lejanía
con blando ritmo de volar de ave.

Rayaba el puro día,
el rústico cantor, embebecido
de su labor en la profunda calma
plegó sus labios y rumió el sentido
de aquel cantar que le llegaba al alma.
Era verdad lo que el cantar decía.
En aquel lugarejo que dormía
bajo la fronda espesa
de la mansa alameda juguetona,
Trabajo era honradez y Amor promesa;
Trabajo era virtud y Amor corona.
Y el gañán laborioso
se deleitaba en el sentido hermoso
del cantar de la moza castellana,
que al elegir para mañana esposo
buscaba labrador para mañana.
El también intuía
Que el Trabajo es virtud, es armonía,
es levadura del placer humano,
fuente del bien, secreto de la suerte,
deber del hombre sano,
honra del varón fuerte
y vanidad de mozo castellano
que el pan que come con la misma toma
con que lo gana diligente mano.
Y meditando sobre aquel mañana
del severo cantar de la aldeana,
pensó en sus padres, de ternura lleno,

pues sus frentes rugosas le decían
las gotas de sudor que se vertían
para dar á los hijos pan moreno.
Y absorto, grave y mudo,
vió grabado en el libro del Destino
aquel cantar desnudo,
primera estrofa del poema rudo
de la vida del pobre campesino.

III

«De poco me servía
labrar la tierra
como sus bendiciones
Dios no le diera.»

Así cantó el labriego
con música de intensa melodía
que en el sentido derramó ambrosía
y en la conciencia derramó sosiego.
Mediaba el puro día.
La quietud de la atmósfera pesaba,
la yunta se dormía,
la brisa se paraba...
y las pardas alondras del camino
se quedaban extáticas bebiendo

las dulzuras del ritmo peregrino
que del manso cantar iban fluyendo.
Era el himno aldeano,
salmo de agradecida criatura
que á Dios concibe en la celeste altura
dándonos pan con amorosa mano;
severo canto llano
que al rudo mozo le enseñó Natura
para el culto del templo soberano
de la vasta llanura,
que aún es estrecha para altar cristiano.
Y yo escuchaba embelesado y mudo
la piadosa letrilla,
decir sincero de la fe sencilla,
hija de un pecho rudo
donde nunca arañó, ruin y sañuda,
la sarna miserable de la duda.
El hijo del trabajo,
surco arriba marchando y surco abajo,
buscaba en el trabajo solamente
los pedazos de pan que el suelo encierra,
porque siempre creyó cosa evidente
que el sudor de la frente
es el mejor abono de la tierra.
Pero también creía
que es la mano de Dios omnipotente
quien á la tierra laborable envía
el sol que la caldea,

la escarcha que la enfría,
la brisa que la orea,
la lluvia que la baña y la sanea...
La mano soberana,
fuente de vida de la raza humana;
la mano de las grandes maravillas;
la que encierra en minúsculas semillas
gérmenes diminutos,
misterios del amor encantadores
de donde brotan las hermosas flores,
de donde surgen los sabrosos frutos...
Así se lo decía
la firme y pura que adquirido había
fe de granito en el hogar amado;
y aquel cantar piadoso y sosegado
que del alma escapó por la garganta,
fiel expresión de sus sentires era,
porque el alma sincera
lo que siente, y no más, es lo que canta.

IV

«Dice la mi morena
que cuando voy de arar
se entristecen los campos
se alegra el lugar.»

La labor terminaba. Atardecía
y la copla postrera,
más rica que ninguna en armonía,
más dulce en el caer, más plañidera,
más empapada en la nostalgia austera
que infunde el campo de la patria mía,
voló por la llanura
y en el alma cayó por el oído
con cadencias de lánguida dulzura,
con dejos de quejido
y amorosos temblores de ternura.
Era el himno sereno
del amor castellano,
de prudente pudor, de calma lleno,
como el alma del rústico aldeano:
vibración de los gozos y las penas
de las almas serenas,
arte robusto de las almas rudas,
hondo consuelo de las almas buenas,
único idioma de las almas mudas...

¡Señor: si tus enojos
haces caer sobre miseria tanta
como aflige á cualquiera de tus hijos,
ponle llanto en los ojos,
ponle abrojos debajo de la planta,
ponle arrugas y canas en la frente,
pero déjale voz en la garganta,
porque bien sabes Tú, Dios providente,
que no puede vivir el que no canta!
Camino de la aldea,
que oculta entre los álamos humea,
delante del muchacho distraído
la yunta va marchando,
el arado del yugo suspendido
y el timón arrastrando.
Lánguidamente declinaba el día:
la brisa se hizo fría,
la alondra se acostó, cantó el mochuelo,
y á la luz del crepúsculo expirante,
el murciélago errante
culebreó con dislocado vuelo.
Era verdad lo que el cantar decía.
A medida que el mozo la dejaba,
la llanura qué triste se ponía,
¡qué sola se quedaba!
Todo en ella decía
que él era el alma del terruño muerto,
él era lengua del paisaje mudo,

él la nota viviente del desierto,
el sacerdote rudo
de aquel templo desnudo,
al culto grave del Trabajo abierto.
Y á medida que el campo se ponía
como la copla del gañán decía,
se alegraba el lugar con los rumores
de la humilde legión de labradores
que á la aldea volvía
en busca del pedazo del cariño,
la pobre cena en el hogar risueño,
las caricias de un niño
y unas horas dulcísimas de sueño.
Cuando el mozo pasaba por la era,
del lugarejo plácida vecina,
le pidió una campana plañidera
la oración vespertina,
y él la rezó con la piedad sincera
y algo inconsciente de la fe pristina.
En el cielo amarillo del Poniente
brilló una estrella rutilante y pura,
y el mozo, indiferente,
la vió cabrillear, fija en la altura;
pero de aquella cristalina fuente
que está junto al camino,
vió venir hacia él alegremente,
como bando de alondras trinadoras,
alborotado grupo peregrino

de garridas muchachas habladoras.
Y ojos que no cegaron
con la luz del lucero vespertino,
deslumbrados quedaron
al fulgor de una estrella
de la gentil constelación humana...
Con las Rebecas de alma castellana
que el mozo vió venir... ¡estaba *ella!*
. . . .
Ese es un hijo de la patria mía:
el que Natura para el cielo cría,
el que entero en la vida se derrama,
porque á vivirla, generoso, viene,
trabaja, reza y ama:
¡Dios no le pide más: da lo que tiene!

PRESAGIO

I

Ves ese tronco, Agustina,
que en el hogar se calcina
y da á mis miembros calor?
pues es el de aquella encina
del valle de Fuenmayor.

No mataron sus vigores
ni el cuchillo de la helada
ni el dogal de los calores,
sino la mano pesada
de los años destructores.

Allá, cuando Primavera
verdes los campos ponía,
y mi alegre pastoría,
derramada en la ladera,
desde el valle se veía,

viví como un rey en él
de esa encinita á la sombra.
¿Dónde hay tronco como aquél?
Hierba y flores por alfombra
y amplias ramas por dosel.

Allí aprendí á meditar
y sentí las embriagueces
del alto y puro pensar,
y por gozarlas cien veces
por eso aprendí á cantar.

Y sonaron mis canciones
á ruido de hojas de encina,
arpa ruda cuyos sones
dieron al alma emociones
y al estro voz peregrina.

En Julio, el abrasador,
cuando á la ruda labor
iba con mis segadores
á aquellos alrededores
del valle de Fuenmayor,

esa vieja venerable,
único asilo habitable
de la abrasada llanura,
me daba sombra agradable
con hálitos de frescura.

Porque el que puso en el cielo
un sol que calcina el llano,
pone una sombra en el suelo,
como en el dolor humano
pone de la fe el consuelo.

Y aquella encina frondosa
que en las gayas estaciones
me dió música amorosa,
cuya dulzura sabrosa
cayó sobre mis canciones,

dióme después, en estío,
fresco dosel protector,
y ahora, que invierno sombrío
me tiene yerto de frío,
presta á mi cuerpo calor.

II

Así fuiste tú, mujer.
Me diste en las primaveras
de aquel encantado ayer
las poéticas primeras
impresiones del querer.

Y así como la armonía
que de la encina caía
se derramó en mis canciones,
tu amor en el alma mía
vertió mundos de ilusiones.

Después, cuando me agobiaba
la dolorosa fatiga
de un vivir que ya se acaba,
tú fuiste la sombra amiga
donde el alma descansaba.

Y ahora, que ya está conmigo
del alma el invierno helado,
que es su postrer enemigo,
viviendo estoy amparado
de tu cariño al abrigo.
. . . .

Yo tengo miedo, Agustina,
que el tiempo que se avecina
me busca amenazador...
¡Ay, que ya murió la encina
del valle de Fuenmayor!...

DEL VIEJO EL CONSEJO

Deja la charla, Consuelo,
que una moza casadera
no debe estar en la era
si no está el sol en el cielo.

Tu hogar tendrás apagado,
y al mozo que habla contigo
le está devorando el trigo
la yunta que ha abandonado.

Mira que está obscureciendo,
que en las riberas lejanas
ya están cantando las ranas,
ya están las aves durmiendo.

Que tocan á la oración,
y hay gentes murmuradoras
cuyos ojos á estas horas
cristales de aumento son.

Y es que los obscureceres
son unas horas menguadas
que han hecho ya desgraciadas
á muchas pobres mujeres.

Mira, muchacha, que ha sido
la tarde muy bochornosa
y va á ser fresca y hermosa
la noche que ha producido.

Mira que son muy contadas
las fuerzas de la memoria;
mira que huelen á gloria
las mieses amontonadas,

y está tu galán delante,
y está tu hermanillo ausente,
y está el amor en creciente
y está la luna en menguante,

y á luz tan débil yo creo
que sola á salir no atinas
del laberinto de hacinas
donde metida te veo.

Tal vez si el mozo me oyera
pensara que esto es perfidia,
creyera que tengo envidia,
que tengo celos dijera,

pues con la venda de amor
no viera que soy un viejo
que sólo con un consejo
puedo acercarme á tu honor.

Vete, muchacha, y no quieras
llorar prematuros gozos,
que sé lo que son los mozos
y sé lo que son las eras;

y en tales obscureceres
pláticas tales de amores
dicen los murmuradores
que son de tales mujeres...

Y tienen razón, Consuelo,
que una moza casadera
no debe estar en la era
si no está el sol en el cielo.

CANCIÓN

Aquí se siente á Dios. En el reposo
de este dulce aislamiento
un fecundo sentido religioso
preside el pensamiento.

Derrámase por uno de dulzuras
ambiente equilibrado,
y en él cosecha las ideas puras
de que está penetrado.

Y sereno después, las alas tiende
y escala el firmamento,
seguro como el pájaro que hiende
su apropiado elemento.

Entonces toca el alma lo profundo
del alto amor sin nombre
y quisiera que un templo fuera el mundo
y un sacerdote el hombre.

¡El mundo, el hombre! Tras el doble abismo,
sólo esto es luminoso:
¡cuán feliz puede hacerse el hombre mismo,
y al mundo, cuán hermoso!

Desde este solitario apartamiento
del monte sosegado
contemplo el armonioso movimiento
de todo lo creado.

¡El trabajo es la ley! Todo se agita,
todo prosigue el giro
que le marca esa ley por Dios escrita
dondequiera que miro.

Aquel pardo milano, vagabundo,
buscando va la presa,
que le cuesta medir ese profundo
vacío que atraviesa.

Riega el labriego la feraz besana
con sudor de su frente,
si rubio trigo le ha de dar mañana
para nutrir su gente.

Quiere la golondrina nido blando
para el amor sentido,
y mis ojos fatiga acarreando
pajuelas para el nido.

A los vientos la abeja se encadena
y la hormiga al sendero,
para llenar aquélla su colmena
y estotra su granero.

La mansa yunta trabajosamente
tira del tosco arado,
y el pesado mastín va diligente
detrás de su ganado.

¡Todo al trabajo se ligó fecundo!
¿y yo he de estar ocioso?
¿y yo he de ser estéril en un mundo
nacido fructuoso?

¡Arriba, arriba! ¡El corazón al cielo
y á la tierra los brazos!
¡A la suerte del mundo unirme anhelo
con más estrechos lazos!

¡La pluma, los cinceles, la mancera,
la espada victoriosa!..
Dadme lo que queráis que abierta espera
mi mano vigorosa!

Si sé cantar, te elevaré canciones,
¡oh Patria infortunada!
que mil hay en tu amor inspiraciones
para la lira airada.

Si es la piedra á mis manos obediente,
venga el cincel á ellas,
que el suelo patrio sembrará mi mente
de creaciones bellas.

Si hacen falta una mano y una vida,
dad á aquélla una espada
y toma tú mi sangre ¡oh, dolorida
Patria desventurada!

Y si mi fuerte, pero ruda mano,
sólo puede servirte
para en los surcos enterrar el grano
que de oro puede henchirte,

para en tus vegas derramar tus ríos,
para abonar tus tierras,
y coronar de montes tus baldíos,
y enriquecer tus sierras...

entonces, no me arrojes al semblante
deberes no cumplidos,
porque yo soy el hijo más amante
de tus campos queridos,

y para hacer esta canción honrada
que el alma me pidiera
he dejado un momento abandonada
mi tosca podadera...

INVITACION

SEÑORES de la ciudad:
si ella admite en su grandeza
vientos de sinceridad,
ruidos de Naturaleza
y aromas de soledad;

si en vuestros breves vagares
merecen entreteneros
las coplas y los cantares
de obscuros, pero sinceros,
rimadores populares,

cerrad los ojos expertos
al artificio ingenioso
y oid sus rudos conciertos
con los sentidos abiertos
del percibir vigoroso.

Cabe la misma espesura
donde ha soltado Natura
su coro de ruiseñores,
puso una legión obscura
de más sencillos cantores.

Y no es artista el sentido
que, por sencillos y tantos,
desprécialos, distraído:
¡algo dirán esos cantos
al alma, si no al oído!

Algo tendrá todo ardiente
pecho que así se derrama;
que en el concierto viviente
todo lo que canta, siente;
todo lo que siente, ama.

Y es el amor cosa tal
que todo amor es hermoso,
vibre en un alma inmortal
ó en el pechuelo fogoso
del ave del matorral.

Y es el cantar una cosa
tan hija de este sentir,
que para el alma amorosa
toda canción es hermosa
si quiere amores decir.

Señores de la ciudad:
los del cerebro cansado,
que aún corre tras la verdad;
los del ingenio aguzado
que inventa la novedad....

Si frívolos y ligeros,
cual sus artificios ruines,
no os parecen ya sinceros
esos de vuestros jardines
ruiseñores prisioneros,

¡venid al campo á escuchar
á otros sencillos cantores
que os puedan acaso dar
algo más que los primores
de un ingenioso cantar!

¡Subid, siquiera, á la altura
de esas torres elevadas,
á ver si la brisa pura
lleva del campo tonadas
de las que enseña Natura!

Y aunque el ingenio las mida
y arguya que no son bellas,
¡probad su savia escondida,
sentid con ellas la vida
y haced el Arte con ellas!

Señores de la ciudad:
si henchir queréis de verdad
el mundo de la belleza,
dejadle á Naturaleza
su cetro de majestad!

SURCO ARRIBA Y SURCO ABAJO (1)

Araba el tío Roque
con su yunta de dóciles vacas,
con la Triguerona,
con la Temeraria.
Y conforme la reja iba hendiendo
la tierra esponjada,
que al calor y á la luz descubría
las frescas entrañas,
el secreto pensar del tío Roque,
que el silencio en redor barruntaba,
por imán de silencio arrancado
del fondo del alma,
á esparcirse sin miedo salía
de la cárcel estrecha en que estaba,

---

(1) Leída en la función celebrada en el Teatro Bretón, de Salamanca, con asistencia de S. M. D. Alfonso XIII.

y en las alas de un aire de otoño,
se cernía con estas palabras:
¡Vuelve, Triguerona!
¡Vuelve, Temeraria!

Si la mesma canción de otros años
hogaño nos pasa,
di que nos avía
la miaja senara.
Ca vez más señora
te se pone la tierra y más mala.

No te sirve que le eches simiente
como chochos de gorda y de blanca,
ni que en piedra lípiz
gastes las pestañas,
ni que rompas, y bines, y tercies,
y le des aricá bien temprana.
Cuasis con comuelgo
seis fánegas ú siete derramas
y te dan ventinueve raídas,
que ni cuasi el trabajo le sacas.
Y esto es echar uno
las cuentas galanas,
porque si una pedrea te viene,
que no son muy ralas,
ni siquiera te deja un pajuco
pa sacar del invierno las vacas,

¡cuanti más un chocho
pa meter en casa!
Y entá no es lo malo
que no cojas nada,
porque en un apurón, hate cuenta
que un invierno... en la cárcel se pasa;
pero, amigo, te afrontan con pagos,
porque claro que no tienes cara
pa cuadrarte y decir que lo debes...
pero no lo pagas...
y lo cual que es mejor no decirlo,
pues no hubiendo vergüenza, no hay nada...
¡Vuelve, Triguerona!
¡Vuelve, Temeraria!

Porque no es el decir de que digas
que no aguantas ancas,
y que te rebelas
ú que te aperrangas,
porque en viéndote ya mancornao
te quiten la carga...
es que ya no puedes el dir más alante
porque cuasi el aliento te falta,
porque viene de atrás la flojera,
porque no puedes ya con las rastras...
¡Vuelve, Triguerona!
¡Vuelve, Temeraria!

Si pintaran dos años arreo,
pues entá se tapaban las faltas
y el perro que hogaño
nos dió la senara.
Yo cuasi que tengo
como confianza,
porque entá no creí que venían
las primeras aguas
y la tierra con ellas se ha puesto
amorosa que gusta el ararla,
de modo y manera
que la cosa no empieza tan mala.

Y no miento ahora
los runrunes continuos que andan
de que el Rey mesmamente en persona
viene á Salamanca,
que no es mala seña
si tampoco falla...
¡Vuelve, Triguerona!
¡Vuelve, Temeraria!

Yo no sé, pero yo me magino
de que el Rey no vendrá á ver la Plaza,
que en el mesmo Madrid habrá muchas,
no agraviando á la nuestra, tan guapas.
Me magino de que él no se fía
y que viene á oservar lo que pasa,

porque hacienda en poder de criaos
se la lleva en un verbo la trampa.
Me magino que viene á enterarse
de si tiras p'alante ú atrasas,
de si siembras, ú comes, ú ayunas,
ú pierdes ú ganas.

De modo y manera
que en queriendo fijarse una miaja,
se ha de dir al Palacio enterao
de má e cuatro lástimas,
que, si á mano viene,
podrá remediártelas,
ú siquiera poner los posibles,
que en pusiéndolos bien no te fallan...

Yo no sé; pero yo me magino
de que el Rey no vendrá á ver la Plaza.
Y si sólo la Plaza le enseñan
los de Salamanca...
¡Pára, Triguerona!
¡Tente, Temeraria!

A S. M. EL REY (1)

Señor: no soy un juglar;
soy un sincero cantor
del castellano solar.
Canto el alma popular;
no tengo nombre, Señor.

Por eso, porque un obscuro,
porque un sincero es quien canta
y no un cortesano impuro,
oiréis el de mi garganta
canto llano, pobre y duro.

Más placerá á vuestro oído
el débil trinar sentido
del pájaro del erial
que el resonante graznido
de hueco pavo rëal.

---

(1) Publicada en el número extraordinario que dedicó la Revista *Las Hurdes* á S. M. el Rey D. Alfonso XIII, con ocasión de su estancia en Salamanca en el mes de Septiembre de 1904.

Señor: si en ese sagrado
solar de español sentir
han ante vos ocultado
con luz de vivir dorado
sombras de negro vivir,

mintió la vieja embustera
que llaman cortesanía...
¡Mejor á su rey sirviera
si, en bien de la Patria mía,
verdad á su rey dijera!

No sé con reyes hablar;
mas bien podréis perdonar
que yo platique con vos
tal como en són de rezar
platico de esto con Dios.

Estáme la fe enseñando
y estáme el amor diciendo
que todo se torna blando
á nuestro Dios invocando
y á nuestro Rey requiriendo.

Que Dios corona á los reyes
para que á mundos mejores
lleven innúmeras greyes,
mejor que atadas con leyes,
sueltas en curso de amores...

Señor: en tierras hermanas
de estas tierras castellanas,
no viven vida de humanos
nuestros míseros hermanos
de las montañas jurdanas.

Señor: no oigáis las canciones
de las doradas sirenas,
que sólo cantan ficciones...
¡Los más grandes corazones
son los que arrostran más penas!

Dolor de cuantos los vieren,
mentís de los que mintieren,
aquí los parias están...
De hambre del alma se mueren,
se mueren de hambre de pan.

Hasta este monte eminente
donde rimo mis cantares
sube famélica gente
que mis modestos manjares
devora violentamente...

Tanta pena he contemplado
que unas veces he llorado
con llanto de compasión,
y otras mi voz han velado
gemidos de indignación.

Porque infama la negrura
de la siniestra figura
de hombres que hundidos están
en un sopor de incultura
con fiebre de hambre de pan.

Limosna de un Rey cristiano
es manantial soberano
de grande consolación...
Mas nunca llega la mano
donde llega el corazón.

La Patria es madre amorosa
que hace milagros de amores...
¡Tienda una mano piadosa
que disipe los horrores
de esta visión afrentosa!
. . . .

Señor: no soy un juglar.
Yo nunca rimo un cantar
si no me lo pide Amor.
La Patria me hizo vibrar...
¡Patria sois también, Señor!

BRINDIS (1)

Mi pobre prosa rimada
no podrá deciros nada
que suene á cosa asombrosa.
Esto será una charrada;
no puede ser otra cosa.

No abráis el avaro oído
creyendo que raro y bueno
manjar de allende he traído,
que yo jamás me he nutrido
con pan de terruño ajeno.

Pienso que el nuestro es fecundo,
como todo lo español.
Pienso que no hay en el mundo
grano que arraigue fecundo
debajo de extraño sol.

(1) Leído por su autor en el banquete celebrado en Salamanca el 18 de Octubre de 1903, en honor del poeta y del Sr. Unamuno.

Por algo natura cría
ventiscares en la sierra
y alamedas en la umbría;
por algo hay quien moriría
si no viviera en su tierra.

En ella y á vuestro lado
fuera tremendo pecado
cantar en música extraña,
que de frente ó que de lado
no venga á decir: ¡España!

Más todavía: ¡Castilla!
todavía más: ¡Salamanca!
y aún más: la pobre aldeílla,
la limpia casita blanca,
la cuna, la paz sencilla...

Si el molde parece estrecho
de mi canción natural,
decidlo á Aquel que me ha hecho
pajarillo del barbecho
y no lorito rëal.

Naturaleza ha querido
que cada ser dé una nota,
viva un campo y tenga un nido:
orden sabio y bien sentido
que sólo el cuco alborota,

pues tiene la mala maña
de que los huevos que pone
se incuben en casa extraña.
¡Pecado igual Dios perdona
á muchos hombres de España!

Si á la selva tenebrosa
fuese la alondra armoniosa,
no supiera entre el ramaje
dar la nota misteriosa
del silencio del boscaje.

Y si al barbecho viniera
cotorra exótica y rara
cantando la sementera,
ni el ave la interpretara,
ni el labriego la sintiera.

¿Quién da la nota del río
mejor que el mirlo sombrío
nacido entre sus mimbrales?
¿Quién canta los majadales
como el cárabo bravío?

¿Quién da la visión entera
de carrascosa ladera
como la perdiz bizarra?
¿Quién mejor que la chicharra
canta la mies en la era?

¿Suenan bien en los jarales
músicas de colorines?
Silbos de águilas rëales
¿nos dirán en los jardines
lo mismo que en los canchales?

Y el ronco graznido duro
de deforme buitre impuro
¿cómo podrá matizar
el divino claroscuro
de la paz del olivar?

Cantemos nuestra tonada,
la genuina, la sincera:
tú, ruiseñor, la alborada;
tú, alondra, la barbechera,
y yo, charro, la charrada.

A sus típicos primores,
tan rudos como bizarros,
hoy daré finos colores,
porque la canto ante charros
disfrazados de señores.

Que quepan en ella quiero
la aldeílla y la ciudad,
ambas con vivir entero,
que es en aquélla el granero
y aquí la Universidad.

Aquél da al cuerpo vigores,
ésta da al alma ideales...
Sudor de mil labradores
y saber de cien doctores,
son dos tesoros iguales.

Dice la Escuela: Yo un día
fuí madre y templo sagrado
de toda sabiduría.
Jamás numerar podría
los hijos que he amamantado.

Del seno de que nacieron
saberes hondos bebieron
disueltos en fe de Cristo.
Honor los hijos me hicieron,
grandes los siglos me han visto.

Fuí fragua del pensamiento,
yunque del entendimiento,
levadura de la vida,
brújula en mar turbulento,
sol de la Patria querida.

Sol cuya rica influencia
bajó sobre la opulencia
de los tronos y fué ley;
que el alcázar de la ciencia
más alto está que el del rey.

Ahora, lacrimosos coros
me afligen con tristes lloros
diciéndome que soy ruinas,
que soy hueco de tesoros,
jirón de edades divinas,

sombra augusta y venerable,
muerta gloria inolvidable,
vieja majestad caída,
triste membranza adorable,
puesta de sol dolorida...

Y me suenan esos trenos
á quejidos de hijos buenos,
mas ¡ay! que también me suenan
á estériles falsos truenos
que el viento de ruido llenan.

Algo lloran que es verdad.
Vinieron tiempos tiranos
que al grito de libertad
encadenaron las manos
de esta pobre majestad.

Y adiós, trono, cetro y manto,
y adiós, oro y esplendores,
¡mucho grande y mucho santo!
¡mas no los santos amores
de los hijos que amamanto!

No el pan de su inteligencia
ni la luz de su conciencia,
porque yo siempre seré
el alcázar de la ciencia
y el castillo de la fe.

Si reina fuese, mi suerte
rodara por rumbos fijos
que van á dar á la muerte.
No soy reina: soy más fuerte:
¡soy madre de muchos hijos!

¡Hijos! os pido un mañana
como el ayer que gocé.
¿Será mi súplica vana?
¡Oh, no! Cuanto más anciana,
más madre os pareceré...

Dice el granero al gañán:
Yo soy tu rico tesoro,
soy el sudor de tu afán,
sudor que ha cuajado en oro
y oro que luego soy pan.

El pan de la esposa buena
que esotro cuarto vecino
con celo de hormiga llena
de blandos copos de lino
que en lienzo de nieve ordena.

El pan de tus tres mozones,
cubiertos como negrillos,
alegres como esquilones,
dóciles como chiquillos
y fuertes como leones.

El pan de tus dos mozuelas,
sus cintas de oro y alpaca,
sus dengues y lentejuelas,
sus cruces de Alcaravaca,
sus hilos y sus chinelas.

Y el pan del hijo mayor,
que es pan blanco de ciudad,
como que es para un señor
que pronto será doctor
de nuestra Universidad.

Labrador que vas arando,
mete la reja más honda,
que el filón se va agotando,
y el tiempo viene apurando,
y el oro es de quien ahonda.

De este modo tan sincero
y en este sentido amante,
nos hablan lenguaje entero
á mí, labriego, el granero,
y á ti la Escuela, estudiante.

Son la Patria en la indigencia.
¿Qué pide á nuestra conciencia?
Espigas de un mismo haz;
que tú le des gloria y ciencia.
Que yo le dé trigo y paz.

¡Gracias á todos, señores!
De esta rica convidada
llevo en el alma sabores
que yo no comparo á nada...
¡He comido pan de amores!

Y no hay deleites humanos
ni más grandes ni más sanos
que éstos que son mi idëal:
pan de trigo candeal
comido en paz y entre hermanos.

Entre hermanos, sí, señores,
que aunque vos, señor Rector,
de quien son estos honores,
tengáis muy lejos amores
que hermanos son de este amor,

yo tengo á otro amor sujeto
mi corazón de cristiano,
un corazón que, discreto,
os llama sabio en secreto
y en público os llama hermano.

¡Adiós! ¡Hasta la primera!
Gente que estudia ó que ara,
debe ser poco fiestera.
Yo me voy á mi senara,
que estamos en sementera.

DE RONDA

I

Al pardear se encontraron
y hablaron estas palabras:
—¿Ande vas?
—Voy al casillo.
—¿No sales luego una miaja?
—Daremos un cacho vuelta
cuantis que apaje las vacas.
Me faltan cuatro posturas.
—Pues yo voy á darles agua.
—¿Al río?
—No, al Mullaero.
—Pues bien mala está esa charca.

Y los mozos se apartaron
sin decirse más palabras.

II

Era una noche de Enero
muy fría, serena y clara:
noche de muchas estrellas
y pocos ruidos. Helaba.
Cuatro mozos embozados
en sus anguarinas pardas
platican, y no de amores,
en la mitad de la plaza.
—¿Qué andáis haciendo estos días?
—Pues hate cuenta que nada:
arrecogiendo buñicas
en los praos; mi padre, en casa.
Y vusotros, ¿ánde andáis?
—Haciendo también la engaña:
hoy, á por unos carrascos
pa masar. La otra semana
no nos vagó dir á ellos
y derrotemos más támbaras!..
—Y tú, Juan, ¿andas á istierco?
—No, maldito; ya no hay nada:
cuasis de viga derecha
tó el día. Pasó mañana
habrá que echarlo al molino
con garrobas pa las vacas,

y el desotro á por adobes
pa gobernar una miaja
las tenás del otro barrio...
—¡Chachos, qué noche tan rasa!...
No se barrunta una mosca.
—No, pues ancá de Luciana
buena zoriza traían
cuando yo salí de casa.
—Hay baile.
—¿De pandereta?
—¡Quiá, de badil!
—¿Quién cantaba?
—Pues por un lao parecía
Quica, y por otro, Colasa.
—¡Son tan autás!..
—¿Y de mozos?
—Cuatro chavalillos... nada.
—¡Chicos, pahí han jijao!
—Esos serán los Pardalas
que salen de ancá de Petra...
¡Callarsos á ver si cantan!..
—Ellos son, hombre, no escuches;
¡si há jijeao...
—¡Coine, calla!
¡Tú jijea y que hablen ellos!..
—¡Ay ji jí!..
—¿Quién vive?
—¡España!

—Buenas noches.
—Buenas noches.
—Y frescas. ¿De qué se trata?
—Pues decían que esta noche
iba á hacer baile Luciana
porque iba á venir á ella
un mozo de Matamala,
que dicen que gasta ponche
y que toca la dulzaina.
—Pues lo del mozo es mentira,
porque han ido ancá Luciana
tres veces los mayordomos
á cobrar el vino y... ¡nada!
Lo que hay es baile.
—Pues vamos.
—¡Si es de badil!
—¿Y qué? ¡Hala!
—¡Muchachos la toná nueva!
—Los que la cojáis, echaila!..

III

Y abriendo mucho las bocas,
llegaron «ancá» Luciana.
Cerrada estaba la puerta,
la casa en silencio estaba,

porque su gente tenía
que «masar» muy de mañana
y no madruga la gente
si las veladas son largas.
Calle abajo, calle abajo
la ronda siguió su marcha
y no dejó aquella noche
calleja no paseada,
ventanillo no atisbado,
gato que no apedreara,
perro echado, charco lleno
y estrella no contemplada.
—¡Chachos, debemos de dirnos,
si sos päece, á la cama;
que antes que nos percatemos,
la gente vieja reballa.
Si no, mirai las cabrillas
por ánde van ya...
—¡Pues anda,
que yo que tengo en el cinto
la llave pa entrar en casa!..
¡Uy, Dios; como me barrunten,
verás mi madre mañana!
—Pues, chicos, yo no me acuesto;
me voy á apajar las vacas
cuantis me quite esta ropa
pa dir temprano á por támbaras.
—Y á mí me dijo mi madre

que á cepas, chico. ¡Pues anda
que voy á tener un cuerpo
pa rozar!.. ¡Uy qué galbana!
—Pues yo, galán, á buñicas...
—Y yo á calentar el agua
pa masar.
—Y yo al mercao.
—Y yo á piedra.
—Y yo á las cabras.
Con que, muchachos, que es hora:
¡cada uno pa su casa!

Y el grupo de rondadores
se abrió como una granada.

IV

Al poco rato la aldea
muerta del todo quedaba;
la alborada aún no venía,
declinó la luna blanca,
relucían las estrellas,
iba en aumento la helada,
el suelo se endurecía,
los tejados blanqueaban...

NUEVAS CASTELLANAS

LAS REPÚBLICAS

I

He admirado el hormiguero
cuando henchían su granero
las innúmeras hormigas.
He observado su tarea
bajo el fuego que caldea
la estación de las espigas.

Esquivando cien alturas
y salvando cien honduras,
las conduce hasta las eras
un sendero largo y hondo
que labraron desde el fondo
de las lóbregas paneras.

Y en hileras numerosas,
paralelas, tortuosas,
van y vienen las hormigas...

La vereda es dura y larga,
pesadísima la carga
y asfixiantes las fatigas;

mas la activa muchedumbre,
sobre el hálito de lumbre
que la tierra reverbera,
senda arriba y senda abajo,
se embrïaga en el trabajo
que le colma la panera.

Son comunes los quehaceres,
son iguales los deberes,
los derechos son iguales,
armoniosa la energía,
generosa la porfía,
los amores, fraternales.

Si rendida alguna obrera
por avara no subiera
con la carga la alta loma,
la hermanita más cercana
con amor de buena hermana
la mitad del peso toma.

Nadie huelga ni vocea,
nadie injuria ni guerrea,
nadie manda ni obedece,

nadie asalta el gran tesoro,
nadie enceta el grano de oro
que al tesoro pertenece...

He observado el hervidero
del innúmero hormiguero
en sus horas de fatigas...
Si en los ocios invernales
sus costumbres son iguales,
¡son muy sabias las hormigas!

II

He observado la colmena
al mediar una serena
tarde plácida de Mayo.
La volante, la sonora
muchedumbre zumbadora
laboraba sin desmayo.

¡Qué magnífica opulencia
la de aquella florescencia
de los campos amarillos!..
Madreselvas y rosales,
agabanzos y zarzales,
mejoranas y tomillos...

Todo vivo, todo hermoso,
todo ardiente y oloroso,
todo abierto y fecundado:
los perales del plantío,
los cantuesos del baldío,
las campánulas del prado...

Y en corolas hechiceras,
y en pletóricas anteras,
y en estilos diminutos,
y en finísimos estambres,
van buscando los enjambres
las esencias de los frutos.

Y los finos aguijones
en robadas libaciones
van llevando á los talleres
lo mejor de la riqueza
que vertió Naturaleza
por los términos de Ceres.

Zumba el himno rumoroso
del trabajo fructuoso
con monótona dulzura:
las obreras impacientes
salen y entran diligentes
por la estrecha puerta obscura.

Las que dentro descargaron
las esencias que libaron,
palpitantes aparecen,
vuelo toman oscilante
y en la atmósfera radiante
volteando desparecen.

Las que tornan presurosas
con sus cargas deliciosas
de ambrosías y colores,
no parecen volanderas
juiciosísimas obreras,
sino aladas lindas flores.

No se estorban ni detienen
las que ricas de oro vienen,
las que en busca van del oro....
Unas liban y acarrean,
otras labran y moldean,
¡todas hinchen el tesoro!

Y hacinados en los cienos,
expulsados de los senos
del alcázar del trabajo,
los cadáveres viscosos
de los zánganos ociosos
se corrompen allá abajo...

III

Cosas buenas he aprendido
contemplando embebecido
resbalar por la hondonada
la sonora algarabía
de la alegre pastoría
que despunta la otoñada.

¡Qué bien suenan sobre fondo
de quietudes dulce y hondo
el latir de roncos perros,
el vibrar de los silbidos,
el clamor de los balidos
y el rum rum de los cencerros!

Y cayendo sobre el coro
como lágrimas de oro
de la vida natural,
¡qué amorosas complacencias
desparraman las cadencias
de la gaita del zagal!

Blandamente resbalando
las ovejas van pasando;
paz y hierba van paciendo;

los bocados que una deja
son bocados de otra oveja
que á la hermana va siguiendo.

Los corderos baladores
van en grupos triscadores
asaltando los repechos,
coronando los cerrillos,
despuntando los tomillos
y brincando los helechos.

Y el que topa con la ubre
ó á lo lejos la descubre,
bala y corre hacia la oveja,
se arrodilla tembloroso,
llena el cuajo, trisca airoso
y esponjándose se aleja.

En la honrada pastoría
cada amante madre cría
su corderuelo querido...
¡No hay cordero destetado
porque lo haya abandonado
la madre que lo ha parido!

Venerable pastor viejo
con zamarra de pellejo
de los muertos recentales,

siempre atento vigilando
el rebaño va guiando
por los buenos pastizales.

Como abuelo que á su niño
lleva en brazos con cariño,
rebosante de placer,
el silvestre viejo austero
lleva al trémulo cordero
que ha acabado de nacer.

Los zagales silbadores,
los ingenuos tañedores
de la gaita cadenciosa,
viendo van las avanzadas
y alegrando con tonadas
la pïara rumorosa.

Y librándola de robos
de raposas y de lobos,
van retándolos á muerte
dos mastines corpulentos
con ojos sanguinolentos,
paso grave y pecho fuerte.

El pastor es cuidadoso,
el otoño es amoroso,
son alegres los rapaces,

las ovejas obedientes,
los mastines muy valientes
y los campos muy feraces...

Han gozado mis pupilas
la visión de las tranquilas
ovejitas resbalando...
Paz y hierba van paciendo,
dulce vida van viviendo,
grata huella van dejando...

. . . .
. . . .

Esta vida que vivimos
los que reyes nos decimos
de este mundo engañador,
no es la vida sabia y sana...
¡Ay! ¡la república humana
me parece la peor!..

LOS SEDIENTOS

I

VAGANDO va por el erial ingrato,
detrás de veinte cabras,
la desgarrada muchachuela virgen,
una broncínea enflaquecida estatua.
Tiene apretadas las morenas carnes,
tiene ceñuda y soñolienta el alma,
cerrado y sordo el corazón de piedra,
secos los labios, dura la mirada...
Sin verla ni sentirla,
la estéril vida arrastra
encima de unas tierras siempre grises,
debajo de unas nubes siempre pardas.
Come pan negro enmohecido y duro,
bebe en los charcos pestilentes aguas,
se alberga en un cubil, viste guiñapos,
y se acuesta en un lecho de retamas.

No sueña cuando duerme,
no piensa cuando vela desvelada;
si sufre, nunca llora;
si goza, nunca canta,
y vive sin terrores ni deleites,
que no la dicen nada
ni los fragores de las noches negras,
ni los silencios de las noches diáfanas,
ni el rebullir del convecino sapo,
ni los aullidos de la loba flaca
que yerra sola venteando carne
de chivos y de cabras.
Nunca sintió las alboradas tristes,
nunca sintió las bellas alboradas,
ni el ascender solemne de los días,
ni la caída de las tardes mansas,
ni el canto de los pájaros,
ni el ruido de las aguas,
ni la nostalgia del rumor del mundo,
ni los silencios que el erial encalman.
Su padre fué el pecado;
su madre, la desgracia,
y otra pareja infame
de carne estéril y de infames almas
la robó de la cuna de los huérfanos
con hórrida codicia calculada.
El mirar de sus ojos ofendidos
por el erial resbala

como el osado pensamiento humano
que osa escrutar los reinos de la nada.
Ciegos los ojos, sordos los oídos,
la lengua muda y soñolienta el alma,
vagando va por el erial escueto
detrás de veinte cabras
que las tristezas del silencio ahondan
con la música opaca
del repicar de sus pezuñas grises
sobre grises fragmentos de pizarras...

II

Al otro lado del sereno río
que el borde del erial lavando pasa,
Naturaleza derramó unos montes
donde hay rumores que el oir regalan,
donde hay ambientes que la sangre sedan,
donde hay perfumes que el cerebro embargan,
donde hay salud que vigoriza el cuerpo
y paz muy honda que equilibra el alma,
luz á torrentes, música á raudales
y un sordo hervir de vigorosa savia
que en los pimpollos se resuelve en yemas
y tronco abajo se desliza en lágrimas,
cogüelmo de la vida que revierte
de la tierra otra vez en las entrañas.

Por esos montes que robusto crían
todo lo vivo que en sus senos guardan,
vaga un hermoso zagalón impúber
detrás de veinte vigorosas cabras
cuyas duras pezuñas no repican
sobre estériles lechos de pizarras,
pues tiene el monte alfombras
espléndidas y blandas,
musgos de terciopelo en los peñascos
y tréboles de seda en las cañadas.
Borracho de salud vaga por ellas
el alegre zagal de vida errática.
Con la inconsciencia de los niños piensa,
con el vigor de los cabritos salta,
con la lujuria del boscaje crece,
con la alegría de la alondra canta.
El es el limo de las tierras vírgenes,
él es promesa de las tierras áridas,
él una estrofa del amor dormido,
él un vaso de savia
que en abundancia de cogüelmo rico
rebosará mañana.
Y entonces el salvaje solitario
clavará la pupilas dilatadas
en la virgen sedienta
del páramo sediento que la mata,
sediento de amor, ebrio de vida,
desnudos cuerpo y alma,

querrá cruzar el espumoso río,
querrá posar en el erial la planta,
querrá quebrar en el trabajo el cuerpo,
querrá dormir en el amor el alma...
. . . .
¡Hombres de la cultura!
tended un puente sobre aquellas aguas...
que se acerquen los hijos de los hombres,
que se junten los hatos de las cabras,
¡que del monte feraz pasen al páramo
del amor y el trabajo las substancias!

TRENO

Tengo el alma serena
para toda amenaza de catástrofe;
la tengo muda y sorda
para voces de amores que me llamen;
la tengo seria, como campo yermo;
quieta la tengo, como aquel cadáver
de quien yo no creí que fuese tierra,
porque era el de mi madre.
  El que ve lo que vi cuando era mozo
que amor disuelto apellidé á la sangre
y eterno soñé al tiempo
para besar la frente de la imagen,
¿qué puede ver que le sacuda el alma
ni al cuerpo un grito de dolor le arranque?
  Rayo de la tormenta:
podrás romperme, pero no espantarme;
volcán rugiente que escupiendo fuego
me enseñas el abismo de tu cráter;

sierra que te derrumbas
y ante las puertas de mi casa caes;
río que te desbordas
y azotas de mi casa los umbrales;
huracán que su techo le arrebatas;
muerte que rondas mi olvidada calle...
¡Qué pequeños sois todos, qué pequeños,
y mi dolor qué grande!

Y vosotros también, hombres perversos,
que me herís con salivas el semblante;
y vosotros también, hombres amigos,
que á la vida feliz queréis tornarme,
con la ambrosía de la humana gloria,
miel al beber y al digerir vinagre...
me herís los unos con estéril saña,
porque herís á un cadáver;
lucháis los otros con afán estéril,
porque nadie logró que el mudo hable.

Sólo podrá moverme,
desde la noche de la gran catástrofe,
la voz de Dios gritándome: ¡Hijo! ¡Hijo!
¡Respóndele á tu Padre!

EL BARBECHO

Dónde irá sola Teresa
por la senda que atraviesa
los barbechos? ¿Dónde irá?
¿Qué tendrá, que así suspira?
¿Qué tendrá, que apenas mira
las aradas? ¿Qué tendrá?...

¿Por qué con más gentileza
llevó sobre su cabeza
la blanca cestita ayer?
¿Por qué le dijo á su madre:
—Madre, que está lejos padre
y he de tardar en volver?—

Su madre ayer la decía:
—Hija, que no es mediodía...
¿no ves el sol en la torre?

—Madre, ¿el sol no se equivoca?
—¡Jesús, qué cosa tan loca
de muchacha!.. ¡Corre, corre!—

Y alegre y ligera vino
por ese mismo camino
que parte en dos el barbecho;
llevaba luz en los ojos,
risas en los labios rojos,
gozos en el alto pecho.

Cantaba las melodías
que el sol de los buenos días
inspira á las castellanas
é inspira á los castellanos
cuando se vierte en los llanos
de las abiertas besanas.

Y las alondras terrosas
sus oídos, codiciosas,
al dulce cantar abrieron,
y sobre el surco posadas,
con pupilas asombradas,
pasar á Teresa vieron.

Hoy pasa muda y sombría...
—Hija, que ya es mediodía—
dijo tres veces su madre.

—¡Jesús, madre, qué importuna!
¡No tengo prisa ninguna,
que no está muy lejos padre!—

Moza: ¿por qué esas mudanzas?
¿No tienen hoy lontananzas
los bellos ojos de ayer?
¿No te pide melodías
el sol de los buenos días
en la besana al caer?

¿No te dió un beso tu madre?
¿No vas á darle á tu padre
besos y pan en la arada?
¿Hoy no hay alondras terrosas
que te escuchen codiciosas
la vagabunda tonada?

Camino vas del barbecho
con un secreto en el pecho
que yo conozco, Teresa...
No pienses que soy un duende
porque mi mente comprende
lo que en el pecho te pesa.

Allá, en aquella hondonada,
hay una tierra ya arada
que estaba ayer sin arar...

Solos tú y yo hemos sabido
que á arar el gañán se ha ido
á otro lado del lugar.

Descansa un rato, Teresa,
que yo bien sé cuánto pesa
lo que llevas en el pecho,
y sé cómo caminamos
cuando la carga llevamos
hacia el contrario barbecho.

No te sonrojes, hermosa,
que no es una extraña cosa
ni es pecadora mudanza
que el sol te parezca obscuro,
pesado el ambiente puro,
ceñuda la lontananza,

pálidas tus melodías,
tristes estas gañanías,
áridos estos senderos...
y hasta el querer de tu padre
y hasta el apego á tu madre
más borrosos, más someros...

. . . .

. . . .

¿Qué es el barbecho, Teresa?
Si amor no está en él, confiesa
que barbechó es un erial;
mas si algo dice en el pecho
que anda amor por el barbecho...
¡barbecho es huerto edenial!

NOCHE FECUNDA

I

Ya dejó sus mocedades
Juan Antonio el de Villalba,
un roble joven que tiene
de pardo sayal la cáscara,
de acero el tronco robusto,
de puras mieles la entraña.
  Para que hogar fuese haciendo,
para que hacienda fundara,
dióle el destino una esposa,
dióle su padre una vaca.
Josefa se llama aquélla
y ésta *Cordera* se llama;
una mujer bien nacida
y una vaca bien criada.

Josefa dejó las fiestas
y hundió en el arca sus galas;
Juan Antonio dejó el marro,
y hasta vendió la dulzaina
á un temprano chavalillo
que á mocearse empezaba.
¡Y bien sabe Dios del cielo
que la vendió con un ansia!..
Pero el casado es casado,
y la dulzaina es dulzaina.
Y así pasaban los días,
que ya diez meses sumaban;
Juan Antonio trajinando,
Josefa metida en casa,
la vaca creciendo en ubre
y el tiempo dando esperanzas...

II

Una noche de verano,
cerca de la madrugada,
llamó á la gente vecina
Juan Antonio el de Villalba.
Al establo acuden hombres
y mujeres á la sala,
y en misteriosos encierros
se truecan ambas estancias,

y hay misteriosos trajines,
y misteriosas palabras,
y prolongados silencios,
y pasajeras alarmas...
y Juan Antonio anda inquieto,
la frente en sudor bañada,
desde la sala al establo,
desde el establo á la sala.
En la cocina un momento
se sienta, mueve las ascuas
y reza dos ó tres veces
la Salve, que nunca acaba,
y suda, y mira las puertas
de establo y sala cerradas...
De repente se oye un grito
de doliente queja humana
y un mugido quejumbroso
de lánguida resonancia.
Luego, un silencio terrible,
luego un momento de alarma,
y otro grito, otro mugido,
y al fin ruido y voces francas.
Juan Antonio está aterrado,
rígido como una estatua,
mira á las cerradas puertas
que súbito se abren ambas,
y oye que desde una y otra
le dicen estas palabras

uno de los del establo
y una de las de la sala:
—¡Dos churros... y dambos muertos!
—¡Dos niñas y vivas dambas!

¡TRISCA, VAQUERILLO!..

¿Por qué llora el vaquerillo?
¿porque aquella cabrerilla
del sotillo
ya es amor de otro chiquillo?
¡No me causa maravilla!

¿Por qué tan osado eres,
siendo un rapaz de once años,
que ya quieres
probar de tales quereres
que guardan tales engaños?

¿No te ha enseñado Natura
que toda flor que florece
prematura
si da fruto no madura,
porque en Abril envejece?

¿Y no viven más dichosos
que tus toros reñidores
y celosos
los becerrillos nerviosos,
libremente triscadores?

Pues trisca tú, vaquerillo,
y olvida á la cabrerilla
del sotillo,
porque tú eres un chiquillo
y ella no es una chiquilla...

¿QUÉ TENDRÁ?..

Qué tendrá la hija
del sepulturero,
que con asco la miran los mozos,
que las mozas la miran con miedo?
Cuando llega el domingo á la plaza
y está el bailoteo
como el sol de alegre,
vivo como el fuego,
no parece sino que una nube
se atraviesa delante del cielo;
no parece sino que se anuncia,
que se acerca, que pasa un entierro...
Una ola de opacos rumores
sustituye al febril charloteo,
se cambian miradas
que expresan recelos,
el ritmo del baile
se torna más lento
y hasta los repiques

alegres y secos
de las castañuelas
callan un momento...
Un momento no más dura todo;
mas ¿qué será aquello
que hasta da falsas notas la gaita
por hacer un gesto
con sus gruesos labios
el tamborilero?
No hay memorias de amores manchados,
porque nunca, á pesar de ser bellos,
«buenos ojos tienes»
le ha dicho un mancebo.
Y ella sigue desdenes rumiando,
y ella sigue rumiando desprecios,
pero siempre acercándose á todos,
siempre sonriendo,
presentándose en fiestas y bailes
y estrenando más ricos pañuelos...
¿Qué tendrá la hija
del sepulturero?

. . . .

Me lo dijo un mozo:
—¿Ve usté esos pañuelos?
pues se cuenta que son de otras mozas...
¡de otras mozas que están ya pudriendo!..
Y es verdá que paece que güelen,
que güelen á muerto...

LAS SEMENTERAS

I

Con el relente que le da tempero
la madrugada roció la tierra.
Se siente frío en la besana húmeda;
el terruño está solo. Ya alborea.
Lo dice levantándose del surco
la alondra mañanera
que desgrana en el aire el de sus trinos
hilo copioso de sonantes perlas.
Ya sale el sol de las mañanas tibias,
ya sale el sol de las mañanas buenas,
sol de salud, incubador de gérmenes,
sol de la sementera.
No tiene más testigos y cantores
que yo y la alondra en la besana escueta,
ni más espejos que el regato limpio
y el rocío en las puntas de la hierba.

Viene triunfante, coronado de oro;
radiante viene levantando nieblas,
y evaporando el matinal relente
que parece el aliento de la tierra.
Ya llegan mis gañanes con las yuntas
canturreando la canción primera
que les arranca el equilibrio plácido
del bien venir de la mañana buena.
Rayando los timones el camino,
y en alto la mancera,
vienen los bueyes con la cruz que forman
el yugo y el arado en la cabeza.
Ya escucho golpes secos
de mazos y de azuelas,
silbidos cariñosos,
nombres de bueyes que en besana entran
y uno que suena compasado ruido
como de riego de menudas perlas
al desplegarse el abanico de oro
de la simiente que los mozos riegan.
Estoy en el repecho
presidiendo mi hermosa sementera.
Todo lo escucho con avaro oído:
el blando hundirse de las anchas rejas;
el suave rodar hacia los lados
de la mullida tierra;
el alentar pujante de los bueyes,
de cuyos bezos charolados cuelgan

tenues hilos de baba transparente
que el manso andar no quiebra;
aquel pausado y firme
posar de sus pezuñas gigantescas;
el crujir dormilón de las coyundas
que el yugo pulimentan;
un aliento de brisa tan süave
que apenas se menea,
un hondo y general rumor de vida
y un ruido sordo de pujante brega.
Y tal como si el alma del terruño
viniese toda condensada en ella,
la tonada de arar surge solemne,
la tonada de arar al alma llega
cantando cosas dulces,
diciendo cosas buenas.
Sus mansas recaídas
parece que remedan
la suavidad de las laderas dulces
de la ondulada castellana tierra
ó el tranquilo vaivén de los pensares
que el mar ondulan de las almas serias.
Y á mí también me hablan
sus lánguidas cadencias
del bien gozar los apacibles goces,
del bien llorar las bendecidas penas,
del buen amor de la mujer fecunda,
del bien sentir la paternal querencia,

y de un vivir sereno,
fuerte y seguro como aquel que llevan
paso de hierro sobre tierra blanda
los mansos bueyes de gigantes fuerzas.

II

Cruzan el cielo nubecillas tenues
que parecen blanquísimas guedejas
cortadas del vellón inmaculado
que dieron en Abril las corderuelas.
El sol baña el terruño,
se ve crecer la hierba
y huele á tierra húmeda
cargada de promesas.
¡Qué dulce es presidir desde el repecho
la propia sementera
si el cielo es transparente, fresco el aire,
húmeda y fértil la esponjada tierra,
el sol templado, la simiente sana,
rubustas las parejas,
alegres los gañanes,
la tonada de arar sentida y lenta,
sabroso el pan de casa
y el agua del regato limpia y fresca!
La mente embebecida
se carga entonces de memorias bellas;

del lado del hogar me vienen todas,
que el hogar es el cielo de la tierra,
la paz de mi vivir me las regala
y en paz el corazón las paladea.
¡Aquella del hogar sí que es hermosa!
¡Aquella sí que es santa sementera!
También yo la presido,
también Dios la bendice y la gobierna.
Dios encendió en el cielo de la vida
el sol de los amores para ella,
para que al fuego santo
las almas y las sangres se fundieran;
Dios le da noches de fecundas horas
y luengos días de apacibles treguas...
¡horas sin luz que velen sus misterios
y horas de sol que sus entrañas templan!
Y Dios, Padre del mundo,
le da también cosecha
de frutos vivos que el vivir anudan,
de frutos bellos que el vivir alegran...
¡Señor, que das la vida!
Dame salud y amor, y sol y tierra,
y yo te pagaré con campos ricos
en ambas sementeras.

CANTO AL TRABAJO

A ti, de Dios venida,
dura ley del trabajo merecida,
mi lira ruda su cantar convierte;
á ti, fuente de vida;
á ti, dominadora de la suerte.

Escucha cómo canta
la obscurísima voz de mi garganta
lo que tienes ¡oh ley! de creadora,
lo que tienes de santa,
lo que tienes de sabia y redentora.

Porque eres fuente pura
que manas oro de la henchida hondura,
fecunda y rica en mi canción te llamo;
porque eres levadura
del humano vivir, buena te aclamo.

Redimes y ennobleces,
fecundas, regeneras, enriqueces,
alegras, perfeccionas, multiplicas,
el cuerpo fortaleces
y el alma en tus crisoles purificas.

¡Señor! Si abandonado
dejas al mundo á su primer pecado
y la sabia sentencia no fulminas,
hubiéranse asentado
tumbas y cunas sobre muertas ruinas.

Mas tu voz iracunda
fulminó la sentencia tremebunda,
y por tocar en tus divinos labios
tornóse en ley fecunda
el rayo vengador de tus agravios.

Si de acres amarguras
extraen las abejas mieles puras,
¿cómo Tú no sacar de tu justicia
paternales ternuras
para la humana original malicia?

Fecundo hiciste al mundo,
feliz nos lo entregó tu amor profundo,
y cuando el crimen tu rigor atrajo,
nuevamente fecundo,
si no feliz, nos lo tornó el trabajo.

¡Mirad, ojos atentos,
toda la luz que radian sus portentos,
todo el vigor que en sus empresas late!..
¡No hay épicos acentos
para cantar el colosal combate!

Mirad cómo á la tierra
provoca con el hierro á santa guerra,
desgarrando sus senos productores,
donde juntos sotierra
semillas, esperanzas y sudores.

El boscaje descuaja,
las peñas de su asiento desencaja,
estimula veneros, ciega fosas,
y el alto cerro cuaja
de arbóreas plantaciones vigorosas.

Abajo, en la ancha vega,
trenza el río sereno y lo despliega
en innúmeros hilos de agua pura
que mansamente riega
opulentas alfombras de verdura.

A veces, remansada,
la detiene en la presa, y luego airada
la despeña en cascadas cristalinas
con fuerza regulada
que hace girar rodeznos y turbinas.

Mirad cómo los mares
abruma con el peso de millares
de buques que cargó con sus labores,
y á remotos lugares
manda de su riqueza portadores.

Mirad cómo devora
la distancia en la audaz locomotora
que creó gallardísima y ligera;
mirad cómo perfora
la montaña que estorba su carrera.

Cómo escarba en la hondura
y persigue el filón dentro la obscura
profunda mina que el tesoro guarda;
cómo la inmensa altura
va conquistando de la nube parda.

Cómo el taller agita,
cómo en el templo del saber medita,
y trepida en las fábricas brioso,
y en las calles se agita,
y brega en los hogares codicioso.

Labra, funde, modela,
torna rico el erial, pinta, cincela,
incrusta, sierra, pule y abrillanta,
edifica, nivela,
inventa, piensa, escribe, rima y canta.

El rayo reluciente,
fuego del cielo, espanto de la gente,
ha tornado en sumiso mensajero
que de oriente á poniente
lleva latidos del vivir ligero.

Al padre y al esposo
les da para los suyos pan sabroso,
olvido al triste en su dolor profundo,
salud al poderoso,
honra á la Patria y bienestar al mundo.

Tiempos aún no venidos
del imperio triunfal de los caídos:
¡derramad pan honrado y paz bendita
sobre hogares queridos
que templos son donde el trabajo habita!

Tiempos tan esperados
de la justicia, que avanzáis armados:
¡sitiad por hambre ó desquiciad las puertas
de alcázares dorados
que no las tengan al trabajo abiertas!

¡Vida que vive asida,
savia sorbiendo, de la ajena vida,
duerma en el polvo en criminal sosiego!
¡Rama seca ó podrida
perezca por el hacha y por el fuego!

Y gloria á ti ¡oh fecundo
sol del trabajo, alegrador del mundo!
Sin ofensa de Dios, que fué el primero,
tú el creador segundo
bien te puedes llamar del mundo entero.

MI MÚSICA

NATURALES armonías,
populares canturías
cuyo acento musical
no es engendro artificioso,
sino aliento vigoroso
de la vida natural:

vuestras notas, vuestros ruidos,
vuestros ecos repetidos
en ritornello hablador,
son mis goces más risueños,
son el arte de mis sueños,
¡son mi música mejor!

Rumores que en la alquería
revientan con la alegría
del dorado amanecer,

que despierta sonriendo
las que estuvieron durmiendo
fuezas vitales de ayer;

brava música sincera
de la ronda callejera
de los mozos del lugar,
que con guitarras sonoras
y bandurrias trinadoras
acompañan su cantar;

alegre esquilón de ermita,
voz de amores que recita
la romántica canción;
ruido de aire que adormece,
són de lluvia que entristece,
manso arrullo de pichón;

cuchicheos de las brisas,
melodías indecisas
del tranquilo atardecer,
aletazos de paloma,
balbuceos del idioma
que empieza el niño á aprender;

jugueteos musicales
que modula entre zarzales
el callado manantial

cuyo hilillo intermitente
da la nota transparente
de una lira de cristal;

melancólicos murmullos,
sabrosísimos arrullos,
vibraciones del sentir,
que la madre en su cariño
le dedica al tierno niño
invitándole á dormir;

claro timbre plañidero
del balido lastimero
del inquieto recental;
eco triste del bramido
del becerillo perdido
que sestea en el erial;

grave zumbar pregonero
del tábano volandero
que arrullo en la siesta da;
que murmura, que se queja,
que se acerca, que se aleja,
que retorna, que se va...

hálitos del bosque frío,
lejano zumbar de río,
hachazos del leñador,

explosiones en la sierra,
eco incógnito que yerra,
hijo ignoto de un rumor;

suspiro de muda pena
que no vibra, que no suena,
pero se siente sonar;
sollozos del pensamiento
que sólo del sentimiento
quieren dejarse escuchar;

vuelo sereno de ave,
ritmo de aliento suave,
beso que arranca el querer,
nombre de madre adorada,
voz de la mujer amada,
llanto del niño al nacer;

tonadilla peregrina
que modula en la colina
la gaitilla del zagal,
la que vierte blancas notas
que de miel parecen gotas
desprendidas del panal;

besos del aura y la parra,
lágrimas de la guitarra,
latidos del corazón,

quedas pláticas discretas,
palabras de amor secretas,
lamentos de honda pasión;

pintoresca algarabía
de la alegre pastoría
derramada en la heredad,
trajinar de los lugares,
tonadillas populares,
tamboril de Navidad;

trino de alondra que el vuelo
levanta, cantando, al cielo,
de donde su voz tomó;
canto llano de sonora
codorniz madrugadora
que á la aurora se enceló;

ecos lánguidos que envía
de la vaga lejanía
la tonada del gañán,
que en la tibia sementera
canta y ara en la ladera
que le da trabajo y pan;

dulces coros de oraciones,
suspiros de devociones,
sollozos del pecador,

voz del órgano suave
que llora con ritmo grave
la elegía del dolor;

popular algarabía
de la alegre romería
que ya el valle va á dejar
con *jijeos* y cantares
que en cañadas y encinares
se repiten sin cesar;

aire quedo de alameda
que una música remeda
que el alma nunca entendió,
una música increada
que en el seno de la nada
para siempre se quedó;

manso zumbar de colmena
que trabaja en la serena
tarde plácida de Abril;
coro que lleva de ruidos
la de niños que va á nidos
sonora tropa gentil;

bellas rimas del poeta
cuya música interpreta
los arrullos del amor,

los estruendos de la orgía,
la calmante poesía
que hay disuelta en el dolor,

las injurias de la suerte,
los horrores de la muerte,
los misterios del sentir
y el secreto religioso
del encanto doloroso
de la pena de vivir...

ya os lo dije; vuestros ruidos,
vuestros ecos repetidos
en ritornello hablador,
son el pan de mi deseo,
son el arte en que yo creo,
¡son mi música mejor!

A LA MONTAÑA

HABLEMOS, atalaya gigantea!
Desde tu inmensa altura
¿me verás muy pequeño en esta hondura
del valle estrecho en que mi choza humea?
¿Verdad que para ti somos iguales
el hombre de la choza
que sentado en sus míseros umbrales
la gran visión de tus grandezas goza,
y el último volátil insectillo
que se posa en el último ramillo
del árbol más enteco,
del menos admirado bosquecillo,
de tu más olvidado recoveco?
¡Es tanta tu grandeza!..
tan soberbia tu historia, tan altiva
levantas y tan alta la cabeza,
que sólo pequeñez, sólo pobreza
verás en lo de abajo desde arriba.

Te engendró trepidando el terremoto,
¡reina de las montañas!
y por la boca del abismo ignoto
la tierra te parió de sus entrañas,
rugiendo de dolor su seno roto.
Vinistes á la vida,
no tremiendo con trémulos vagidos,
sino cantando la jamás oída
formidable canción de tus rugidos.
Y transpiraste en tu alentar inmenso
soberbias espirales
que cegaron el éter de humo denso.
Y tu loca niñez, brava y ardiente,
envolvióse en pañales
que eran manto de lava incandescente...
Luego imprimieron sobre ti sus huellas
los días creadores
de las fecundas primaveras bellas,
las que en tierra feraz siembran las flores
como Dios en el cielo las estrellas.
Tu ardiente aliento, destructor por fuerte,
fué brisa luego, de frescura henchida,
y aquel tu arrollador fuego de muerte
templóse en fuego incubador de vida.
Y una robusta juventud briosa
sembró tus cumbres y cuajó tus faldas
de lluvia lujuriosa
de boscaje espumante de guirnaldas.

Enamorada del soberbio nido
vino á incubar sobre tu haz la vida,
vino á habitarte el concertado ruido,
vino á vivir de tu vivir henchido
toda pareja por instinto unida.
Por tus gargantas hondas
rodó el torrente flagelando peñas,
hinchendo espumas y mojando frondas;
erró la fiera entre tus hoscas breñas,
el cabrero salvaje
incrustó su majada en las risueñas
orillas agrias del corriente aguaje,
y alegraron tus cuestas los apriscos,
y hubo nidos de pluma entre el ramaje,
y cuevas de reptiles en los riscos...
Y en tus noches ardientes
te arrullaron graznidos estridentes
de buhos en el árbol apostados,
y bramidos dolientes
de ciervos encelados;
y te bañastes en el mar de oro
de las auroras puras,
oyendo el himno del vivir sonoro
del de las aves incontable coro
que habitaba tus densas espesuras...
Cantares de cabreros,
zumbar de regatuelos espumosos,
balidos lastimeros

de cabritos nerviosos,
silbos de águila osada
que de éter embriagada
se cierne sobre ti cerca del cielo,
delinëando con redondo vuelo
el nimbo de tu cresta coronada
de riscos y de nieve inmaculada...
Todo vivió cantando como pudo
tu vida fuerte, formidable y ruda,
de cuerpo virgen ante el sol desnudo;
y tú, serena y muda,
como quien todo lo abarcó y lo encierra,
por el éter sutil ibas rodando
en tus lomos gigantes soportando
la mitad de la vida de la tierra.
El bello sol naciente
siempre el beso primero
puso amoroso en tu soberbia frente;
siempre su adiós postrero
te quiso dedicar el sol poniente...
¡Con qué gigante majestad rendida
os amáis los gigantes de la vida!
¡Qué pequeño verás desde tu altura
al hombre de la choza
que tus regias grandezas canta y goza
hundido en las honduras de esta hondura!
Eres grande ¡oh montaña!
y rica con espléndida riqueza;

tienes oro en la entraña
y corona de plata en la cabeza...
¡Pero yo soy más grande! ¡Yo más fuerte!
¡Yo más rico que tú!.. ¡Yo he de vencerte!
No en la entraña metales brilladores,
ni en la frente coronas temporales:
¡tengo en el corazón fragua de amores!
¡tengo en la frente fragua de ideales!
¿Y qué volcán tuviste tan ardiente
como el humano corazón que ama?
¿ni qué encendida llama
radiará luz tan pura y esplendente
como ésta que mi espíritu derrama?
¡Tú envejeces! La nieve de tu cumbre
que ya ha apagado tu pristina lumbre
me dice que declinas,
que ya helada caminas
de tu vivir hacia el helado invierno...
¡Tú tienes que morir! ¡Yo soy eterno!
Mas, ¿para qué conmigo compararte,
soberbio monstruo inerte,
si del cogüelmo de mi vida, el Arte
te está dando una parte
por que no te confundan con la muerte?
Y, en fin, mole dormida,
aunque sintieras como yo la vida,
me envidiaras, sin duda,
¡porque yo sé cantar y tú eres muda!

UN DON JUAN

Amo, de aquella cuestión
de ayer, pues ya me atreví.
—¡Gracias á Dios, cobardón!
¿Y qué te dijo?
—Que sí.

—¿Ves, Jenaro? Si te dejo
no llegas nunca á animarte
y te me mueres de viejo
con las ganas de casarte.

Me gusta la valentía.
Y la lengua, ¿se enredó?
—Pues, mire usted, yo creía
que iba á ser más; pero no.

Y eso que al dir á empezar,
por mucho que porfié,
pues no me pude acordar
del emprencipio de usté.

—¡Por vida de!.. ¿Y qué jinojos
hiciste entonces, Jenaro?—
—Pues, nada, cerrar los ojos
y dir p'alante.
—¡Pues claro!

Cuando se ignora, se inventa.
—¡Pues ese fué el aquel mío!
Me tuve que echar la cuenta
que se echa el hombre perdío,

y como un eral cerril
arremetí con alientos,
porque ya, preso por mil...
pues preso por mil quinientos.

No es más que mientras se empieza.
Yo cuantis que me corté
pues na más de mi cabeza
cuasi todo lo saqué.

—¡Bien hecho! ¿Y le gustaría
bastante más que lo mío?
—Yo le dije asín: «María:
dirás que á qué habré venío.»

—¿Y qué te dijo?
—Que hablara.
Ella abajó la cabeza
y se le puso la cara
lo mesmo que una cereza.

A mí también se me ardía,
la verdá se ha de decir;
pero le dije: «María:
¿sabrás que tengo un sentir?»

—¡Bien dicho! ¿Y no te comieron
porque hiciste esa pregunta?
—No, pero me se pusieron
todos los pelos de punta.

Yo cuasis que no veía,
la verdá se ha de decir;
pero le dije: «María,
sabrás que tengo un sentir.

Cuasi que me han obligao
—le dije—á venir acá,
que yo bien retuso he estao
por mó de la cortedá;

pero el amo, que sabía
mi sentir, pues ayer tarde
mesmamente, me decía:
«¡Jenaro, no seas cobarde!

La moza es poco fiestera
y poco aparentadora,
y no es moza ventanera
y es árdiga y vividora.

Y luego, es bien parecía,
y es callaíta y prudente,
y es honesta y recogía,
y viene de buena gente...

Anda con ella, comienza
mañana á la noche á dir,
que á cuenta de la vergüenza
te la dejas escurrir...»

Pues sobre aquello volviendo
del sentir que te decía,
sabrás que te estoy quisiendo
ya hace tres años, María.

Siempre he andao negativo
dejándolo pá dispués,
y ná más que es á motivo
de lo corto que uno es.

Y asín me estaba, me estaba,
aguantándome el sentir,
á ver si me se pasaba,
la verdá se ha de decir.

Y hate cuenta que cada año
pues más me reconcomía,
hasta que ya dije hogaño:
¡Habrá que estar con María!

Porque en habiendo un querer,
la verdá se ha de decir,
ni cuasi puedes comer
ni cuasi puedes dormir.

Y no es el decir que uno
esté encitando el pensar,
porque yo creo que nenguno
quedrá siempre asín estar.

Es na más que te aficionas
y que pierdes la chaveta
en cuantis que una persona
por los ojos te se meta.

Y que ya naide te apea
ni te hace volver atrás
y llevas aquella idea
por andiquiera que vas.

Pues un querer derechero
como el corazón te ablande,
es igual que un abujero:
cuanti más le urgas, más grande.

—¡Caramba! ¡Muy bien, Jenaro!
Y ella entonces te diría...
—A lo primero, pues, claro,
dijo que ya se vería.

Pero dispués, ya ve usté,
la gente se va atreviendo.
Yo le dije: «Volveré.»
Y ella dijo: «Vay viniendo.»

—Vamos, sí, que habrá casorio.
—De eso entá no hemos tratao.
Sólo el parlárselo... ¡corio!
¡más vergüenza me ha costao!..

LOS DOS SOLES

Vámonos al histial de la sala,
vámonos, Francisco,
que se está que da gloria estos días
de sol y de frío.—
Y al rincón del hastial soleado
por tibiezas de sol invernizo
se van temblorosos
los dos viejecitos,
con el calendario,
con el argadillo,
con las frentes cargadas de tiempo,
con las venas cargadas de frío.

¡Qué serena la tarde resbala
por delante de aquel rinconcito!
Las dulces tibiezas
del sol invernizo
como alientos del Dios de la vida
dan calor á los dos viejecitos!

Una dulce modorra süave
va durmiendo sus torpes sentidos
al rumor del rozar quejumbroso
de las vueltas del viejo argadillo,
que se queja con ritmo de enfermo,
plañidero, sutil, dolorido...

La tarde es templada
y el rincón del hastial está tibio...
se derrite la nieve en los campos,
se descubre el verdor del egido,
pican las cigüeñas
la vera del río,
lavan las muchachas,
balan los cabritos,
corren los regatos,
llora el argadillo
y en los montes las lenguas de acero
de los anchos destrales blandidos
acompañan su bronca salmodia
con reflejos estruendos sombríos,
fragorosos desgarres de ramas,
roncos tumbos de troncos hendidos...
¡Allí están los mozos!..
¡Allí está aquel hijo!..

Murieron los rayos
del sol mortecino...

—Vamos á la lumbre.
—Vámonos, Francisco.
Y al rincón del hogar frío y solo
se marcharon los dos viejecitos,
con el calendario,
con el argadillo,
temblando de viejos,
temblando de frío.
—Ya viene cantando...
—Ya viene ese hijo...
Y el hogar apagado y obscuro
revivió con el mozo fornido,
revivió con los fuegos sagrados
del amor y el hogar confundidos...

Y el viejo á la vieja
díjole al oído:
—Tenemos dos soles
que quitan el frío:
pa de día, el que alumbra en el cielo;
¡pa de noche, ese hijo... ese hijo...

EL ARRULLO DEL ATLÁNTICO

I

En el nombre de Dios canto la vida.
Era la hora en que la luz esperan,
para iniciar la cotidiana huída,
las sombras densas de la noche obscura
que en abismo caótico fundieran
el abismo del mar y el de la altura.
¡Naturaleza! cuando estás dormida
y el alma que te adora
por nocturno crespón te ve cubierta,
se finge en su cariño que estás muerta
y perdida te llora,
hasta que luz de aurora te despierta...
¡Salve, luz creadora!
si de la mano del Señor salida
pristina creación es toda vida
segunda creación es toda aurora.

Como se abren los pétalos iguales
de roja minutisa,
como se abren dos labios virginales
que quieren bosquejar una sonrisa,
como deben abrirse á los mortales
las áureas celosías edeniales,
así se abrió, purísimo y riente,
un resquicio de cielo por Oriente,
y trémulas surgieron é indecisas
por el abierto desgarrón del velo,
tintas crepusculares
que elevaron la bóveda del cielo
y abatieron las curvas de los mares.
La musa de los piélagos azules
que alienta brisas y transpira brumas
y viste mantos de azulosos tules,
con encajes purísimos de espumas...
La gran dominadora
del piélago iracundo donde mora;
la maga del abismo, que aún dormía,
movió la linfa, le prestó armonía,
y este amoroso cántico
surgió solemne, al despuntar el día,
del hondo seno del azul Atlántico.

II

Verdes musas erráticas
de almas de luz y liras cristalinas,
nereidas de pupilas abismáticas,
sirenas de gargantas peregrinas,
monstruos del fondo, genios de las olas,
acres brisas marinas,
que venís de las playas españolas
ó venís de las playas argentinas...
Genio de la bonanza, á cuyo arrullo
trueco mi grito en musical murmullo;
genio de la borrasca, á cuyo grito
respondo detonante
y en hervidero arrollador me agito....
¡cantad conmigo la canción gigante
con que á los hombres al progreso invito!
Yo soy aquel abismo que separa
la que el destino poderosa y una
raza noble creara
en hispano solar é hispana cuna.
Yo soy el gran vencido
del genio humano, que me vió rendido
bajo frágiles quillas victoriosas
de audaces carabelas

que rayaron mis lomos con estelas
de perennes honduras luminosas.
Hermanas tierras cuyas bellas playas,
ricas de frutos y de flores gayas,
beso con los gigantes
labios de mis orillas..:
¡los besos de mis labios son semillas
que producen cosechas abundantes!
Nobles razas gemelas
que ardéis en fraternales sentimientos:
¡ahonde vuestro amor esas estelas
que han vencido á los siglos y á los vientos!
¡Tejed, tejed sobre mi haz hirviente
de nuevos derroteros red tupida
y engrandecedme bajo el peso ingente
de pedazos de Patria enriquecida
que, abatiendo mis lomos en su centro,
dilate mis orillas tierra adentro!
Poderoso Neptuno que dominas
las iras bravas de mis glaucas olas:
¡únce las á las naves peregrinas
que vengan de las playas españolas
ó vengan de las playas argentinas!
¡Enfrena, Eolo, enfrena
la cuádriga briosa de los vientos
y fija en popa ordena
que sople una veloz brisa serena
que endulce y apresure movimientos!

Y vosotras, nereidas ambarinas
con luengas cabelleras
de obscurísimas algas azulinas:
¡alejad á esas ricas mensajeras
de escollos y de sirtes traicioneras!
Y tú también, estrella titilante
que en mi espejo oscilante
y en el del cielo diáfano rutilas
menos que en las pupilas
de atento navegante:
tus fulgores purísimos no veles
con crespones de nubes tormentosas
que á esos ricos bajeles
aparten de las vías venturosas.
Y Tú, Dios soberano,
que todo lo creaste y lo gobiernas;
única augusta mano
que sabe modelar cosas eternas,
única idea que en ninguna anida,
única luz que de la luz no nace,
origen sin origen de la vida
que se apaga ante Ti, y en Ti renace...
Tú el poder, Tú la gloria, Tú la alteza,
Tú la sabiduría,
Tú la derecha iluminada vía
de la humana grandeza,
bendice el alma de tus pueblos fieles,
haz que cuajen sus flores

en frutos áureos de sabrosas mieles,
pon en su entraña amores,
lumbre en su inteligencia,
paz en sus horas, gloria en sus destinos,
fe pura en su conciencia,
luz en su oriente y oro en sus caminos.
Tiende sobre mi haz el invisible
manto de tu poder incontrastable
y por seguros derroteros fijos
bogarán en legión interminable
tus laboriosos hijos.
No me ordenes, Señor, que abra mis senos
y de tus pueblos fieles
en ellos precipite los bajeles
que mi móvil cristal hienden serenos.
¡Señor! Navegan llenos
de ricos frutos que crió Natura
con riegos de rocíos y sudores;
llevan copia hechicera
de industriales y artísticas labores,
llevan la luz postrera
que la ciencia radió, llevan amores...
Hermanas gentes cuya entraña encierra
sangre y alma españolas:
¡el cielo es vuestro: sojuzgad la tierra!
¡vuestro yo soy: encadenad mis olas!
Unid mis dos orillas
con oscilantes puentes

de regueros luenguísimos de quillas
henchidas de riquezas y de gentes.
Y con los brazos en la brega dura,
en Dios la fe y el corazón en todo,
gozad el oro en su virtud más pura,
poned la muerte entre el honor y el lodo,
sentid el arte en su divina altura,
buscad la gloria donde eterna sea,
trocad la ciencia en savia substanciosa,
cambiad amor del que deleita y crea...
¡vivid la vida en su verdad hermosa!

LA BALADA DE LOS TRES

I

AYER por la tarde
se acabó la fiesta,
la de San Antonio,
que es la de mi aldea.
A incienso y á flores
olía la Iglesia;
la casa, á membrillos;
la ropa, á camuesas;
las mozas, á vírgenes,
y á santas las viejas.
¡Qué pronto se pasan
los días de fiesta!
Ahora está la niña
lavando en la vega
y el alma le hieren
borrosas tristezas,

dolientes memorias,
ternuras patéticas...
Ya guardó en el arca
la ropita nueva,
la ropita limpia
que huele á camuesas.
Tamboril y gaita
ya no la recrean,
ni de amor alegre
la sangre le llenan
los repiques duros
de las castañuelas,
lenguas de muchachos
que no tienen lengua
para hablar de amores
á las muchachuelas.
¡Qué sola está el alma!
¡Qué sola la vega!
¡Esta tarde se muere la niña,
se muere de pena!

II

El mozo está solo
regando la huerta,
la huerta está alegre,
la tarde serena,

y al alma del mozo
la agobian tristezas.
¡Qué pronto se pasan
los días de fiesta!
¡Qué tristes las tristes
memorias que dejan!
Ya no luce el mozo
la voz en la iglesia,
ni en el ancho egido
con los mozos juega,
ni á la tarde baila
con las muchachuelas,
ni á la noche ronda
la ventana estrecha
de la casa blanca
de la fiel morena.
En la vieja arcona
de la sala vieja
ya guardó su madre
la ropita nueva
con las cintas verdes
de las castañuelas
y el de cien colores
corbatín de seda...
¡Qué sola está el alma!
¡Qué triste la huerta!
¡Esta tarde se muere el muchacho,
se muere de pena!

III

Yo ya no soy mozo,
pero tengo penas
que parecen cosas
de la gente nueva.
Se me van muy pronto
los días de fiesta.
La misa cantada
y el juego en la era
y el baile en la plaza
de vida me llenan.
Esta tarde siento
mortales tristezas,
ansias dolorosas,
ternuras patéticas.
La tarde está sorda,
sin ruido la aldea,
desierta la plaza,
cerrada la iglesia,
y en la huerta el mozo,
la moza en la vega...
¡Yo dos veces solo,
tengo una tristeza!..
¡Yo me muero también esta tarde,
me muero de pena!

ANA MARIA (1)

(FRAGMENTOS DE UN POEMA)

I

LA PRIMAVERA

Una alondra feliz del pardo suelo
fué la primera en presentir al día
y loca de alegría
al cielo azul enderezando el vuelo
contábaselo al campo, que aún dormía.

---

(1) En uno de los cuadernos que el autor llevaba en los bolsillos al campo, y en los que con lápiz escribió todas sus composiciones, se ha encontrado el plan de un poema y los fragmentos del Canto I, que se publican á continuación.

El índice, ó plan, es literalmente como sigue:

«Ave María (poema). Introducción.—Canto I: *La Primavera:* I, Paisaje de primavera en la alquería. II, Ana María. III, Los Amores. IV, Cabrera. V, Las bodas.—Canto II: *El Estío:* I, Paisaje de estío. II, La recolección de los frutos. III, Madre y esposa. Padre y esposo. IV... V...—Canto III: *El Otoño:* I, Paisaje de otoño. II, La sementera. III, Los hijos mozos. IV... V...—Canto IV: *El Invierno:* I, Paisaje de invierno. II, El hogar. Los nietos. III... IV... V...»

Celosa codorniz madrugadora
dijo tres veces que la bella aurora
se avecinaba con amable prisa;
del lado del Oriente
vino una fresca misteriosa brisa
con las alas cargadas de relente,
y aun en sagrada obscuridad envueltas
las hojas de los árboles sonaron
dulcemente revueltas,
las mieses ondearon
y de los senos de la tierra helada
surgió, vivificante,
el húmedo perfume penetrante
que sólo sabe dar la madrugada.
¡Cuán bien se disponía
Naturaleza á recibir el día!
La línea pura del albor naciente,
vaga primicia grata
del de la luz fecundador tesoro,
primero fué de plata,
más tarde fué de oro,
después encendidísima escarlata,
roja amapola, y luego
cegador, chispeante, ardiente fuego.
En medio de la lumbre
que derretía el encendido oriente,
sobre el perfil de la elevada cumbre
el sol triunfante levantó la frente...

y á la puerta feliz de la alquería
asomó al mismo tiempo Ana María.
¡Gran Dios, bendito seas!
¡Qué soles, Dios de amor, qué soles creas!

II

ANA MARÍA

¿Por qué tan madrugadora
la rosa de la alquería?
Porque es una labradora
castiza y trabajadora
que siente pequeño al día.

¿Por qué tan pronto romper
del mañanero dormir
y del soñar el placer?
Porque dormir no es vivir
y soñar no es proveer.

Porque sabe que conviene,
como le enseña su madre,
mirar al tiempo que viene...
¡Por eso tiene su padre
la buena hacienda que tiene!

Tiene en la alegre alquería
labor y ganadería,
con pastos siempre sobrados;
huertos en la Alberguería
y en Hondura casa y prados;

y de su padre heredadas,
y en su gente vinculadas,
puede en la Armuña contar
con cuatro ó cinco yugadas
de tierras de pan llevar;

y, estimulante más grato,
corren añejas hablillas
diciendo, no sin recato,
que tiene un zurrón de gato
lleno de onzas amarillas.

Y aún dice la gente á coro
que son su hacienda y su oro
cosas de menos valía
que aquel divino tesoro
de su hermosa Ana María.

¡Y dice verdad la gente!
Pues ¿quién como esta doncella
promete vida tan bella
cual la del nido caliente
que del hogar hará ella?

Del monte en el mundo estrecho
túvola Dios que poner,
porque paloma la ha hecho.
No tiene hiel en el pecho,
¿cómo ha de darla á beber?

Dará bálsamos calmantes,
hondas ternuras sedantes,
cosas del alma sin nombres...
¡Lo que buscamos los hombres
del grave vivir amantes!

Natura le dió belleza;
su madre le dió ternuras;
su padre, viril nobleza,
y Dios, la humilde grandeza
que tienen las almas puras.

Los rayos del sol fogosos
cetrina su tez pusieron,
y los aires olorosos
de los montes carrascosos
la sangre le enriquecieron.

Dióle el trabajo soltura;
la juventud, bizarría;
el buen ejemplo, cordura;
la sencillez, alegría,
y la honestidad, frescura.

Con generosa largueza
Natura le dió riqueza
de substancioso saber.
¿Qué enseña Naturaleza
que no se deba aprender?

Que la abeja es laboriosa;
que la tórtola es sencilla;
que la hormiga es hacendosa;
que se esconde, que no brilla
la violeta pudorosa...

Que las aves hacen nidos
siempre solos y escondidos
en los senos de la fronda,
porque no es la dicha honda
buena amiga de los ruidos;

que los ríos y las fuentes
tienen aguas transparentes
cuando corren muy serenas...
que son limpias las arenas
y son mansas las corrientes;

y que aquella golondrina
que ha anidado en la campana
de la rústica cocina
se despierta alegre y trina
cuando apunta la mañana.

Que las corderas vehementes
que se apartan imprudentes
de las madres clamorosas
morirán entre los dientes
de famélicas raposas.

Eso Natura enseñaba,
y eso la moza aprendía.
Quien era mozo soñaba,
yo era poeta y cantaba,
Dios es bueno y bendecía.

III

LOS AMORES

Así miraban los mozos
la alquería solitaria
como su cueva el avaro,
como el sediento las aguas,
como el labriego su siembra,
como el cabrero sus cabras,
como los santos la gloria,
como sus dichas el alma.
En vano mandó emisarios
el mozo aquel de Villalba,

que tiene buena presencia,
buena hijuela y buena fama.
En vano mandó memorias,
por boca de un viejo guarda,
Tomás, el de Moraleja,
que ha de disfrutar mañana
su buena montaracía,
su no pequeña senara,
sus buenas yeguas de vientre,
su buena punta de vacas.
En vano, como los otros,
mandó después una carta
por medio de una pavera
que está en la dehesa rayana
José Manuel, el de Fresno,
hijo de gente muy sana,
vividor como una oruga
y muy metido en su casa.
En vano aquel estudiante
que estudiaba en Salamanca
y á holgar iba en los estíos
á la solariega casa
llegaba hasta la alquería
contando azares de casa
que lo llevaban rendido
buscando descanso y agua,
y algo más que Ana María
discretamente callaba.

Tampoco era el elegido
Manuel Andrés el de Navas,
aquel que yendo á la aceña
perdió una jornada larga
para que viera la moza
pasar por ante su casa
cuatro parejas de bueyes
que daba gusto mirarlas,
con dorados esquilones
y melenas coloradas;
cuatro carros muy galanos,
llevando la rica carga
de cien fanegas de trigo
para el consumo de casa;
costales nuevos, de estopa
como la nieve de blanca,
escriños y sacas nuevos,
alforjas abarrotadas
y el amo llamando el carro
que iba rompiendo la marcha.
Todo lo vió Ana María,
que estaba fuera de casa
tendiendo al sol unas telas
como la nieve de blancas,
y, ni amorosa ni esquiva,
cuando llegó á saludarla,
al majo mozo engreído
le dijo en tono de hermana:

—«Hijo, tienes unas yuntas
que da contento mirarlas.
Así quisiera las nuestras,
pero mi padre me salta
con que las carnes que sobran
son garrobitas que faltan.»
Como este mozo pasaron
por la afortunada casa
mozos de toda la Huebra,
mozos de tierra de Alba,
madres de mozos huraños,
gañanes con embajadas,
comadres con panegíricos,
parientes con esperanzas...
mas cuando llegaba el caso
de dar la respuesta ansiada,
marchábase Ana María,
su padre no contestaba,
y sola la pobre madre
henchir algo procuraba
la alforja á los emisarios
con semejantes palabras:
—«Que se agradece el acuerdo;
que la familia es honrada;
que el mozo, si sale á ella,
será un hombre de su casa;
pero que ahora es una niña
sin reflexión la muchacha,

y hay que dejar que se críe,
que es mucho lo que hace falta
para enseñarle á una hija
á ser mujer de su casa.»
Y así pasaban los meses,
y así los años pasaban,
y un vaquerillo que antaño
sirviendo estuvo en Arlanza
y hogaño estaba en Olmedo,
trajo de Olmedo una carta
que recibió Ana María
y abrió su madre en la sala,
que no es la cocina sitio
para secretos de casa.
Y así la carta decía
con letras muy retocadas,
y así, dos meses más tarde,
la moza la contestaba:

LAS CARTAS

I

«Apreciable Ana María:
me alegraré que te halles
al recibo de estas letras
que te dirige tu amante,

tan bien como yo deseo,
en compañía de tus padres,
pues yo estoy bueno, á Dios gracias,
pa lo que gustes mandarme.
Pues sabrás, Ana María,
que el motivo de mandarte
por el dador esta esquela,
es porque dice mi madre
que antes de dir á tu casa
debo de manifestarte
las intenciones que tengo
determinao de expresarte,
y son el tratar contigo,
si son gustosos tus padres,
y si tú también lo eres
como éste tu fino amante.
Pues el motivo de ello
sabrás que es el de apreciarte
y el de casarme contigo,
si no encontraras achaques
que ponerle á mi persona,
como tampoco á mis padres.
Pues sabrás que á mí me corre
bastante prisa el casarme
por causa de que mi hermana
por mí tiene que esperarse,
y el novio le mete prisa
por mó de no tener madre.

Pues sabrás que yo deseo
que, cuantis puedas, me mandes
á decir el resultao
de si todos sois gustantes,
pues el saber que me quieres
será un alegrón bien grande,
pues sabrás que yo te quiero
ya hace tres años cabales,
y por ser uno algo corto
pues no te lo he dicho antes.
Sin más, le darás memorias
á tu padre y á tu madre,
y tú recibes el alma
y el corazón de tu amante
que te aprecia, y que lo es,
Juan Manuel Sánchez y Sánchez.»

II

«Apreciable Juan Manuel:
me alegraré que recibas
la presente disfrutando
de igual salud que la mía,
en compañía de tus padres
y de la demás familia.

Pues sabrás por la presente
que recibí ya hace días
la esquela que me mandastes
diciéndome que te escriba
mandándote el resultao
de lo que en ella decías.
Pues sabrás que se lo dije
á mis padres en seguida,
lo cual que le ha parecido
que vienes con mucha prisa,
y dicen que yo no tengo
prisas ningunas hoy día.
Pues sabrás por la presente
lo mucho que te se estima
el acuerdo que has tenido,
y el decir que á mí me escribas
con licencia de tus padres
y de toda la familia.
Pues de aquello que tú quieres
el resultao en seguida,
sabrás que no hemos pensao
el asunto entodavía,
por lo cual no puedo ahora
darte entrada ni salida;
pero si vas á Cabrera
quizás allí te lo diga,
porque hemos determinao
de dir hogaño á la misa

que va mi padre, á motivo
de ser de la cofradía.
Sin más, le darás memorias,
de parte de mi familia,
á tu padre y á tu madre,
y se las das también mías.
Y tú también las recibes
de tu afectísima amiga
que te aprecia, y que lo es,
Ana García y García.»

IV

CABRERA

Donde Dios nos dé un campo deleitoso
levantamos los hombres una ermita,
que así como el Edén es delicioso
porque el señor lo habita,
el campo es más hermoso
cuando el Dios que lo hizo lo visita.
Dios quiso un día derramar verdura
sobre los campos de Cabrera amenos,
y aquella casta de la sangre pura,
la rica casta de los hombres buenos,

aquellos que la vida atravesaron
con paso de viajero que no yerra,
una ermita en Cabrera levantaron,
y vivieron con Dios sobre la tierra.
Era la raza cuya muerte lloro
cuando con Dios para llorar me encierro:
almas de acero, corazones de oro,
pechos de cera y miel, brazos de hierro.
Hijos de Dios y para Dios criados,
conocieron á Dios; fueron piadosos;
pidieron sólo pan; fueron honrados;
el mundo no los vió; fueron dichosos.
Con Dios vivir supieron,
y en Dios al fin morir. ¡Cuán sabios fueron!
Eran los campos su vivienda hermosa;
los del hogar, sus pensamientos fijos;
su eterno amor, la esposa;
su eterno afán, los hijos;
su instrumento, el arado;
el bien querer su natural deseo;
el bien obrar su natural estado,
y el Cristo de la ermita de Cabrera
su rey, su amor, su providencia era.
La mano tosca y dura
del anónimo artista
que labrara la bárbara escultura
supo infundir en ella,
con sublime inconsciencia de vidente,

las grandezas insólitas de aquella
fe gigantesca de la vieja gente.
Era el sagrado leño
la visión infantil, místico sueño,
majestático símbolo imponente
de la robusta concepción cristiana
del alma ruda y sana
que á Cristo-Dios en la conciencia siente.
¡Nuestro Cristo es aquél! Nos lo legaron
los rudos patriarcas
que vivieron con Él y á Él consagraron
las nativas y fértiles comarcas.
¡Nuestro Cristo es aquél! Éramos niños
y los maternos labios rumorosos
que cantando difunden los cariños
y besando los sellan amorosos,
nos cantaban con música de gloria
y habla de oro que la suya era,
la de prodigios peregrina historia
del Cristo de la ermita de Cabrera.
¡Nuestro Cristo es aquél! ¿Qué hermano mío
en mi Patria nació que no haya amado,
si Dios para el amor los ha criado
y siempre al bien su voluntad dispuesta
hace nacer á la mujer honesta
en la tierra feliz del hombre honrado?
¿Y quién que tuvo amores
en la tierra feliz de mis mayores

del idilio amoroso no escribía
la página primera
en aquella famosa romería
del Cristo de la ermita de Cabrera?
¡Nuestro Cristo es aquél!...

. . . .
. . . .

A CORREO VUELTO

AL POETA JOSÉ RODAO (1).

¿*Sablazos* entre poetas?
¡No llega la *sangre* al río!
Allá va ese libro mío
que no vale dos pesetas...
¡Y no es modestia de autor,
no, señor!
¡Es que le faltan dos reales
para tener de valor
las dos pesetas cabales!
¡Pero aunque ciento valiera!
¡Bueno fuera
que siendo usted segoviano
y siendo yo salmantino,

(1) Contestación á la carta en que le pidió al autor un ejemplar de *Campesinas*.

no se hiciera honor entero
á aquel dicho decidero,
netamente castellano,
que dice «de herrero á herrero!..»
(Si tiene algo suyo á mano...
Ya sabe usted, compañero.)
Allá van mis *Campesinas*
con un fraternal abrazo.
¡Y gracias por el *sablazo!*
¡Y dígame «sin pamplinas
y sin gastar etiquetas»
si es verdad que, bien tasadas,
no valen las dos pesetas
mal contadas!
¡Es tan saludable oir,
si se dice con verdad,
un «Deje usted de escribir
por toda una eternidad»
ó un sincero
«Siga por ese camino,
porque ese es el verdadero!..»
¡Es tan grato
saber que á uno se le trata,
no con perfidias de gato,
muy buenas... para la gata...,
ni con falsa cortesía,
ni con saña venenosa
que el recto juicio extravía,

ni con cegador cariño
que envanece al hombre-niño,
sino con un buen amor
que exprese el justo sentir
con un prudente decir
sedante y educador!..
¡Ganase tanto el que hablara!..
¡Y aprendiera
tanto el que bien escuchara
la sincera
voz leal que le ilustrara!
Pero, bastan reflexiones;
allá van mis *Campesinas*
con esas dos condiciones:
que me diga «sin pamplinas
y sin gastar etiquetas»
si es verdad que, bien tasadas,
no valen las dos pesetas
mal contadas,
y que, como entre poetas
no llega la *sangre* al río,
y es gran dicho decidero
el de que «de herrero á herrero...»
¡Ya sabe, tocayo mío,
lo que espero!..

LA GALANA

I

Pobrecita madre!
¡Se murió solita!
Cuando vino el cabrero á la choza
con la cabra Galana parida
y el trémulo chivo
sin lamer ni atetar todavía,
vió á la madre muerta
y á la niña viva.
Sobre un borriquilo,
sobre una angarilla
de las del aprisco,
se llevaron la muerta querida
y él se quedó solo,
solo con la niña...

La envolvió torpemente en pañales
de dura sedija,
y amoroso la puso á la teta
de la cabra Galana parida...
—¡Galana, Galana!
¡Tate bien quietita!..
¡Tate asín, que pueda
mamar la mi niña!
Y la cabra balaba celosa
por la fiebre materna encendida,
y poquito á poquito, la teta
fué chupando la débil niñita...
¡Pobre cabritillo!
¡Corta fué tu vida!

II

Solita en el chozo
se queda la niña
mientras lleva el pastor las ovejas
á pacer por aquellas umbrías.
Cerca del chocillo
pace la cabrita,
nerviosa, impaciente,
con susto, con prisa,
y si el viento le hiere el oído
con rumores de llanto de niña,

corre al chozo balando amorosa,
se encarama en la pobre tarima,
se espatarra temblando de amores,
se derrienga balando caricias
y le mete á la niña en la boca
        la tetaza henchida
        que derrama en ella
        dulce leche tibia...
¡Qué lechera y qué amante la cabra!
¡Qué robusta y qué santa la niña!

III

        ¿Serían los lobos?
¿Algún hombre perverso sería?
Una tarde la cabra Galana,
        la amante nodriza,
se arrastraba á la puerta del chozo
        mortalmente herida.
Allá dentro sonaron sollozos,
        sollozos de niña,
y un horrible temblor convulsivo
agitó á la expirante cabrita,
que luchó por alzarse del suelo
con esfuerzos de angustia infinita.
Y en un último intento supremo

de sublime materna energía
que arrancó doloridos acentos
de la cencerrilla,
¡y en un largo balido amoroso...
se le fué la vida!..

IV

Ni leche de ovejas,
ni dulces pepillas,
ni mimos, ni besos...
¡Se murió la niña!
¡Esta vez quedó el crimen impune!
¡Esta vez no brilló la justicia!

EL AMO

En el nombre de Dios, que las abriera,
cierro las puertas del hogar paterno,
que es cerrarle á mi vida un horizonte
y á Dios cerrarle un templo.
  Es preciso tener alma de roca,
sangre de hiena y corazón de acero,
para dar este adiós que en la garganta
se me detiene al bosquejarlo el pecho.
  Es preciso tener labios de mártir
para acercar á ellos
la hiel del cáliz que en mi mano trémula
con ojos turbios esperando veo.
  Ya está solo el hogar. Mis patriarcas
uno en pos de otro del hogar salieron.
Me los vino á buscar Cristo amoroso
con los brazos abiertos...

CANCIÓN (1)

No piense nunca el lloroso
que este cantar dolorido
es un capricho tejido
por la musa de un dichoso.
  No piense que es armonioso
juego de un estro liviano;
piense que yo no profano,
ni con mentiras sonoras,
las penas desgarradoras
del corazón de un hermano.

  Una canción de dolores
me piden mis padeceres,
tal como ayer mis quereres
pidieron cantos de amores;

(1) La última que escribió el autor, pocos días después de la muerte de su padre, y pocos también antes de la suya propia.

que así como son mayores
si se cantan los contentos,
así los tristes acentos
de las trovas doloridas,
si no curan las heridas,
amansan los sufrimientos.

Mis penas son tan vulgares
como esas espinas duras
que erizan las espesuras
de todos los espinares.
Más hondas son que los mares...
Más hondas y más sombrías
que un horizonte sin días,
pues no hay abismo tan hondo
como el abismo sin fondo
de unas entrañas vacías.

Dios me las hizo de fuego...
¿Por qué no les dió dureza
si quiso su fortaleza
probar golpe á golpe luego?
¿Por qué enriqueció con riego
de sementera de amores
huerto que sabe dar flores,
si luego le manda días

de matadoras sequías
y vientos asoladores?
¡Ay! Al llegar á las puertas
de la tarde de mi vida,
voz de los cielos venida
me ha dicho:—¡Ya están abiertas!
¡Entra y sigue, y no conviertas
la mente á tiempos mejores,
que en vez de aquellos amores
de santidades pristinas
verás las desiertas ruinas
del solar de tus mayores!

—¡Mejor es cegar, Dios mío!
¡Mejor es ir paso á paso
cayendo hacia el propio ocaso,
solo, con pena y con frío!
¡Mejor es ir al vacío
que á ruinas y sepulturas!
¡Mejores son las negruras
de la noche más sombría,
que las negruras del día,
que son dos veces obscuras!

Así, loco de dolor,
dije con vil vocecilla...
¡Esto que tengo de arcilla
fué quien lo dijo, Señor!

Pero esto que es resplandor
de Ti venido hasta mí,
cuando tu rayo sentí,
bien sabes Tú que te dijo:
«¡Señor! La frente del hijo
tienes rendida ante Ti!»

Con sólo llorar mi suerte,
con sólo dejar abierta
de tal herida la puerta,
muriera de triste muerte.
Mas, hijo yo del Dios fuerte,
me he resignado á vivir,
y voy dejándome ir
sobre el polvo de la senda
caminando á media rienda
por el campo del sentir.

Porque si rindo la frente
sobre las manos crispadas,
si hacia las ruinas sagradas
dejo que vaya la mente,
si de mi llanto al torrente
dejo que anegue mi vida,
si abriese más esta herida
que en lumbre de fiebres arde,
viviera como un cobarde,
muriera como un suicida.

¡Quiero vivir! Las dulzuras
de los gozados placeres,
con hieles de padeceres
se tornan del todo puras.
Visión de mis desventuras:
¡yo no te cierro mis ojos!
Camino de los abrojos:
¡yo no me cubro las plantas!
Cruz que mis hombros quebrantas:
¡yo te acepto sin enojos!

¡Quiero vivir! Dios es vida.
¿No veis que en vida convierte
la ancianidad que en la muerte
cayó con dulce caída?
¿No soy yo vida nacida
de vidas que á mí se dieran?
Pues vidas que en mí se unieran.
si vivo, no han de morir,
¡por eso quiero vivir,
porque mis muertos no mueran!

¡Y no morirán conmigo,
que el huerto de mis amores
está rebosando flores
que pinta Dios y yo abrigo!
¡Y atrás el cierzo enemigo
de esas mis vivas canciones,

pues son santos eslabones
de una cadena florida
para corona tejida
del Dios de las creaciones.
¡Quiero vivir! A Dios voy
y á Dios no se va muriendo,
se va al Oriente subiendo
por la breve noche de hoy.
De luz y de sombras soy
y quiero darme á las dos.
¡Quiero dejar de mí en pos
robusta y santa semilla
de esto que tengo de arcilla,
de esto que tengo de Dios!

EXTREMEÑAS

EL CRISTU BENDITU

I

¿Ondi jueron los tiempos aquellos,
que pué que no güelvan,
cuando yo juí presona leía
que jizu comedias
y aleluyas también y cantaris
pa cantalos en una vigüela?
¿Ondi jueron aquellas cosinas
que llamaba ilusionis, y eran
á'specie de airinos
que atontá me tenían la mollera?
¿Ondi jueron de aquellos sentires
las delicäezas
que me jizun lloral como un neni,
de gustu y de pena?
¿Ondi jueron aquellos pensaris
que jacían dolel la cabeza

de puro lo jondus
y enreaos que eran?
Ajuyó tuito aquello pa siempri,
y ya no me quea
más remedio que dilmi jaciendu
á esta vía nueva.
¡Ya no güelvin los tiempos de altoncis,
ya no tengo ilusionis de aquellas,
ni jago aleluyas,
ni jago comedias,
ni jago cantaris
pa cantalos en una vigüela..!

II

Pensando estas cosas,
que me daban ajogos de pena,
una ves andaba por los olivaris
que la ermita del Cristu röean.
Tristi y aginao,
de la ermita me juí pa la vera;
solitaria y abierta la vide
y entrémi por ella.
Con el alma llenita de jielis,
con el pecho jechito una breva
y la cara jaciendo pucheros
lo mesmito que un niño de teta,

juíme ampié del Cristu,
me jinqué en la tierra,
y jaciendo la crus, recé un Creo
pa que Dios quisiera
jacelmi la vía
una miaja tan sólo más güena.
¡Qué güeno es el Cristu
de la ermita aquella!
Yo le ije, dispués de rezali:
—¡Santo Cristu, que yo tengo pena,
que yo vivo tristi
sin sabel de qué tengo tristeza
y me ajogo con estos ansionis
y este jormiguillo que me jormiguea!
¡Santo Cristu querío del alma!
Tú pasastis las jielis más negras
que ha podío pasal un nacío
pa que tos los malos güenos se golvieran;
pero yo sigo siendo maletu
y á Ti te lo digo lleno de velgüenza
pa que me perdonis
y me jagas entral en verea.
Tú, que estás en la Crus clavaíto
pol sel yo maleto, quítame esta pena
que aentru del pecho
me escarabajea!..
¡Jalo asina, que yo te prometo
jacelmi bien güeno para que Tú me quieras!

III

¡Qué güeno es el Cristu
de la ermita aquella!
Pa jacel más alegri mi vía,
ni dineros me dió ni jacienda,
polque ice la genti que sabi
que la dicha no está en la riqueza.
Ni me jizu marqués, ni menistro,
ni alcaldi siquiera,
pa podel dil á misa el primero
con la ensinia los días de fiesta
y sentalmi á la vera del cura
jaciendu fachenda.
¡Pa esas cosas que son de fanfarria
no da nada el Cristu de la ermita aquella!
Pero aquel que jaciendo pucheros
se jinqui en la tierra,
y, dispués de rezali, le iga
las jielis que tenga,
que se vaiga tranquilo pa casa,
que ha de dali el Cristu lo que le convenga.
A mi me dió un hijo
que päeci de rosa y de cera,
como dos angelinos que adornan
el retablo mayol de la iglesia.

Un jabichuelino
con la cara como una azucena,
una miaja teñía de rosa
pa que entavia más guapo paeza.
Á mí me entonteci
cuando alguna risina me jecha
con aquella boquina sin dientis,
rëondina y fresca,
que paeci el cuenquín de una rosa
que se jabri sola pa si se la besa.
¡Juy, qué boca tan guapa y tan rica!
¡paeci de una tenca!
Á vecis su madri
en cuerinos del tó me lo quea,
se poni un pañali tendío en las sayas
y allí me lo jecha.
¡Paeci un angelino
de los de la iglesia!
Yo quería que asín, en coretis,
siempre lo tuviera;
y cuando su madri vuelvi á jatealo,
le igo con pena:
—Ejalo que bregui,
éjalo que puea
raneal con las piernas al airi
pa que crïe juerza!
¡Éjalo que se esponji un ratino,
que tiempo le quea

pa enliarsi con esos pañalis
que me lo revientan!
¡Éjamelo un rato
pa que yo lo tenga
y le jaga cosinas bonitas
pa que se me ría mientris que pernea!
¡Que goci, que goci,
tó lo que asín quiera;
que pa jielis, ajogos, y aginos,
mucho tiempo quea!
¡Éjamelo pronto para zarandëálo!
Éjame el mi mozu pa que yo lo meza,
pa que yo le canti,
pa que yo lo duerma
al tón de las guapas
tonás de mi tierra,
continas y dulcis
que päecin zumbíos de abeja,
ruios de regato,
airi de alamea,
sonsoneti del trillo en las miesis,
rezumbal de mosconis que vuelan
ú cantal dormilón de chicharra
que entonteci de gustu en la siesta...
¡Miáli cómo bulli,
miáli cómo brega,
miáli cómo sabi
óndi está la teta!

Si conocis que tieni jambrina,
dali una gotera
pa que prontu se jaga tallúo
y amarri los chotos á puro de juerza.
¡Miáli que prontino
jizu ya la presa!
¡Miáli como traga; miá que cachetinos
mientris mama en el pecho te pega!
¡Miá que arrempujonis da con la carina
pa que salga la lechi con priesa!
¡Asín jacin también los chotinos
pa que baji el galro seguío y con juerza!
Ya se va jartando. ¡Miá como se ríe;
miáli como enréa!
Jasta el garguerinu
la lechi le llega,
porque va poniendo cara de jartura
y el piquino del pecho ya eja.
Quítalo en seguía pa que no se empachi
y trai que lo tenga...
¡Clavelino querío del güerto!
¡Ven que yo te quiera,
ven que yo te canti,
ven que yo te duerma,
al tón de las guapas
tonás de mi tierra,
pa que pueas cantalas de mozo
cuando sepas tocal la vigüela.

¡Venga el mi mocino,
venga la mi prenda!
¡Ven que yo te besi
con delicäeza,
ondi menos te piquin las barbas
pa que no te ajuyas cuando yo te quiera,
ni te llorin los ojos, ni arruguis
esa cara más fina que séa,
ni te trinquis p'atrás enojao
si tu padri en la boca te besa...

IV

Mujel ¡miá qui lindu
cuando ya está dormío se quea!
¿Tú no sabis por qué se sonríe?
Es porqui se sueña
que anda de retozus con los angelinos
en la gloria mesma...

V

¡Qué guapo es mi neni!
¡Ya no tengo pena!
¡Qué güeno es el Cristu
de la ermita aquella! .

VARON

Me giedin los hombris
que son medio jembras!
Cien veces te ije
que no se lo dieras,
que al chiquín lo jacían marica
las gentis aquellas.
Ahora ya lo vide, y á mí no me mandis
más vecis que güelva.
Te largas tú á velo,
que pué que no creas
que tu cuerpo ha parío aquel mozu,
ni que lo cebastis con tu lechi mesma,
ni que tieni metía en la entraña
sangri de mis venas.
N'ámas de mimarros
y delicaezas
se ha queao lo mesmo que un jilo,
paliúcho y sin chispa de juerza.

Cá istanti se lava,
cá istanti se peina,
cá istanti se múa
toa la vestimenta,
y se encrespa los pelos con jierros
que se los retuestan,
y en los dientis se da con boticas
de unos cacharrinos que tieni en la mesa,
y remoja el moquero con pringuis
n'ámas pa que güela
¡Giedi á señorita
dendi media legua!
Se levanta á las nuevi corrías
y á las doci lo menos se acuesta.
¡Va á ponersi pochu
si acontina de aquella manera!
¡Güeno está pa mandalo á bellotas,
pa ayualmi á escuajal en la jesa,
pa jacel un carguju de tarmas
y traélo á cuestas
ú pa estalsi cavando canchalis
dendi que amaneci jasta que escureza!
Los muchachos de acá me esconfío
que mos lo apedrean
cuantis venga jaciendo pinturas
ú jablando de aquella manera:
y verás cómo el mozu no tieni
ni agallas, ni juerza,

pa al primero que quiera moflarsi
rompeli la jeta.
Ya no dici padri,
ni madri, ni agüela:
«Mi papá, mi mamá, mi abuelita»...
asín chalrotea,
como si el mocoso juese un señoruco
de los de nacencia.
Ni mienta del pueblo, ni jaci otro oficio
que dil á una escuela
y palral de bobás que allí aprendi,
que pa ná le sirven cuantis que se venga.
Pa sabel sus saberis le ije:
«Sácame la cuenta
del aceiti que hogaño mos toca
del lagal po la parti que es nuestra.
Se maquilan sesenta cuartillos
pa ca parti entera,
y nosotrus tenemus, ya sabis,
una media tercia,
que tu madre hereó de una quinta
que tenía tu agüela Teresa.»
¡Ya ves tú que se jaci en un verbo!
Sesenta la entera,
doci pa la quinta,
cuatro pa la tercia,
quita dos pa una media y resultan
dos pa la otra media.

Pus el mozu empringó tres papelis
de rayas y letras,
y pa esenrearsi
de aquella maeja,
ijo que el aceiti que á mí me tocaba
era *pi menus erre*, ¿te enteras?
¡Pus pués dil jaciendu
las sopas con ella!
¿Y esos son saberis?
¡Esas son fachendas!
No le quise mental del guarrapo,
ni icili siquiera
que hogañazo vendimos el churru
pa compral un cachuju de tierra.
¡Allí no se jabla
de esas cosas, ni en ellas se piensa!
N'ámas que se jaci comel confituras,
melcal vestimientas,
dirsi á los cafesis,
dirsi á las comedias
y palral de bobás que no valin
ni siquiá una perra.
¡Jolgacián como el nuestro muchacho
no va habelo, si aquí no se almienda!
Yo no lo distingo de otros señorinos
que con él se ajuntan y jolgacianean.
¡Son como maricas!
¡Juy, qué vestimientas!

Ves una presona
por detrás, en la calli, tan tiesa,
y endi lejus, no sabis de cierto
si es macho ú es jembra.
Güelin á lo mesmo,
como las ovejas,
y p'aquí no es asín, que cá cosa
güeli á su manera:
güeli á macho la carni de hombri,
y la carni de jembra, dá á jembra.
Hay que dil á buscal al muchacho
cuantis que se puea,
y le dicis á aquellos señoris
que esu que no quita pa qui se agraeza,
pero que á su padri le jaci ya falta;
y asín se la enreas.
No lo quió jolgacián, aunque muchus
saberis trujiera.
Y no es esu solu lo que á mí me enrita,
que otras cosas me jacin más mella ..
Hay que dil á buscalo cá y cuando:
que venga, que venga,
porque, mira: ¡me giedin los hombris
que son medio jembras!..

EL EMBARGO

SEÑOL jues, pasi usté más alanti
y que entrin tós esos.
No le dé á usté ansia,
no le dé á usté mieo...
Si venís antiyel á afligila,
sos tumbo á la puerta. ¡Pero ya s'a muerto!
Embargal, embargal los avíos,
que aquí no hay dinero:
lo he gastao en comías pa ella
y en boticas que no le sirvieron;
y eso que me quea,
porque no me dió tiempo á vendello,
ya me está sobrando,
ya me está gediendo!
Embargal esi sacho de pico
y esas jocis clavás en el techo,
y esa segureja
y esi cacho é liendro...
¡Jerramientas que no quedi una!

¿Yo pa qué las quiero?
Si tuviá que ganalo pa ella,
¡cualisquiá me quitaba á mí eso!
Pero ya no quió vel esi sacho,
ni esas jocis clavás en el techo,
ni esa segureja
ni ese cacho é liendro...

¡Pero á vel, señol jues: cuidiaito
si alguno de esos
es osao de tocali á esa cama
ondi ella s'a muerto:
la camita ondi yo la he querío
cuando dambos estábamos güenos,
la camita ondi yo la he cuidiao,
la camita ondi estuvo su cuerpo
cuatro mesis vivo
y una nochi muerto!..
¡Señol jues: que nenguno sea osao
de tocali á esa cama ni un pelo,
porque aquí lo jinco
delanti usté mesmo!
Lleváisoslo todu,
todu, menos eso,
que esas mantas tienin
suól de su cuerpo...
¡y me güelin, me güelin á ella
cá ves que las güelo!..

LA EMBAJADORA

PABLOS: aquí te lo traigo
aunque sepa que me avientas
y me das ondi lo oiga
pa que á tu casa no güelva.
  Mal jarás si asín lo jacis,
que ná te ofendo aunque venga
sin mandalmelo á traelti
lo que á ti te perteneza.
  Y pa sabel que esto es tuyo
no es menestel dil á'scuela,
ni ojos cuasi jacin falta,
se sabi cuasi que á tientas.
  Jéchali p'acá de golpi
una mirá tan siquiera,
que vas á velti pintao
cuantis este mozu veas.

Mira tú á vel si estos ojos
vivinos como candelas,
mira tú á vel si esta frenti,
y esti pelo, y estas cejas,
y esti corti de semblanti,
y esta carina morena
no dicin que son de Pablos
cuantis de golpi se vean.
¡Si esto es tu mesma presona
jecha una miaja pequeña!
Pué que no jaga una hora
que nació; quiciás ni media;
y yo ije: á jatëalo
pa que su padri lo vea
y asín los cargos se jaga,
porque es hombri de vergüenza
y no ha de querel quëala
asín á la probi aquella,
ni ejal perdío á esti mozu
masao con su sangri mesma.
Dici la genti galrona
que no te casas con ella
porque te has esconfiao
n'ámas de vel á su puerta
dos ú tres vecis de nochi
á Gapitu el de tia Petra.
¡Quita p'allá! ¡Pa él estaba
prepará la moza esa,

que el querel que te ha tenío
la ha jecho estal como ciega!
  Esu lo jizu Gapitu
pa que la genti creyera
que andaba metío en el ajo
y perdiese el créito ella,
y tú plantá la ejaras
pa vengalsi el sinvelgüenza
de que hogaño quiso hablala
y cuasis no pudo vela.
  Escupi, Pablos, escupi
la repunanza que tengas,
que como algo hubiese habío
ya Gapitu el de tia Petra
mos tendría á todos jartos
de alabancias y fachendas.
  Y si entavia te arreparas,
mira la carina esta
que no es más que una pintura
propiamente á ti espurecha...
¡y á vel si hay genti que dudi
si se päeci esta prenda
á Pablos el de tio Quico
ú á Gapitu el de tia Petra!
  ¡Ahí lo tienis! Dali un beso
á la sangri de tus venas
y me dicis qué le igo
á la probi madri aquella

que á naide quieri en el mundo
n'ámas que á ti y á esta prenda.
¿Qué me dicis?
—Que le iga...
lo que usté dicile quiera...
¡que güeno... que iré p'alanti!..
¡más por esti que por ella!..

EL DESAHUCIADO

Estoy ya mu jartol
Miusté á vel, pol favol, señol médico,
si hay alguna cosa
pa esti mal repegoso que tengo,
porque llevo ya asín ocho mesis
maleto, maleto...
con una singana
y un aginairo,
con una flojera,
con un escaimiento
que päeci una breva maúra
esti perro cuerpo
que antis era tan recio y tan duru
como el propio hierro.
Debi estal la mujel aburría
de jacel remedios,
pero yo ni me pongo pirongo,
ni de golpi espeno.

La jacienda, tüíta perdía;
los pagos, cayendo;
la mujel y el chiquino, escaldaos,
jechos unos negros,
que me estoy ajogando de ansionis
n'ámas que de velos.
Y pa alivio, tó el día mirando
dendi casa la genti del pueblo
p'abajo y p'arriba
pasando y golviendo,
unos con guarrapos,
otros con aperos,
unos con forraji
y otros con istierco,
saliendo y entrando,
llevando y trujiendo,
como las jormigas
en el jormiguero.
Y n'ámas yo solo
enrëao con esto que tengo,
¡vengan ratos al sol con las tías,
enroscao lo mesmo que un perro,
ú si no en el corral mancornao
entri los maëros,
sin jacel ni las sopas que como,
sin ganal ni p'al agua que bebo,
que velgüenza me da que me vean
asín tanto tiempo.

Cuatro vecis quiciás haiga dío
ancá'l curandero,
que me dijo que estaba embargao
y me puso dos parchos al pecho
y una bilma de pés y de estopas
en el rengäero.
Y aquí la he tenío
clavá como un perro
¡pa ná! ¡pa quealsi
con piazos asín de pellejo!
¡Mentira paeci
que la gracia que tieni tio Cleto
pa los males no le haiga servío
pa acertalmi con esti que tengo!
El domingo me jici el valienti
y me juí p'al güerto
conque á esparigilme
y á jacel p'allí ná de provecho.
¡Cuidiaíto que juí despacino,
como ustés cuando van á paseo!
Pus me pusi á jacel unos bochis
pa tiral cuatro jabas en ellos,
y aquello eran ansias,
y suores, y ajogo y mareos...
que si asín contino, me caigo
rëondo allí mesmo.
Y me vini pa casa ajogao,
sin poel ni siquiá con el cuerpo,

acezando por esas callejas
lo mesmo que un perro,
chángala mandrángala,
que tardé media tardi lo menos.
¡Me caso en la luna!
¡Miusté á vel, pol favol, señol médico,
si dicin los libros
que hay algo pa esto!
Pero no me dé usté más papelis
de esos polvos negros
porque cuasi me estoy provocando
n'ámas que los miento.
Ni me jaga melcar más botellas
del constituyenti, porque no poemos,
y además que eso n'ámas que sirvi
pa sacadineros.
¡Mentira paeci
que los libros no enseñin remedios
pa una cosa tan simpli, tan simpli
como esta que tengo!
¡Yo no sé pa qué está la botica
de cacharros tapá jasta el techo!
Miusté á vel si hay quiciás una untura,
miusté á vel si hay quiciás un ingüento
bien juerti, bien juerti,
que ajondi en el pecho,
que chupi, que saqui
lo que tengo dañao aquí aentro,

que esti mal es asín como un bicho
agarrao en el güeco del cuerpo;
me chupa la sangri,
me atapona el gañón, y por eso
tengo esta flojera
y esti ajogäero.
Receti esa untura,
receti ese ingüento,
que no haiga nenguno
más juerti y más recio...
¡A vel si de golpi
ú me pongo pirongo ú espeno!..

SIBARITA

A mí n'ámas me gusta
que dali gustu al cuerpo!
  Si yo juera bien rico,
jacía n'ámas eso:
jechalmi güenas siestas
embajo de los fresnos,
jartalmi de gaspachos
con güevos y poleos,
cascalmi güenos fritis
con bolas y pimientos,
mercal un güen caballo,
tenel un jornalero
que tó me lo jiciera
pa estalmi yo bien quieto,
andal bien jateao,
jechal cá instanti medio,

fumal de nuevi perras
y andalmi de paseo
lo mesmo que los curas,
lo mesmo que los médicos...
  Si yo juera bien rico,
jacía n'ámas eso,
¡que á mí n'ámas me gusta
que dali gustu al cuerpo!

LOS POSTRES DE LA MERIENDA

El sol quemaba, y al mediar el día
interrumpió Francisco la faena:
una faena trabajosa y ruda,
menos propia de hombres que de bestias.
Y laxos ya los músculos de acero,
medio asfixiado, con las fauces secas,
limpiándose los ojos escaldados
y mascando el polvillo de la tierra,
á la sombra candente de un olivo
se dispuso á comerse la merienda:
un pedazo de pan como caliza
y un trago de agua... si la hubiese cerca.
—¡Y entávia gruñi el amo!—meditaba:—
pus no sé yo qué más jacel se puea
que trabajal jasta que el cuerpo dici
que aunque quiera no pué jacel más juerza.

¡Y gruñi! Y pa ganal los cuatro reales
es menestel queal jecho una breva,
y estrozalsi la ropa, y no traelsi
ni un cacho tajaína pa merienda
pa que el cuerpo no diga que no puedi
y se abarranqui con la carga á cuestas.
Y ahora menos mal que los jornalis
rejundin más, aunque suál me cuestan;
pero n'ámas que pasi el tiempo esti
con tres reales pelaos uno se quea
jasta que espués la bellotera ayúe
y espués tamién la aceitunera venga
pa que siquiera otro mesín poamos
ganal escasamenti la peseta.
Y luego... los tres reales, y el ivierno,
que se pué regilal sin cuasi leña,
ni aceiti p'al candil, ni ná de trigo,
que se poni á cincuenta la janega.
No quea más que el ajo de patatas,
si hay algo de cundío pa cocelas,
que no lo habrá si la mujel no sali
por áhi avelgonzá con la aceitera.
Yo podía robali al amo mesmo
bellotas y aceitunas pa vendelas,
y cosas de más válida que tieni
juera de casa y en su casa mesma.
Pa jacelo me sobran asaúras,
me sobra halbeliá, me sobra juerza,

pero ejaba perdía á la mi genti
si en el ajo me cojin y me enrean.
¡Y aunque no! Ni mi padri jizu eso,
ni me ijo en jamás que lo jiciera,
ni aninantis he sío de la uña,
ni quieri la mujel que ahora lo sea.
¡Ni falta que jacía ni pensalo
con un jornal contino de peseta!;
pero súas y súas como un negro
y á ganalo algún mes cuantis que llegas.
¡Y asín tieni que sel! Yo no me arrocho
á jacel la brutá, más que muera,
porque á mí no me sali la robaina
¡y antis me junda que me jaga á ella!
Siguiremos asín, como poamos,
aguantando, aguantando lo que venga,
jasta que ya se llenin las medías,
¡porque me gieri que el muchacho y ella
no se puean jartal de pan de trigo
ni un torresnino pa colalo tengan!..»

Por aquí iba Francisco en sus pensares
cuando de pronto resonó ya cerca
el trote de la jaca que montaba
el amo que no daba la peseta.
Y ante Francisco en ademán airado
gruñó el verdugo con la voz muy seca:

«No quiero jornaleros comodones
que á la sombra tan frescos se me sientan,
ni señoritos finos que se tardan
una hora en comerse la merienda.
La herramienta parada, tú sentado,
y luego, ¡que te paguen á peseta!
Te debo medio día, deja el corte
y á la noche te vas á por la cuenta.»
No dijo más, y al trote de la jaca
salió del olivar por la vereda.
Mirándolo Francisco como á veces
suele mirar al domador la fiera,
murmuró con la voz un poco ronca,
preñada de amenazas y algo trémula:
«¡Me caso en Reus!.... ¡Lo que yo jaría
si el chico y la mujel se me murieran!..»

EL DESAFIO

En la izquierda la guitarra,
la navaja en la derecha,
terciada la manta al hombro,
la faja encarnada suelta,
la actitud provocativa,
la mirada descompuesta,
roja de rabia la cara,
ronca la voz y algo trémula,
así apostrofaba el mozo
más rumboso de la aldea
á cuatro ó seis rondadores
que invadieron la calleja
donde el mozo le cantaba
cantares á su morena:
—¡Me caso en Reus! Los majos
que asín de mí se moflean,
jechin el paso p'alanti
como el que jabla lo jecha!

Si alguno tieni asaúras
y halbeliá más que lengua,
jala p'alanti ahora mesmo,
que al que de mí se grojea,
sé yo jaceli una raya
pa embajo de alguna teta.
Sos tengo bien alvertío,
por ajuyir de quimeras,
que cuando yo jechi rondas
á la vera de esta reja
calli la boca quien pasi
pa que le salga la cuenta,
y jaga que no m'a visto,
y andi agúo y no se güelva,
que esta calli es pa mí solu
dendi que Dios anocheza.
Y en esi corru hay alguno
que quié que le dé en la jeta
y jaga un bochi y lo entierri
al mesmo pie de esta reja
pa cantali luego encima
lo que él cantali quisiera
á una mujel que le ajuyi
y á cá minuto lo avienta.
Si quié dil de golpi al bochi,
eji el corru y acá venga,
y si el humol no le ayúa
y el mieo le jormiguea,

ayuáli los del corru,
que pa tós acaso tenga.
¡Jala p'alanti los cinco,
que aunque sin naide me vea,
enjamás he rejilao
ampié la ventana esta!—
Así dijo el bravo mozo,
y á saltos como una fiera,
lanzóse hacia los del grupo
que, sin grande resistencia,
dejaron en un momento
despejada la calleja.
Tornó el mozo á la ventana
de la muchacha morena,
y la guitarra pulsando
hirió con rabia las cuerdas
y al aire lanzó esta copla
con la voz un poco trémula:

—«No le jurguis al león
que anda alreor de la jembra,
ni te enredis con el hombri
que canta al pie de una reja.»

CARA AL CIELO

Qué nochi tan rica!
¡qué luna tan guapa!
Cuantis llega esti tiempo, compadri,
no me jago á dormil en mi casa.
Me agino en el patio,
me asfixio en la sala,
los violeros me jacin ronchonis,
me ajogan las mantas
y p'alivio me pongo möorro
cuando da en guarreal la muchacha
y su madri en cantali al oío
sin chispa de gana.
¡Y luego un bochorno
que dan cuasi ansias!
—¡No sigas p'alanti,
que lo mesmo, lo mesmo me pasa!

—¡Te digo que hay nochis
que no pueo pegal la pestaña!
Justamenti me queo traspuesto
cuando va á clareal la mañana,
¡y asín me levanto
con los ojos que escuecin que rabian,
los güesos molíos,
la cabeza que asín se me anda
y una derrengueta
que no pueo engiestalmi en la cama!
Pero n'ámas que vieni el güen tiempo,
me esmonto de casa.
La mujel se esconfía que ajuyu
d'ella y la muchacha
pa roncal ondi naide me espierti
y ondi haiga frescanza;
pero yo, pa si cuela, le igo:
«¡Quedrás que en la cuadra
se empocheza la probi la burra
ú quedrás que se acabi de flaca!
Bien de mal se me jaci de nochi
jechal caminatas
y aguantal con el cuerpo el recencio
de po las mañanas;
pero á vel: si embochamos la burra
en el tiempo mejol pa que paza,
me dirá que sigún es el cuidio,
le jechi la carga...»

Y asín se la enreo,
cuando dici que ajuyu de casa!

¡Qué nochi tan rica!
¡qué luna tan guapa!..
No hay ná que me sepa
como estalmi tumbao á la larga
mirando p'al cielo
y escuchando cantar la caraba,
los capachos, los bujos, los grillos
y tamién las ranas
cuando cantan asín algo lejos,
que ampié de las charcas
me ponin möorro
con aquel sonsoneti que arman.
¡Miá que está una nochi
jasta allí de clara!..
¿Quién habrá jecho aquello de arriba?..
¡Miá que es cosa guapa!
¡Mentira paeci
que no se mos caiga,
porque mira que están las estrellas
en el airi n'ámas!
¡Y cuidiao que son unas pocas!
¡Y cuidiao que están todas altas,
que si se cayeran
bien mos estripaban!

Y la luna tamién, ¡miá que es cosa!
¡Qué bien jecha que tieni la cara!
¡Esa sí que paeci imposibli
que no se mos caiga
porque está como cuasi esprendía
si te queas parao á miιala!
¡Miá que es cosa esa!
¿Quién dirás que la ha jecho?..
—¡Pus vaya
con unas preguntas
que jacis tan cándidas!
¿Pus quién jizu el mundo?
¡Pus Dios! No sé n'ámas,
porque estoy cuasis ya trascordao
de cómo lo jizu, que bien lo galraba
cuando anduvi de chico á la escuela
aprendiendo esas cosas tan guapas.
Pero tienis al mi Gelipino
que ahora mesmo de golpi te galra
qué jizu Dios hoy,
qué jizu mañana,
qué jizu al desotro...
y asín te lo acaba.
Yo no pueo palralo seguío
porque ya la memoria me falla
y además se me enrea la lengua
con tantas palabras.
—¡Lo mesmo, compadri,

lo mesmo me pasa!:
se me jaci un ñúo
que no pueo siquiá meneala
cuantis güeli que vienin en ringla
dos palabras ú tres de las malas.
Pero mira, tamién yo me acuerdo
de que altoncis asín lo enseñaban,
y siempre se ha oío
de que Dios jizu el mundo...
—Y mos basta
sabel quién lo jizu:
eso sé yo n'ámas.
—¡Es que no falta genti de estudio
que se poni á lleval la contraria!
Mos estaba jerrando las bestias
hogaño en la plaza
don Silvestri, el albéital, pa dilnos
á la Virgen del Valle, á pujala.
¡Juy, Dios, si lo oyis!
¡Juy, cómo galraba!
Daba gusto oílo,
pero daba también repunanza,
porque jizu tamién de la Virgen
asín como guasa.
Yo no pueo explicalti el sentío
de tantas palabras,
pero vinon á dal á que el mundu
no lo ha jecho el de arriba y que n'ámas

que él solu se ha jecho,
pero asín, sin que naide lo jaga!
¡Miá que es cosa esa
tamién algo parda!
Entavia le dijo
tío Prudencio con algo de guasa:
«¡Jaga usté las bolas
más chiquinas, que asín no mos pasan!»
¡Juy, cómo se puso!
Mos llamó genti bruta, de rabia
y mos dijo: «El que puéa, que aprenda,
que yo tengo pa mí que me basta!»
—¡Pus más le valía,
ya que tanto jabla,
aprendel á curalmos las bestias,
polque á mí me queó sin pollanca,
y á Ginio sin burru,
y á ti sin guarrapa!..
—¡No la mientes, porque un garrabuño
se me jacin las tripas, de rabia!
Di que no jué acuerdo,
cuando tanto galraba en la plaza,
pero ya verás tú si le igo
cuantis yo me lo jechi á la cara:
«¡No se jabla tan mal del de arriba
pa jechalsi usté mesmo alabancias,
que la genti tamién comprendemos
lo que cá uno jaga,

lo que cá uno envente,
lo que cá uno valga...
Y si no, ya ve usted, yo le pongo
esta comparanza:
El de arriba mos dá los ganaos
y usté mos los mata!

BÁLSAMO CASERO

Estamos perdíos,
no hay que dali güeltas,
que ya estoy mu jarto
de jechal la cuenta
y cá ves que güelvo
se me poni dolol de cabeza.
—Quico, no te agines.
—Paecis boba, Cleta;
¡quedrás que me esponji,
ú que baile, ú que jaga fachenda
mentris que la genti
mos jaci esta cuenta:
«Diés al escribano,
deciséis á tío Lucio Candela,
nuevi á la comadri
y ocho á tía Endelencia,

sin contal los caíos de hogaño,
que entri tó, pues se arrima á sesenta.
Y no miento al médico
ni al jerrero, que ya se mos quejan;
ni te meto la renta de hogaño,
ni el trimestri, que ya se mos llega,
que sólo de costas
un duru te cuesta.
¡Estamos perdíos...
no hay que dali güeltas!
Ú se vendi el cachujo de casa,
ú en cueros mos quean...
¡ú me ajorco y me ajorro de andalmi
jechando más cuentas!
—¡Vamos, no esvaríes,
que ni en groma, ni en groma siquiera
debin de mentalsi
brutás como esa!
Y más que las trampas
tampoco te aprietan
pa que asín te agines,
pa que asín de ajogao te veas.
Verdá que se debin
toas esas gabelas;
pero, mira, tenemos posibles
pa pagal sin vendel de jacienda.
Treinta durus quiciás la potranca
te vali en la feria;

tres guarrapos á cinco, son quinci,
y preñá la lichona mos quea;
entri yo y la muchacha otros cinco
mos ganamos, jilando dos telas,
que quiciás esti ivierno poamos
jilal dos y media;
con los burrus, á días perdíos,
tú te sacas tres durus de güebras,
y las miajas de rastras que faltan
y el réito que sea,
lo poemos matal con jornalis
de la aceitunera,
de los cavucheos
y de la laveria.
Si asperan un año,
no se quea á debel una perra.
Y en cuenta no meto
lo primero que pára la yegua,
que está sentenciao
pa si al cabo se casa Teresa,
que hay que jateala
bien de ropa nueva.
¿No ves cómo sali
pa salil de deudas
sin mental la casa
ni decilmos brutás como aquella?
—¡Hora! ya lo veo;
no sé jechal cuentas

porque no pienso en esos rinconis
 que á ti te si acuerdan.
Lo que jago es ponelmi möorro
cuando doy en quereli dal güeltas;
y con estas que tú me has jechao,
me has barrío el dolol de cabeza...

EL BAÑO

¡Cuidiao que es valienti
la moza de tía Juana!
Estaba yo esti Agosto
bañándome en el Cáparra,
que yo una ves al año
me lavo el cuero n'ámas
por mó de que no gruñan
mi madri y la muchacha
que dicin que un remúo
le curto cá semana.
  Andaba yo jaciendo
cosinas con el agua,
que á mí me gusta muchu
de recio meneala,
jacel chapiliteos
pa veli las roangas

y dalmi chapuzonis
lo mesmo que las ranas...
Estaba yo escuidiao
y á ná que miro, ¡Blasa
con unas guarrapinas
que vieni á dali agua!...
Me jundu de repenti
y dejo juera n'ámas
que un cacho de cabeza,
que cuasis me ajogaba
cá ves que me venían
las bambeás del agua.
Yo diji: cuantis cuantis
que beban las guarrapás
se jecha ella á la uña
lo mesmo que una cabra.
¡Pues ésta es la que vieni
jaciendo asín la engaña
y ampié de la mi ropa
se sienta en una lancha!
Yo, jecho un garrabuñu,
quietino me aguantaba,
y á vel si ella ajuyía,
tosí sin chispa gana.
¿Y sabís lo que jizu?
Pus levantalsi n'ámas,
y asín como jaciendo
que á mí no me miraba,

tenía ampié la orilla
sujetas las guarrapas
y asín, pa que yo oyera,
de recio le jablaba:
—¡Guarrapa! ¡Chiquia, chiquia!
¡Mal congrio sos entrara,
que estáis muertas de jambri
y aquí queáis la grama
pol dilsos de rabío
goliendo las retamas!—
¡Y firmi que te firmi,
pegá como una lapa!
Yo estaba ya entumío,
que el cuerpo se jartaba
de estal amojicao
pa no salil del agua.
Y tuvi que pasalmi
la mano pol la cara
y asín dicili á ella:
—Mejol es que te vaigas,
que yo no aguanto el frío,
ni soy nenguna rana,
y tengo que engiestalmi
y está somera el agua!..
Y asín como jaciendo
que á mí no me escuchaba,
se jué diendo la moza,
diciendo á las guarrapas:

—¡Guarrapas! ¡Chiquias, chiquias!
¡Hum, má que sos criara,
que vais á golel canchos
y aquí queáis la grama!

EL LOBATO Y LA BORREGA

I

Era una mañana
del mes de las brevas.
El es un lobato
y ella una borrega;
él está en el árbol
llenando la cesta
y dice mimoso
cuando pasa ella:
—Ven á comel jigos
de la mi jiguera!

II

—Madri: Pericocho,
si está en la su güerta,

me dici asín siempri,
cuando paso cerca:
«¡Ven á comel jigos
de la mi jiguera!»
—¡Quita, que es un brutu!
¡No los comas, prenda,
que esos jigos sabin
á jiel de la tierra!

III

Otra mañanita
del mes de las brevas
cerca del lobato
pasó la borrega.
—¿No quieris tú jigos
de la mi jiguera?
—¡Si dicin que sabin
á jiel de la tierra!..

IV

¡Cuánto tiempo en casa!
¡Cuánto tiempo enferma!
¡Cuántos cuchicheos
en las callejuelas,

y en las resolanas,
y en la misma iglesia!
Se quedó amarilla
como caña seca.
¡Por poco se muere,
la pobre borrega!
Y en cambio el lobato
¡qué lomos, qué fuerza!

V

Y otra madrugada
del mes de las brevas,
de las tempranitas,
de las sanjuaniegas...
cuando están los trigos
de color de cera,
cuando las escobas
más amarillean
y el color incuba
de fiebre materna
la segunda cría
de las linaceras,
cerca del lobato
pasó la borrega.
—Mañana temprano
güelvi á la mi güerta,

que otra ves hay jigos
en la mi jiguera!

. . . .

¡Qué guapo y que bruto!
¡Qué gruñir de bestia!
¡Qué callar tan manso
de herida cordera!..

CAMPOS VIRGENES

En tierras de Extremadura,
donde una raza se cría
toda vigor y frescura,
nacieron Pedro y María,
la fuerza y la donosura.

Tuvieron amores rudos
de los hondos, de los mudos,
de los ingenuos amores,
de los amores desnudos
que prometen más que flores...

Ella bella y montesina
y él montesino y fogoso,
eran el roble y la encina,
la clara luna marcina
y el sol de Julio ardoroso.

Antes de la sementera,
cuando vecina ya era
la ansiada fecha dichosa
de aquella unión fructuosa
que ya la pareja espera,

estaba el ardiente mozo
descuajando inculto trozo
de rica tierra bravía...
pensó en el trigo con gozo,
pensó con fuego en María...

¡Y ved qué sabrosa cosa
de pronto los dos gozaron!
Por la senda polvorosa
pasó la muchacha hermosa
y así á voces platicaron:

—¡Adiós, Pedro!
—¡Adiós, María!
—Tierra bien jolgá, y de sierra...
¡Lo que le jechis te cría!..
—Y asín debi sel la tierra
y asín la genti... agraecía...

¡Oh, quién la dicha me diera
de ver tras la venidera
ansiada unión venturosa
el hogar y la panera
de la pareja briosa!

LA CENÉFICA (1)

Yo no sé explicalo
porqui á mí se me enréa la lengua
con esas palabras que train los papelis
dendi las ciudaes ondi los imprentan;
pero he comprendío
que la Reina le ha dao á Plasencia
una cosa asinas
como una *Cenéfica,*
que es aspecie de un premio mu fino
porque jué mu güena
cuando los soldaos
vinon de la guerra.
Yo no pueo explical lo que es eso
que ha dao la Reina,

(1) Leída en la Velada organizada por la Cruz Roja de Plasencia para celebrar la concesión del título de «Muy Benéfica» otorgado á esta ciudad por su humanitario proceder con los repatriados de nuestras guerras coloniales.

pero no habrá ciudá en toa España
que más lo mereza.
Que lo igan, si no, Juan Berruga,
Gorio el de tia Petra,
Gelipi el Conejo
y el mediano de tia Macarena.
Cuando los yanquises
mos robaron las tierras aquellas,
p'allá estuvon éstos
pasando las penas.
Ná más que de oílos contal sus trabajos
se queaba aginao cualisquiera.
¡Me caso en la luna,
qué jielis tan negras,
qué ajogos tan grandis,
qué vía tan perra
se pasaron los cuatro enfelices
que tan güenos eran!
Aquí se quearon
toas sus querencias,
aginás las madres y cuasi perdía
la miaja é jacienda,
que no da ni siquiá pa los pagos
cuantis que se afloja de bregal en ella.
Aquí, sin sabersi
si muertos ya eran
pa rezali siquiá un Padrinuestro
ú jechali un responso en la Iglesia;

y ellos, mentris tanto
pasando miserias,
sufri que te sufri,
pena que ti pena,
rabia que ti rabia,
brega que ti brega...
Cuasi esnúos y muertos de jambri,
con el jato á cuestas,
¡vengan días sin miaja é descanso
y nochis de vela,
con el alma afligía de ansionis,
con el cuerpo jechito una breva,
y la vía prendía de un jilo
abocaos cá instanti á perdela!
¡Asín se quearon
como sangrijuelas!
Paecía mentira
que ellos mesmos jueran
los que andaban p'aquí más alegris
que unas pascualejas,
sanos, respingonis,
coloraos y llenos de juerza.
Daba gustu velos
cargal las janegas,
ú estranchal de tres golpis un leño
con la segureja,
ú amarral los novillos á uña,
ú tiral la barra los días de fiesta.

Y vinon transíos
con el propio colol de la cera,
sin ganas de groma,
sin chispa de juerza
y dañaos de adrento los cuatro,
que el miralos doblaba las penas.
No traían ni un probi remúo,
ni siquiá una perra
pa mercal boticas
ú jacel una miaja merienda.
¡Juy, cómo llegaron
los cuatro á Plasencia!
¡Cascan todos si no ven tan pronto
la quería ciudá de su tierra!
Unos señoronis
que viven en ella
los estaban al tren esperando.
¡Qué genti más güena!
¡Juy, Dios mío, si tós los señoris
juesin en el mundu como aquéllos eran!
¡Juy, Dios mío, si toas las ciudaes
se golviesen igual que Plasencia!
A tóos los jeríos
los curaban con cosas bien güenas,
y tenían tamién camas finas
pa acostal los maletos en ellas.
Llamaban un méico
pa qui allí los viera

y le daban caldos
de güenas pucheras,
y le icían tamién muchas cosas
pa quitali una miaja la pena.
Y á los sanos tamién los trataban
con delicaezas
y le daban tabaco y licoris
de esos güenos que tanto calientan.
Bien lo puede Plasencia decilo,
que si no es por ella
más de cuatro sin ver á su madri
cascan de cansera.
¡Qué bien jecho está eso que dicin
que jaci la Reina
de dali esa cosa
que llaman *Cenéfica;*
porqui no habrá ciudá en toa España
que más lo mereza!
¡Juy, si tós los señoris del mundo
como aquéllos jueran!
¡Juy, si juesin tamién las ciudaes
igual que Plasencia!..

. . . .

¡Vivan los soldaos!
¡Viva nuestra tierra!
¡Vivan los señoris!
¡Viva la *Cenéfica!*

LA GEDIHONDA

I

Asín jablaba la madri,
y asín el hijo jablaba,
el hijo ajogao de aginos,
la madri ajogá de lágrimas,
él jechao y ella encogía
á la vera de la cama.
—Si sigues asín penando
te mueris, hijo del alma,
y si te casas con ella,
te jundis y á tós mos matas.
¿Ondi tienis la cabeza,
óndi tienis las entrañas
que no te se jacin migas
de vel las gielis que pasa
tu padri, que tó lo sabi
manque no te dici nada?

¿Ondi tienis tú lo ojos
pa no vel en lo que paras
cuantis que logri enrearti
la serpienti que te engaña?
Pa ti no es eso aparenti,
ni ella con tu genti encaja,
ni á ti, Gelipi, te sali
esi rumbo que ella gasta.
Y entavía más malo que eso
es que tieni mala fama,
y á tós los hombris los quieri,
y como á ti los jalaga;
y acuérdate tú, Gelipi,
que pol jacel cosas malas,
jasta el alcaldi y el cura
quison del pueblo aventala.
Una mujel que ha venío
de alguna ciudá mundana,
¡qué habrá jecho pa estal sola
sin naide de la su casta!..
¡Qué habrá jecho! Lo que dicin
que jaci aquí: cosas malas
que á mí me cuesta dicilas,
pero á ella jacelas, nada.
Bien sabis tú que la genti
la Gedihonda la llama
porque dicin tós los hombris
que, endi lejos, giedi á mala.

Y tú, cieguino á querela,
y ella, jiciéndote cara
pa empicarti á su persona
ó calentarti la entraña.
¡Y bien que lo ha conseguío!
¡Y bien la genti lo jabla!
¡Y bien se agina tu madri
por ti, Gelipe del alma!
Dicin que bebel te ha jecho
de una bebía mu mala
que á los hombris entonteci
pa hacelos querel sin gana.
Y asín debi sel, Gelipi,
Gelipi de mis entrañas,
que tú eras bueno aninantis
y nunca gielis nos dabas,
y ná de mundo sabías,
y siempri quietino en casa,
jasta te daba velgüenza
si de novias te jablaban.
Y jaci un año corrío
que eris otro, hijo del alma;
ajuyis de andi tu madri,
duermis poco, no trabajas,
comes como un pajarino
y ya solino te encamas.
Tó jué porque te empicastes
á esa serpienti mundana

con la que dici la genti
que aunque te matin te casas.
Imi si es cierto, Gelipi,
pa yo morilme de ansia,
pa que se ajogue tu padri,
pa que se aflija tu hermana,
pa dicilte que te jundis
y deshonras la tu casta,
porque esa mujel perdía
endi lejos giedi á mala.

II

Asín jablaba la madri,
y el hijo asín contestaba:
—Madri, me quieri y la quiero
manque dicin que es mundana.
Ni pueo ejala á ella,
ni á usté quiero yo matala...
Ejalmi moril de queo
y queáis iguales dambas!..

LA FABLA DEL LUGAR

(IMPROVISACIÓN)

Cuando yo güelva al pueblo y me diga
mi compadri Cerilo el de Cleta;
—Pero escucha: ¿pus ándi has estao
pa que asina vengas
fachendoso como un pavo güero
que de puro fanfarria se encrespa?
Pus, hombri, paeci
como si te habieran
jecho jues de estrución de repenti
pa jacel fachenda!
—Pus de Cáceres vengo, compadri.
¿Te jaci algo é mella
el pensal si yo tengo ó no tengo
genti de la güena
pa si se me ofreci
metel enfluencias?

Pus si estás rescocío por eso
dati con manteca
porque naide te tieni la culpa
de que un naide seas
que no sabis námas
que ajuntar una miaja las letras,
tratal con el burru,
dirte á la taberna,
ú chalral á bandujo de cosas
que no tienin cuenta.
—Hombre: no te igo
que andi bien de letra,
porque es cosa que no me ha tirao
ni siquiá cuando anduvi á la escuela;
pero, mira, tamién arrempujo
si se ofrece metel enfluencias,
porque el nuestro señol deputao
cuando vino á los votos—¿te acuerdas?—
se jué de jocicos
á mi casa mesma,
y al marcharse me dijo: «Cerilo,
pide lo que quieras
porque ya te he dicho
que á ti te se aprecia.»
—Calla, no me jablis
de las cosas esas,
que námas de oílas
no me jaci coción la merienda,

lo que el tú deputao quería
era que metieras
drento de la urnia
la su papeleta!
¡Vaya unos quereris
esos que me mientas!
Los quereris de adrento, compadri,
son de otra manera...
y me obliga á decírtelo námas
que pa que lo sepas.
Cuando yo á la ciudá juí ahora
námas que quisiera
que habieras golío
los convitis que me han jecho en ella
námas por que dicin
que sé algo de letra.
Unos señoronis
que jablaban más finos que pelras
se ajuntaron, asín que me vieron,
jablaron con priesa
y le andaban diciendo á los otros
en la calle mesma:
«¡Señoris, señoris!
á vel qué se piensa,
que ha venío pa acá de las Jurdis
un muchacho que sabi de letras,
que jaci aleluyas,
que jaci comedias,

que jaci unas coplas
jasta allí de güenas!»
«¡Pus á convialo!
y que el hombri se jaga la cuenta
de que aquí solamenti hay convitis
pa quien los mereza.»
¡Compadri, compadri!
Námas que quisiera
que por un bujerino bien chico
golío lo habieras.
¡Juy, Dios, qué salota!
¡Juy, chico, qué mesas!
¡Juy, Dios, qué comías!
¡Juy, qué güenas bebías aquellas!
¡Juy, qué cigarrones!
los llamaban brevas,
como aquí nombran tós á los jigos
más tempranos que dan las jigueras.
¡Qué ricos, compadri!
¡Aquello es canela,
y no los pitillos
de las pitilleras
que paeci que sabin á istierco
y á jiel de la tierra!
¡Y vengan cafesis,
y vengan botellas
que estrumpían lo mesmo que tiros
y jacía el licol al verterlas

un espumarajo
que cocía de puro la juerza.
Y luego, compadri,
¡qué lenguas aquellas
pa brindal y ponel pol las nubes
las cosas de letra!
Yo no pueo explical lo que dijon,
pero dijon tamién cosas güenas
de las coplas que jice hogañazo
pa imprentalas en libro, ¿te acuerdas?
¡Compadri, qué gentis
tan finas aquellas,
qué gentis tan listas
y tamién qué güenas!
Los quereris de aquellos señoris
son quereris de adrento; ¿te enteras?
Porque ná te piden
ni ná de ti esperan
y námas te quierin
porque dicin que sabis de letra,
y como ellos son listos, le gusta
que la genti sea lista y espierta,
porque, mira, pá brutos ya bastan
entri güeyis, guarrapos y bestias.
—¿Y tú que decías
cuando vías aquellas finezas
que han jecho contigo
pol sabel de letra?

—Pus, compadri, pal caso, ni chispa,
polque yo pa dicil cosas güenas
paeci que me jacin
un ñúo en la lengua;
pero, mira, compadri, te digo
que si yo te viera
dir el río abajo
con la genti aquella
y á ti ó á ellos námas
sacalsos pudiera,
te ajogas, compadri,
como rata vieja,
aunque mil jorgoritos jiciesis
pa querel conserval la pelleja...
¡aunque en crus me pidiesi socorro
la comadri Cleta!
¡Ya ves tú si vendré agraecío
de la genti aquella!
Námas una espina
me escarabajea
pa en dentro, pa en dentro
de las entritelas:
no poeli habel dicho á la genti
con palabras bien finas y güenas:
«¡Señoronis, que yo no merezo
toas esas querencias!
¡Que Dios vos lo pagui
y que yo de verdá lo agraeza.»

PLÉTORA

Yo no sé qué tieni,
qué tieni esta tierra
de la Extremaúra,
que cuantis que llegan
estos emprecipios
de la Primavera
se me poni la sangri encendía,
que cuasis me quema,
se me jincha la caja del pecho,
se me jaci más grandi la juerza,
se me poni la frenti moorra
y barruntu que asinas me entra
como un jormiguillo
que me jormiguea...
¡Y luego unas ansias
que me ajogan de juerti que aprietan

con arrempujonis
de llоral sin querel, que me quean
que cuasis reviento
sin poel revental de la pena!..
¡Me dan unas ganas
de metermi con cosas de juerza!..
¡Asín jundo el corti
de la segureja,
que lo mesmo ha caío esta encina
que si juesi de pura manteca!
Yo no sé qué será lo que adentro
me escarabajea
cuantis llega esti tiempo tan güeno
de la Primavera!..
Digo yo que serán estos vahos
que jecha la tierra,
que güelin á ricos
y paeci que, asín que se cuelan,
como que arrempujan
de adrento pa juera,
y levantan el pecho pa arriba,
y entontecin del gustu que quean...
¡Juy, cómo me sabin!..
¡Juy, Dios, y qué juerza!..
Si viniese ahora mesmo aquí Gorio
y quisiesi luchal una güelta...
¡Juy, Dios, qué Goriazo
le jacía pintal en la tierra!

Me gusta esti tiempo
de la Primavera,
pero ¡congrio! me da mucha rabia
no tenel una cosa que puea
sacalmi del cuerpo
el comuelgo ná más de la juerza!..

EL CANTAR DE LAS CHICHARRAS

I

Que se queman los lugares,
los azules olivares,
los dormidos encinares,
y las viñas, y las mieses, y los huertos,
bajo el hálito encendido
que desciende desprendido
como plomo derretido
de este sol abrasador de los desiertos.

Se han dormido las riberas,
y las gentes de las eras,
y las moscas volanderas,
y los flacos aguiluchos cazadores;
se han dormido en la hondonada
la pacífica yeguada,
la doméstica boyada,
los mastines, el rebaño y los pastores.

En los rígidos pimpollos
de alcornoques y trepollos
se recogen con sus pollos
angustiados pajaruchos montesinos,
y en los céspedes dormitan,
ijadean y palpitan,
se sotierran y crepitan
anillados gusarapos mortecinos.

Fuego radian los jarales,
y los grises pizarrales,
y los blancos pedernales,
y los líquenes de oro de los canchos;
se platean los rastrojos,
se requeman los matojos,
se retuercen los abrojos
y se azulan los aceros de sus ganchos.

¡Todo ha muerto en la comarca!:
hierve el agua de la charca
que el ijar del toro enarca
y acentúa de la alondra las congojas;
vibra el aire en la colina,
zumba el tábano en la encina
é hipnotizan la retina
las metálicas quietudes de sus hojas.

Yo los párpados entorno
bajo el peso del bochorno,
viendo á medias en el horno
de la tierra la agonía del paisaje,
y me sueño con las frondas,
con los ríos de aguas hondas,
con las márgenes redondas
de los lagos circuídos de follaje...

La extensión indefinida
de la tierra empedernida
pierde el tono de la vida
que en el seno sólo vive de la idea...
es el sueño de un despierto,
es la calma del desierto,
es un vivo mundo muerto...
¡es la ardiente Extremadura que sestea!..

Y la aduermen esta nota
monorrítmica que brota
de mi pobre lira rota
que la reza bajo el palio de la parra
y el unísono rasgueo,
el isócrono goteo,
el perenne martilleo
del monótono cantar de la chicharra.

II

Vete lejos, linda Andrea,
que el bochorno me marea,
me emborracha, me caldea,
me pervierte los sentidos perezosos...
Vete lejos, criatura,
que en tus labios hay frescura
y en mi sangre calentura,
y en mi mente sueños árabes borrosos...

Muchachuela: no son esos,
no son risas, no son besos,
son más graves embelesos
los que encantan mis ardientes mediodías...
sonsonetes de chicharra,
sombra fresca de la parra,
agua fría de la jarra,
dulce holganza y uniformes canturías...

Hondamente enervadoras,
blandamente abrumadoras
las quietudes de estas horas
se recuestan en el lecho de mi mente,

y el espíritu abatido
que las vive adormecido,
va rumiando su sentido
gravemente, suavemente, lentamente...

¡Qué flojera, qué flojera!
¡Qué pesada soñarrera!
¡Qué enervante borrachera
de pereza los sentidos narcotiza!
¡Qué modorra, qué modorra!..
¡Qué penumbra de mazmorra
los contornos casi borra
del premioso pensamiento que agoniza!..

Vete y vuelve, muchachuela,
que me dejas una estela
de frescura que consuela
cuando pasas, cuando pasas á mi lado.
¡Trae la jarra, trae la jarra!
¡Que se calle la chicharra!
¡Que las hojas de la parra
mueva el hálito del céfiro encalmado!

¡Pero no, que el fuego es vida;
y bajo esta derretida
lumbre roja desprendida
de ese sol abrasador de los desiertos,

vida incuban los lugares,
sus azules olivares,
sus dormidos encinares,
y sus viñas, y sus mieses, y sus huertos.

Y entre tanto, lira mía,
tú con bárbara armonía
de chicharra, dile al día
los contrastes que me brinda la fortuna:
de mañana, brisa y parra,
en la siesta la chicharra
y á la noche la guitarra,
las muchachas, los ensueños y la luna...

INDICE

DEL TOMO PRIMERO

Págs.

NUEVAS CASTELLANAS

EXTREMEÑAS

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA TIPOGRAFÍA DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS
BIBLIOTECAS Y MUSEOS», EL DÍA XIV DE JULIO
DEL AÑO MCMIX

